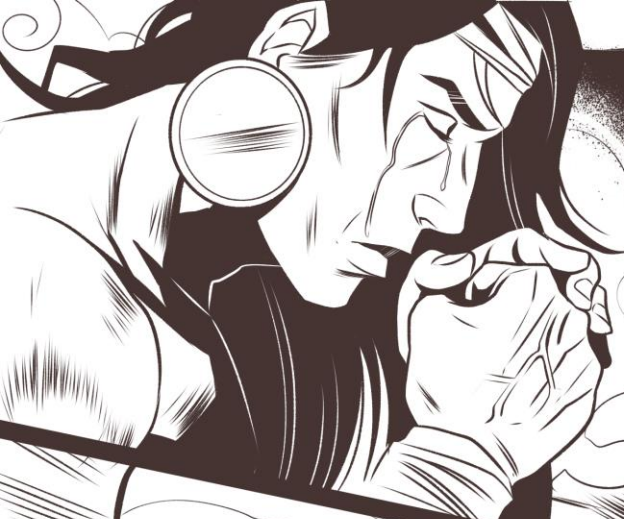




IMPERIO INCA

EL LEGENDARIO GUERRERO DEL SOL



IMPERIO INCA

LA LEYENDA DEL LEGENDARIO
GUERRERO DEL SOL

POR
LUIS FOX

IMPERIO INCA
LA LEYENDA DEL LEGENDARIO
GUERRERO DEL SOL

Primera edición, julio 2021
Copyright © 2021 por Luis Fox
D.R. ©2020, Luis Fox

Queda absolutamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamos públicos, sin el consentimiento por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

Oficinas:
Dirección de Editorial - Perú

Hecho el Depósito Legal en la
Biblioteca Nacional del Perú
con el N° 2021-07134

ISBN: 978-612-00-6544-0
Corrección de estilo: Horacio Alva Pazos
Dibujos: Daniel León Cueva y Jair Diéguez Vargas

**A mi amada esposa ZOIDALITH
y la razón de mi vida, BIANCA ZAMORA.**

A mis mentores y amigos

Dra. Florencia Bracamonte Ganoza, Pedro Coronado,
Daniel León, Jair Diéguez, Brian Alcántara, Luis Nelson Valqui,

Gary Guanilo, Brunny Dioses.

A todos mis familiares que me apoyan siempre.

Valorar y preservar toda nuestra naturaleza es poder brindar
reciprocidad sagrada entre el ser humano y la Madre Tierra y así
manifestar respeto, amor a los seres vivos, las montañas, los ríos, las
plantas, los mares, los astros y el universo entero.

Cosmovisión Inca

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	5
PRIMERA PARTE: EL IMPERIO DE LOS INCAS	8
EL TAHUANTINSUYO Y EL GRAN PACHACÚTEC	8
SEÑAL DE MAL PRESAGIO	16
EL DIOS INTI DESCIENDE	24
AL KAYPACHA	24
EL MAL CONTRA ATACA	30
ATUX, EL GUERRERO DEL SOL	42
SECUESTRO AL SEÑOR	60
DE LOS COLLAS	60
PACHACÚTEC CREA	78
LA FIESTA DEL INTI RAYMI	78
EL REINO PARACAS	84
EL REINO NAZCA	90
EL REINO ICHSMA	94
EL REINO CHANCA	98
EL REINO CHAVÍN	104
EL REINO CHIMÚ	110
EL REINO MOCHE	118
EL REINO LAMBAYEQUE	124
EL REINO CAJAMARCA	130

EL REINO CHACHAPOYAS	134
EL REINO HUARI	140
EL REINO TALLÁN	145
ATUX EL GUERRERO DEL SOL	152
EMPIEZA EL TORNEO DE PODER	164
SEGUNDA PARTE: LEYENDA DE LOS INCAS	193
LOS ORÍGENES DE LOS HIJOS DEL SOL	194
CAZANDO A LA BESTIA	198
EL REGRESO DE ACHIRA	200
EL NUEVO PATRIARCA	201
LAS ALTAS MONTAÑAS	204
LA CREACIÓN DE UN IMPERIO	208
GLOSARIO	211
CONTACTOS	215

PRESENTACIÓN

Historia, tradición, leyenda, superstición, mito y ficción se enlazan armoniosamente en “Imperio Inca: La leyenda del Legendario Guerrero del Sol”. Esta obra literaria está ambientada en la época de apogeo del Tahuantinsuyo, la asombrosa cultura precolombina que se desarrolló en los andes sudamericanos.

En ella se recrea, con mucha fantasía, pero también con autenticidad, el *modus vivendi* en Cusco, el ombligo del mundo, y los señoríos vecinos. Allí se desarrolla una ficción épica que deleitará a los lectores, a la vez que ilustrará, un poco más sobre diversos aspectos que caracterizaron a la deslumbrante civilización andina.

En el subcontinente austral de América, emergió el poderoso Tahuantinsuyo, conocido como el Imperio Inca. Este llegó a ser una de las civilizaciones más grandes del mundo. Sus ancestros, en los albores de sus vivencias, discurrieron entre las hileras de inmensurables montañas, grandes lagos, fértiles valles y cristalinos ríos. Encontraron al fin un maravilloso lugar en el cual pudieron iniciar su historia. Fundaron Cusco, la capital, desde donde gobernaron sus líderes, llamados incas. La ciudad estaba cubierta con un manto de misticismo y colmada de majestuosidad. En sus monumentales construcciones, cada piedra fue unida magistralmente a las otras, de esa manera lograron megalíticas estructuras, que resultaron tan integradas con la naturaleza que parecían haber emergido de la madre tierra.



PRIMERA PARTE EL IMPERIO DE LOS INCAS



TAHUANTINSUYO Y EL GRAN PACHACÚTEC

En los albores de la humanidad, en el subcontinente austral americano, entre hileras de inmensurables montañas y cristalinos ríos, se formó una de las civilizaciones más misteriosas, la de los famosos incas. Ellos forjaron la maravillosa ciudad de ensueño conocida como Machu Picchu, la cual se construyó en tiempos del gran Pachacútec¹, 2211 años después de que los descendientes de Aketu fundaran la capital en Cusco, donde brillaban fortalezas, casas señoriales, místicos templos y centros ceremoniales, adornados con oro, plata y piedras preciosas. En el centro de la ciudad se encontraba el tótem que representaba a los hijos del Sol, el dios Inti, una estatua de puma gigante hecha de piedra turquesa, la cual resplandecía por las noches con el reflejo de las antorchas encendidas a su alrededor. La efigie representaba la grandeza de aquel imperio.

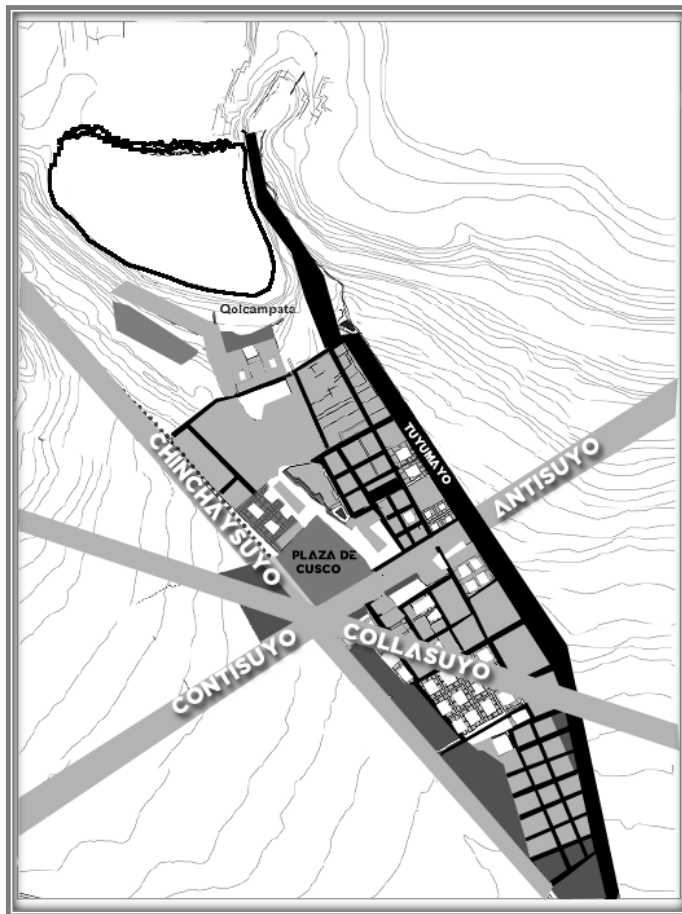
Las monumentales construcciones donde piedras labradas fueron unidas de

¹ Noveno soberano del Imperio Inca, descendiente de Huiracochoa

IMPERIO DE LOS INCAS

manera magistral las unas a las otras y se adornaron con finos acabados, gracias a la labor de arquitectos y constructores, daban lugar a estructuras megalíticas que se integraban con la naturaleza. Las edificaciones imperiales parecían haber emergido de la madre tierra, la Pachamama.

Los incas, grandes ingenieros hidráulicos, consiguieron dotar a la ciudad con un sistema de abastecimiento de agua de gran precisión, que hacía fluir armoniosamente el líquido desde las altas montañas, repartiéndolo por toda la capital. Las siembras y cosechas respondían a las estaciones y el tiempo, según lo que indicaba el Intihuatana².



² Reloj solar que marca las estaciones del año

En el apogeo de su gobierno, el hijo del Inti, el Inca Pachacútec, acompañado de su escolta real y cuarenta doncellas vírgenes, traía presentes para el templo de su padre. Llegó a la ciudad en su litera de oro cargada por dieciséis fornidos Tucunis, guerreros del ejército inca, seleccionados por su corpulencia y entrenados desde muy jóvenes, ellos eran los cargadores de las andas y literas³ en las que viajaba la nobleza y, en especial, el soberano. Los tambores, las flautas, quenás y cornetas, retumbaban en las montañas y generaban un profundo eco; los banderines multicolores ondeaban con el viento, la música alegraba al pueblo que celebraba la llegada del líder. En la entrada del palacio real, los sacerdotes, nobles y señores lo esperaban, mientras que el sacerdote principal Waman hacía una reverencia a su soberano y lo saludaba:

—Bienvenido, gran Sapa Inca⁴, después de muchas lunas, el hijo del sol nos ilumina con su presencia.

El Sapa Inca descendió de su litera, miró a su alrededor, se acomodó la Mascaypacha⁵, e ingresó al palacio; se dirigió a su trono donde se sentó. Muchos señores nobles que habían viajado desde diferentes provincias y pueblos aguardaban fuera del recinto. Waman ordenó a los nobles formar una fila y prepararse. Ellos traían obsequios y regalos, y esperaban con ansias la oportunidad de poder saludar al gobernante máximo del imperio. Sus orejeras de oro relucían con los rayos del sol, y vestía sus mejores ropas de gala, con plumas de vistosos colores correspondientes a su panaca⁶ y su linaje. Los nobles se acercaron al Inca, sin mirarlo a los ojos, se inclinaron en una reverencia y dejaron las ofrendas cerca de sus pies. Se podía ver piedras preciosas, especies marinas, frutas silvestres, entre muchos otros presentes.

—Quiero enviar un mensaje —comentó Pachacútec.

El sacerdote Waman se acercó y le preguntó:

—¿Cuál es el mensaje, mi señor?

El soberano Inca respondió:

³ Silla con esclavos cargadores que servía para transportar a señores nobles

⁴ Único poderoso Inca

⁵ Corona o borla que utilizaba el soberano en la cabeza

⁶ Grupo familiar descendiente del Inca

—Que vengan los *sinchis*⁷ generales Siucolque y Apumaita.

Al terminar la reunión con los regentes nobles, el inca Pachacútec se retiró a sus aposentos a descansar del viaje. Horas más tarde, al atardecer, el soberano se despertó y empezó a diseñar proyectos de construcción para diversas provincias. Aparte de ser un excelente líder y estratega, poseía una inspiración divina. Había imaginado y creado grandes estructuras monumentales, así como la red de caminos denominada *Cápac Ñan* que mandó construir para que la comunicación llegara hasta la más recóndita aldea. También organizó, adiestró y seleccionó a los mejores y más intrépidos jóvenes mensajeros: los *chasquis*⁸, con el fin de mantener fluida comunicación de noticias en todos los pueblos del gran Tahuantinsuyo. Al culminar sus diseños, el hijo del Inti se reunió con los integrantes de la corte para exponerles sus ideas sobre las construcciones que había imaginado y plasmado en una maqueta.

En las tierras cercanas a la ciudad, muchas personas desempeñaban en labores agrícolas, otros trasladaban sus alimentos en llamas. Los arrieros cargaban su chicha de jora, leños y vasijas llenas de simientes molidas; y los guerreros resguardaban los alrededores expectantes ante cualquier persona sospechosa. A lo lejos del camino, llegaron marchando firmes y enérgicos diez mil combatientes del ejército inca, liderados por los *sinchis* generales Siucolque y Apumaita. El sacerdote Waman acudió a las puertas de la ciudad y se dirigió a ellos:

—¡Bienvenidos, *sinchis* generales!, nuestro soberano, el Inca los espera.

El *sinchi* Siucolque reverenció al sacerdote, luego levantó una mano, miró a sus comandantes del ejército y les ordenó:

—¡Armen el campamento cerca del río, por los cultivos!

Los batallones marcharon rápidamente hacia los terrenos vecinos. En ellos, los esclavos *yanaconas*⁹. Varones indígenas estaban encargados de cultivar flores y una gran variedad de legumbres y verduras, por ser del agrado del soberano. Algunas de estas legumbres habían sido traídas desde las llanuras por nobles señores. Los *curacas*¹⁰ fueron quienes acondicionaron terrenos especiales mediante terrazas de cultivo circulares denominadas *andenes*, construcciones

7 Líder del ejército Inca

8 Mensajeros encargados de llevar noticias de forma verbal o escrita

9 Sirvientes de los nobles incas especialistas en muchas materias

10 Jefe o gobernador de un grupo de familias

hundidas en la tierra, en las que cada nivel tenía características de diferentes tipos de climas especiales, para cultivar cada verdura o legumbre según su origen. Estos andenes eran regados por lagunas artificiales construidas en las laderas de las montañas.

En los palacios reales, las esclavas tejían e hilaban lana de camélidos y cosían vestidos para los nobles de las familias reales. El Inca Pachacútec creó por los cuatro suyos escuelas o yachaywasis¹¹ para jóvenes destacados, donde recibían instrucción por parte de maestros amautas y ancianos. La gran mayoría de estos jóvenes se convertirían en regentes y administradores.

Pachacútec decidió dar un paseo por la ciudad con el objetivo de observar detenidamente las construcciones, los campos de cultivos y caminos, así como la construcción de nuevos almacenes. Allí, varios jóvenes aplicaban todo lo aprendido en las ya mencionadas escuelas yachaywasi. Al ver aproximarse a su líder, detuvieron su labor y lo reverenciaron. El Inca percibió el gesto, luego agitó su mano.

—¡Continúen con las construcciones! —dijo Pachacútec.

Los jóvenes prosiguieron con su trabajo, por medio de la yupana, un instrumento para calcular las dimensiones de los almacenes de manera exacta. Dichos almacenes debían estar provistos de un sistema de refrigeración que, mediante conductos de aire, permitiesen la conservación de los alimentos.

Cerca del río, el sinchi general Siucolque estaba al frente de los batallones de sus guerreros. Ante la llegada del soberano inca, el militar mostró su devoción hacia él.

—Mi Sapa Inca —dijo el sinchi general—, recibí un mensaje para venir con el general Apumaita.

—Levántate mi estimado amigo. ¡Envía dos batallones de guerreros a recorrer los pueblos del sur! —dijo Pachacútec—. Mis vigías reportan una posible rebelión de los Ayarmarcas.

Al oír las órdenes, el sinchi general Apumaita partió con sus guerreros hacia el sur.

Al atardecer, el sacerdote se preparó para celebrar la ceremonia de agradecimiento al dios Inti y a la Pachamama, la madre tierra, por las abundantes cosechas, ante la presencia del Inca Pachacútec y los señores nobles, apunchic¹² y

¹¹ Casa de enseñanza o saber

¹² Gobernador de una provincia o ciudad

jefes curacas de los pueblos del Tahuantinsuyo. El sacerdote invitó a todos los presentes a salir del recinto. La ceremonia se llevaría a cabo en las afueras, bajo el cielo estrellado. Una vez frente al altar, el sacerdote pidió que trajeran una alpaca virgen para el sacrificio.

—¡Prepárenla y tráiganla ante mí! —dijo el sacerdote a sus ayudantes.

Los jóvenes le trajeron a la alpaca más robusta del ganado. En el altar, el sacerdote, con un afilado cuchillo, realizó un corte rápido debajo de las costillas y extrajo el corazón del animal, que aún intentaba liberarse y sangraba profusamente. El líder religioso colocó cerca de la alpaca un recipiente, luego le cortó la garganta para recoger la sangre. Finalmente, levantó el recipiente, lo ofreció a los dioses y dijo:

—¡Gran dios Inti, tú nos bendices con tu maravillosa luz! ¡Y tú, madre tierra, Pachamama, recibe esta sangre por la abundancia de alimentos que brindas a tus hijos!

El sacerdote Waman solicitó al Inca Pachacútec hacer los honores de encender el altar de fuego sagrado. Pachacútec se levantó de su trono y se aproximó lentamente, tomó la antorcha con la mano izquierda, la acercó al fuego, y cuando esta ardió en brasas, la arrojó a los maderos preparados en el altar.

Los maderos se encendieron crepitando. El soberano cerró los ojos y levantó las manos, para agradecer a su padre Inti; sin embargo, un fuerte viento sopló y los leños se apagaron.

—¡Ohhhhhhh!, ¡¿qué pasó...?! ¡se apagó el fuego...! ¡mal augurio! ¡los dioses no aceptan los presentes! —murmuraron algunos señores y sacerdotes que habían presenciado el hecho.

El sacerdote Waman tomó otra antorcha encendida y la arrojó al altar, para tratar de avivar el fuego. El Inca no se había percatado del suceso y, al abrir los ojos, encontró encendido el altar. El anfitrión de la noche ordenó que entregaran a todos los presentes queros llenos con chicha de maíz fermentada y empezó la celebración por las cosechas, las cuales se daban con bebida, baile y diversión. En pleno jolgorio, la chicha era muy consumida por todos. Muchos de los invitados habrían de disfrutar de los festejos hasta el otro día.

La ciudad comenzó a oscurecer y las antorchas que se encendieron en sus calles hicieron que resplandeciera. El sacerdote Waman ordenó hacer un banquete en honor al Inca Pachacútec.

Al terminar de conversar con su corte real, el sacerdote los invitó a deleitarse con los manjares que llenaban la mesa. Los invitados eran en su mayoría

pertenecientes al linaje real de los incas y amigos de la familia del Inca Pachacútec. Todos ellos, al ver ingresar al soberano, se pusieron de pie y se inclinaron para saludarlo.

—¡Las cosechas fueron muy buenas, mi padre Inti y mi madre Pachamama nos bendicen! —dijo el Inca Pachacútec.

Todos en el recinto lanzaron exclamaciones de agradecimiento.

—¡Gracias padre bendito, dios Inti! ¡Madre generosa, Pachamama! ¡Viva Pachacútec, el conquistador! —estallaron en gritos.

—¡Que empiecen las celebraciones! —ordenó el Waman.

Todos se sentaron nuevamente y el festín inició: las mujeres danzaban al ritmo de la música de tambores, queñas y cornetas de caracol, algunos se animaron a bailar, otros miraban y arengaban las danzas.

La celebración continuó hasta la medianoche. Entonces, el Sapa Inca se despidió, se dirigió a sus aposentos y mandó a llamar a sus concubinas.

Pasada la media noche, aparecieron varias nubes negras alrededor de la luna, rodeándola lentamente hasta cubrirla por completo. La noche quedó convertida repentinamente en tenebrosa. En plena oscuridad surgió una luz rojiza: un objeto brillante, semejante a un cometa surcó los cielos e iluminó el firmamento con su brillo.



CAPITULO 2



SEÑAL DE MAL PRESAGIO

Aquella madrugada, un comandante que vigilaba los alrededores del palacio real del Inca Pachacútec ingresó a la habitación donde descansaba el sinchi Siucolque, encargado de la seguridad del soberano y lo despertó.

—¡Mi señor, un objeto luminoso cruza el cielo! —le dijo.

—¡Den aviso a nuestro soberano, a los curacas y a los sacerdotes! —ordenó el sinchi.

Al oír el alboroto de los pobladores, el soberano inca, y los nobles señores salieron de sus habitaciones. Todos ellos vieron con asombro el objeto luminoso que cruzaba el cielo. De pronto, la tierra tembló. Muchos corrieron asustados, otros gritaban de temor, clamando por la ayuda de los dioses.

—¡Dios Inti, padre bendito... Pachamama, ayúdanos! —imploraban los sacerdotes.

Los muros comenzaron a moverse, algunos cayeron y se abrieron grandes zanjas sobre la tierra. El inca, los curacas, guerreros y pobladores de la ciudad se pusieron a resguardo.

Cuando terminó la catástrofe, todo volvió a la normalidad. Sin embargo, el pueblo seguía manteniendo en sus mentes la imagen de aquel objeto rojo que surcó el cielo.

—¡Esto es un mal augurio! —reconocieron algunos sacerdotes y chamanes¹³.

—¡Todos tranquilos!, ¡regresen a sus casas! —dijo el sinchi Siucolque.

Muchos guerreros del ejército recorrieron la ciudad indicando a las personas que regresaran a sus viviendas.

—¡Ingresen a sus casas, ya pasó! —ordenaban enérgicos.

El Inca volvió a sus aposentos. En su alcoba intentaba volver a reconciliarse con el sueño, pero insomne, fastidiado y sintiendo una honda de preocupación por el suceso, abandonó su habitación y mandó llamar al general Siucolque, quien aún conversaba fuera del palacio real con algunos curacas y nobles señores.

—¡Quiero ver a los chamanes aquí y saber qué dicen los oráculos lo más pronto posible!

—¡De inmediato, mi señor! —indicó Siucolque.

Varios mensajeros chasquis partieron de Machu Picchu por diferentes caminos para entregar el mensaje a los oráculos y ancianos chamanes de las diferentes provincias del Tahuantinsuyo.

Ese amanecer, el sol apareció radiante en el cielo. Los chamanes y oráculos llegaron muy temprano para reunirse en el salón del palacio real. Cuando Pachacútec apareció, todos los presentes se arrodillaron y le rindieron solemnes reverencias. El soberano descansó en su trono y autorizó a todos a levantarse y tomar asiento.

—¡Quiero saber el significado de la señal en el cielo! ¿Es un mensaje de mi padre, el dios Inti? —preguntó.

Todos los hechiceros arrojaron variados objetos como: piedras, hojas de coca y caracoles dentro de cráneos de animales. Consultaron muchas veces, sin encontrar respuesta de los dioses. Desconcertados, conversaban entre ellos y se formulaban muchas interrogantes.

—Mi señor —dijo el más anciano de ellos— no logramos tener respuestas de

¹³ Persona que ejerce y practica rituales a los dioses

los dioses. Todo está marchando bien en el imperio, tenemos buenas cosechas y lluvias. El dios Inti y la madre Pachamama nos bendicen.

Pachacútec se enfureció al no tener respuestas sobre el suceso.

—¡Si no me van a decir nada, quiero que se marchen todos! ¡Largo, antes de que los mande a matar!

Mama Huarque, la esposa de Pachacútec, al verlo ofuscado por no obtener explicación sobre el fenómeno, se acercó ante él y trató de apaciguarlo con sutiles caricias.

—Conozco a un anciano que vive en las altas montañas de mi pueblo que te dirá lo que significa la señal en el cielo, amor mío.

—¡Que venga ante mí! —ordenó Pachacútec.

—Mi señor, tendremos que ir a verlo. Es muy anciano y está casi ciego.

Pachacútec caminó hacia la ventana, se quedó pensando en silencio por unos minutos y solo miraba el horizonte. Los reflejos del sol iluminaban su rostro preocupado. Luego, giró lentamente, caminó hacia su esposa, y le indicó su decisión de visitar al anciano.

—¡Preparen mi guardia real! —dijo— ¡Partiremos mañana mismo!

La guardia real acompañó la litera de Pachacútec y su esposa hacia el sur, por las montañas. Cinco mil hombres del ejército acompañaban al Inca, la seguridad era liderada por el sinchi general Siucolque.

Después de recorrer varias cumbres, llegaron a la casa del anciano de nombre Yuyu. Él se encontraba en el campo recogiendo raíces y hierbas. Llevaba consigo varios collares de cuarzo, piedras azules y un cuchillo de piedra, en cuyo mango está labrada una cabeza de serpiente.

Mama Huarque descendió de su anda, y caminó hacia el anciano.

—Mi apreciado Yuyu —dijo la coya—, queremos que nos ayudes. ¡Necesitamos interpretar lo que ha sucedido la otra noche con el objeto luminoso!

—¡Sean bienvenidos mis señores! —dijo el anciano— ¡Mi Sapac Inca y mi señora Mama Huarque! —dijo el anciano, luego de saludar a los ilustres invitados con una reverencia.

Yuyu ingresó a su casa, los invitó a sentarse en los asientos de piedra de la humilde vivienda y sacó una bolsa hecha con piel de venado. Pachacútec miró

atento al anciano, quien arrojó sobre su mesa unas piedras blancas transparentes de cuarzo, encendió una fogata y arrojó una bebida negra al fuego para avivarlo. Luego puso sobre la mesa hojas de coca y se acercó al Inca Pachacútec, lo miró tímidamente a los ojos. Los ojos del anciano irradiaban una luz de paz, como si el dios Inti pudiera ver a través de ellos.

—Mi señor, el suceso de anoche augura que algo muy malo está por venir...

Pachacútec escuchaba en silencio.

—¿Qué ocurrirá, Yuyu? —intervino Mama Huarque.

—¡El sello de luz en el portal desaparecerá y la puerta se abrirá! —Confesó el octogenario— y del inframundo Ukupacha¹⁴ escaparán seres malignos, serán supais¹⁵ que provocarán mucho terror y caos.

Al escuchar aquella profecía, Pachacútec reaccionó. Había salido de un trance¹⁶.

—Mi padre Inti no lo permitirá —dijo el Inca—. ¡La puerta al Ukupacha tiene su sello para que ningún supai pueda cruzar!

El anciano miró fijamente al Inca y sonrió.

—Pronto las estrellas del cielo se alinearán —replicó— y cubrirán al sol por un lapso de tiempo. En ese momento los seres malignos podrán atravesar el portal a nuestro mundo, el reino de los vivos.

—¿Qué podemos hacer para evitarlo? —dijo Pachacútec.

El anciano volvió a tirar las piedras blancas sobre la mesa, bebió un brebaje para poder conectar con los dioses de los apus¹⁷ o montañas sagradas.

—¡Esto tiene que pasar! —dijo con voz gutural—. Pero el dios Inti bajará de las estrellas y entregará el poder a un niño que se convertirá en el legendario guerrero del sol. El Inca y su coya, se sorprendieron con tal revelación; pero, aliviados por la exhortación de ayuda del dios Inti, se levantaron y agradecieron al octogenario.

—Muchas gracias, Yuyu —expresó el soberano.

Pachacútec y su esposa se despidieron del anciano y emprendieron su regreso

¹⁴ Mundo de los muertos y demonios

¹⁵ Demonio lleno de maldad

¹⁶ Estado en el que una persona se internaliza para encontrar respuesta de un ente superior

¹⁷ Espíritus que viven en las montañas

al Cusco. Los guardias reales y el ejército no sabían a qué se enfrentarían. El Inca meditaba en silencio la mejor de las estrategias para afrontar la llegada de los supais malignos, pero se alivió al saber que tenía el favor y la ayuda del dios Inti.

En Machu Picchu, un mensajero chasqui ingresó apresuradamente por la puerta sur. Traía consigo noticias sombrías de lo que sucedía en todo el Tahuantinsuyo. Se postró ante el sacerdote Waman y le transmitió el mensaje que su hijo Yápac había enviado desde la capital. El sacerdote escuchó con gran atención de boca del joven que servía de correo: “Padre, algo macabro está sucediendo en todo nuestro imperio. Los animales que estaban preñados, hoy amanecieron muertos, la gente está murmurando sobre malos augurios”.

Los pobladores de la capital y de otras provincias se asombraron al encontrar también a sus animales preñados muertos. Niños y madres lloraban desconsolados. Todos se preguntaban por qué el dios Inti y la madre tierra Pachamama los castigaban con esas maldiciones. El sacerdote Waman informó al Inca sobre el mensaje recibido.

—¡Preparen mi anda! —ordenó al sacerdote Waman— ¡Partiremos a la capital!

Pachacútec llegó junto con su séquito a Cusco. Estaba enterado de todos los macabros sucesos que venían aconteciendo y decidió buscar consejo en sus antepasados. Se dirigió al templo del Coricancha. Allí, entregó ofrendas y perfumes de flores, y en compañía de algunas de las viudas y concubinas que custodian las momias de los monarcas, ingresó al recinto. Este se hallaba recubierto de oro interna y externamente.

En el interior, destacaban las estatuas de oro, las cuales eran representaciones de los incas antecesores. Debajo de ellas, recubiertas con fardos de telas finas bordadas con hilo de oro, reposaban los restos de sus ancestros. El Inca se postró delante de las momias y cerrando sus ojos, ingirió un brebaje sagrado. Recitó frases en un idioma desconocido y entró en una especie de trance que lo conectó con sus antepasados. Pasó mucho tiempo en la edificación, buscando encontrar repuestas y la sabiduría necesaria para proceder cabalmente.

Mientras, en la Montaña Sagrada (donde se encontraba la Puerta del Sol, protegida por el sello de luz del dios Inti) una fuerza abrumadora intentaba hacerla caer. La puerta era empujada desde adentro por un poder sobrehumano.

El reino de los vivos, Kaypacha¹⁸, y el reino del inframundo, Ukupacha, estaban interconectados por aquel portal. El sello de luz del dios Inti había

¹⁸ Mundo terrenal de los vivos

IMPERIO DE LOS INCAS

perdido energía, el tiempo de la alineación de los astros determinó que su poder ya había concluido. El sello de luz en el portal empezó a resquebrajarse y se desvaneció lentamente hasta desaparecer.

Miles de demonios supais ingresaron al Kaypacha, al reino de los vivos. Vacu¹⁹, el más poderoso de ellos, tenía muchas ansias de poder y quería poseer el cuerpo de un guerrero, con el fin de gobernar el Kaypacha y de ese modo provocar caos y destrucción.

Después de unos segundos, al desalinearse los astros, el sello de luz del dios Inti reapareció con los primeros rayos del sol en el portal; esta alineación de los astros cerró nuevamente la entrada.



¹⁹ Señor del Inframundo

A gran distancia del Cusco, en el desierto de Cachiche, una joven, de nombre Killay, vestida con una túnica negra, collares de concha de mar y piedras brillantes rojas, caminaba por la laguna de aguas negras. De pronto sintió una presencia y escuchó una voz siniestra:

¡Hija mía!

Al oír aquello, la mujer trató de huir.

¡No corras!

Se detuvo y buscó con los ojos desorbitados en todas las direcciones. Al hallarse sola, se asustó mucho. La voz continuó.

Hija mía, ¡te daré el poder que anhelas!

Nerviosa y aterrada, gritó.

—¿Quién eres? —dijo—, ¡muéstrate!

Soy Vacu, ¡tus antepasados me invocan en sus hechizos! Yo les entregué poder en el pasado.

La joven se postró esperando más palabras de aquel supuesto dios de la oscuridad.

Quiero que busques a un guerrero que tenga un corazón malvado y ambicione mucho el poder, un guerrero extraordinario de gran fuerza. Lo vas a preparar, yo te mostraré cómo hacerlo, para que yo pueda poseer su cuerpo.

—¿Dónde podré encontrar a ese guerrero? —dijo la joven.

Cuando llegue el momento, yo te diré dónde encontrarlo.

Luego de aquella revelación, la joven, atemorizada y nerviosa, se enrumboó hacia a su casa.



CAPITULO 3



EL DIOS INTI DESCENDE
AL KAYPACHA

LA LUNA ILUMINABA TODA LA CAPITAL INCA. De pronto, de ella se desprendió una chispa de luz brillante, que descendió lentamente desde el cielo; parecía una estrella fugaz, que aumentaba de tamaño mientras bajaba. Al estar próxima a la tierra, la luz brillante adoptó la silueta de un felino; y al tocar la tierra cambió, y se transformó en un zorro albino brillante de gran tamaño, que empezó a descender caminando, por las montañas cerca de la ciudad capital.

La luz del día comenzó a despejar la espesa neblina que cubría la zona. El zorro albino, parado sobre un peñasco, miró fijamente la ciudad del Cusco, saltó y se dirigió hacia los campos de flores.

A esa misma hora, en los jardines del inca se encontraba Súmaq, una joven delgada, de rostro bello y liso, vestida con una túnica blanca y parda de piel de vicuña. Ella conversaba con su esposo, el sinchi Siucolque. Los rodeaban esclavos yanaconas que recogían flores en el jardín.

—¿Por qué no puedo quedar embarazada? —dijo Súmaq—. Los dioses me están castigando.

—Pronto lo lograrás —dijo Siucolque, su esposo—. No desesperes, aún eres muy joven.

Ella abrazó a su esposo y puso su cabeza en el hombro de él.

—Dios Inti, te imploro, ¡permíteme quedar embarazada!

—No te preocupes mi amor —insistió Siucolque.

Un esclavo yanacona apareció interrumpiendo la plática. Traía un mensaje para el sinchi general.

—Mi señor, lo requieren en el palacio.

Siucolque se despidió de su esposa y partió raudamente. Cerca del jardín de flores merodeaba el zorro albino. Al verla sola, se aproximó sigilosamente. Ella se percató de su presencia y advirtió una paz interior en el animal, y acercándose a él, se inclinó y acarició tiernamente su peludo lomo.

Un repentino destello de luz emergió del animal. Súmaq se asustó y el zorro salió corriendo del lugar. Algunos esclavos yanaconas se acercaron preocupados por su señora.

—¿Se encuentra bien? —dijo el más fiel de ellos.

Y tomándola de un brazo, la condujeron a su casa para que descansa. Después de tres semanas, Súmaq presentaba algunos malestares. Llamaron entonces a una curandera que, al terminar de auscultarla, le manifestó con una tierna sonrisa:

—Mi señora: está usted embarazada.

Un grito de felicidad inundó el hogar de Súmaq.

—Por fin, ¡gracias mi dios Inti! ¡Salí embarazada...!

De inmediato, Súmaq corrió a dar la buena nueva a su esposo.

—¡Mi amor estoy embarazada...!, ¡gracias, mi dios Inti!

Siucolque, asombrado, la abrazó. Cogidos de las manos saltaron y bailaron de alegría; luego se postraron para agradecer al dios Inti por tan lindo presente.

—¡Iluminado seas mi dios Inti, gracias por la llegada de nuestro primer hijo!

—Quiero hacer una fiesta para invitar y dar la noticia a nuestra familia y amigos —solicitó a su esposo.

—¡Adelante con la fiesta, prepararemos todo! —aceptó Siucolque emocionado.

Toda su familia asistió a la gran fiesta que organizó Sumaq, los invitados trajeron regalos y obsequios. Todos bailaron y festejaron por la llegada del primogénito.

Con el devenir de los meses, el vientre de Sumaq, creció y creció. Todas las tardes, Siucolque acompañaba a su esposa a realizar largas caminatas, y juntos acampaban en las cercanías. Ella acariciaba con ternura su vientre y a veces le cantaba con armoniosa voz.

—Imagino tu rostro en mi mente y te amo mucho, hijito —le hablaba con

ternura.

Una tarde, en el hogar de Siucolque, un esclavo yanacona se presentó ante él:

—Mi señor, nuestro soberano inca requiere su presencia.

—¡Vamos! —respondió.

Siucolque regresó a sus aposentos, donde descansaba su amada.

—Ya regreso esposa mía, el inca requiere de mi presencia.

En el palacio real, el Inca Pachacútec esperaba ansioso a su sinchi general más querido.

—¡Amigo mío eres el más fiel y valiente guerrero que tengo, acompáñame! —dijo—, voy a conquistar nuevas tierras y pueblos al norte. Allí hay pueblos con tierras muy fértiles.

—Será un honor acompañarlo, mi señor —dijo enérgico Siucolque.

—Prepara el ejército y envía un mensaje para que nuestro ejército del sur se una a nosotros frente a la capital de los Chimú. ¡Date prisa, partiremos de inmediato!

Cinco meses después, llegó el tiempo de que el hijo de Siucolque llegara a este mundo; y una partera se encargó de todos los cuidados de Súmaq. Sus labores de parto ese día fueron más arduas. Súmaq se encontraba postrada en cama y quejándose.

—¡Tengo mucho dolor! ¡Qué dolor!

La partera la trataba de tranquilizar frotándole el vientre.

—¡Siéntese en estos paños tibios y emiece a pujar con fuerza, mi señora, cuando yo le indique!

Sumaq sólo movía la cabeza sin decir nada, debido al dolor del parto.

En la ciudad, se aproximaba un eclipse lunar. Poco a poco la oscuridad gobernaba tragándose la luz que esparcía el sol. El sacerdote Waman pidió encender las antorchas. Y cuando la oscuridad estaba próxima a la casa de Súmaq, el llanto del recién nacido pareció ahuyentarla. El eclipse lunar culminó dando paso nuevamente a la luz del día. Los chamanes, sacerdotes y curanderos en los templos ofrecieron sacrificios; y mirando hacia el cielo, pudieron observar cómo el sol irradiaba nuevamente su resplandor de luz. Los curanderos y chamanes dieron gracias al dios Inti por concederles nuevamente su luz divina.

La partera caminó ágilmente hacia el templo del Sol para informar al sacerdote.

—Sacerdote Waman, ¡ha nacido el hijo del sinchi Siucolque!

—¡Bendito sea el dios Inti! —dijo el sacerdote y se dirigió a ver al recién nacido.

—¡Dame el niño! —ordenó Waman a la partera—. Pediré su bendición a los Apus, ¡los dioses de las montañas!

Salió de la habitación, se ubicó frente a las montañas y dijo:

—¡Cuiden, protejan y den fortaleza a este varón prodigioso! —Luego cerró los ojos y elevó una oración.

Muy cerca de allí merodeaba el zorro albino. Se paró frente a ellos mirando fijamente al recién nacido. Los ojos del bebé brillaron en sintonía con los del zorro albino. Waman terminó sus plegarias a los dioses de las montañas; y al abrir los ojos, exclamó:

—¿Qué es eso? —se había percatado del animal que le miraba a lo lejos—. ¡Es un zorro blanco! Entonces, ¡el nombre de esta criatura será Atux! ¡Que venga un mensajero chasqui para que lleve la buena nueva al sinchi general Siucolque!

Un esclavo yanacona al escuchar esto, se acercó.

—¿Qué mensaje mi señor?

—Busquen al sinchi general Siucolque y díganle que su hijo ha nacido.

Inmediatamente el mensajero chasqui salió de la ciudad de Machu Picchu y recorrió grandes distancias, entregando el mensaje a otros chasquis mensajeros, fueron varios los mensajeros que recibieron el recado, hasta que finalmente, este llegó al campamento de guerra del norte donde estaba el Inca Pachacútec y el general Siucolque. El chasqui ingresó a la tienda del soberano, y con voz agitada, se postró de rodillas mirando la tierra, y lo saludó diciendo:

—Mi señor: traigo un mensaje para el general Siucolque.

—¡Dejen solo al general, para que reciba el mensaje! —ordenó el Inca Pachacútec.

—No existen secretos en mí, que mi señor no conozca —dijo Siucolque, haciendo una reverencia al inca; miró al mensajero y preguntó—: ¿Qué mensaje traes?

El chasqui trataba de hablar, pero tartamudeaba al inicio. Se calmó e informó:

—¡Ha nacido su hijo, mi señor!

Al escuchar aquellas palabras, Pachacútec se puso de pie se acercó ágilmente adonde se encontraba el sinchi general Siucolque, puso una mano sobre su hombro, y lo abrazó sonriente.

—¡Traigan bebidas para celebrar...! Estoy muy feliz por ti, amigo, ¡es lo que esperabas!, será mejor que regreses a la capital para conocer a tu primogénito.

Siucolque se postró de rodillas, mientras Pachacútec lo observaba con

atención.

—Mi señor, aunque deseo con ansias conocer a mi hijo, sería un cobarde si abandono el campo de batalla— atinó a decir Siucolque.

—Yo sé que no lo eres, mi amigo, siempre me has demostrado tu lealtad y valentía—dijo Pachacútec.

El inca asintió con la cabeza accediendo a su petición. Y dieron inicio a los festejos por el nacimiento del primogénito del general, olvidando por un momento las batallas que tenían que emprender.

A la mañana siguiente, en el campo de batalla, el Inca Pachacútec arengó a su ejército. Todos lo escucharon con atención, sujetando con firmeza sus armas.

—¡Oh, guerreros incas, conquistadores de toda la tierra! Ustedes y yo venceremos a nuestros enemigos, pues son inferiores a nosotros, y nuestro dios Inti es verdadero y generoso. ¡Estas tierras nos pertenecen por designio de mi padre bendito, el dios Inti! ¡Destrocemos a este pueblo, hagámonos con sus tierras y avasallemos a sus gentes!

Al escuchar sus palabras, los corazones de los guerreros ardieron como fuego. Y emprendieron la embestida contra sus enemigos que aguardaban ante ellos armados hasta los dientes. Al final del día, los incas eran dueños de esas tierras del norte. El Tahuantinsuyo se seguía expandiendo.



CAPITULO 4



EL MAL CONTRA ATACA

EN LA CAPITAL DEL CUSCO, el sacerdote principal Waman llegó a las grandes edificaciones del templo Coricancha²⁰, cargado en anda por dieciséis robustos esclavos. Lo acompañaban, su primogénito Yápac, con vestimentas reales; y el hijo menor, Kocha, un joven atlético vestido igual que su hermano.

Los tres llegaron al templo de la madre tierra, la Pachamama, y se prepararon con otros sacerdotes para hacer sacrificios y ofrendas por el inicio de siembras. El sacerdote Waman anhelaba que su hijo mayor se convirtiera algún día en su sucesor. Al terminar todas las actividades y ceremonias de celebración a la Pachamama, el sacerdote Waman pidió la atención de sus hijos.

—¡Prepárense! —dijo—. Visitaremos los reinos conquistados en el norte.

Kocha, al escuchar a su padre, se indignó.

—Padre —dijo el muchacho—, prefiero quedarme a entrenar para la ceremonia de jóvenes que ingresarán al ejército.

—¡Iremos, ya está decidido! —respondió Waman autoritariamente.

²⁰ Templo del Sol, primer templo inca

El sacerdote salió del templo y se dirigió a supervisar el centro de estudios Yachaywasi, donde lo esperaban varios maestros y jóvenes.

A la mañana siguiente, el sacerdote Waman y sus dos hijos partieron con su guardia personal, por las montañas, rumbo a las tierras del norte. Waman conversaba con su primogénito.

—Vamos a organizar, supervisar y nombrar curacas y sacerdotes para las nuevas provincias incas. Estamos llevando mil mitimaes²¹ para que enseñen las costumbres y nos informen sobre las cosechas, rebeliones y otras actividades.

—¡Aprenderé mucho en esta diligencia, padre! —dijo Ypac.

Luego de recorrer grandes distancias por los caminos hacia el norte; y a la hora del crepúsculo, el sacerdote pidió que detuvieran el anda.

—¡Preparen todo —ordenó—, armaremos el campamento cerca del camino!

El sacerdote Waman señaló con el dedo un terreno descampado, indicando que ahí pasarían la noche. Los esclavos yanaconas construyeron el campamento rápidamente y el sacerdote y sus hijos descansaron cada uno en su tienda.

Los guerreros vigilaban los alrededores del campamento, mientras que Kocha, en su tienda, gritaba a una anciana esclava yanacona.

—¿Dónde está mi cuchillo, sucia esclava...?!

Consumido por la ira, el joven estrelló la palma de su mano contra el cadavérico rostro de la anciana. Ella cayó al suelo, y cuando Kocha se dispuso a patearla, otro esclavo yanacona, allí presente, intentó separar a su señor de la pobre mujer.

—¡Por favor mi señor, no la golpee más...! Es una anciana enferma.

Kocha miró furioso al esclavo y salió de la tienda raudamente. El yanacona corrió a auxiliar a la anciana, cuyos débiles huesos, con la caída, tintinearón con dolor, en cada rincón de su cuerpo.

—¿Por qué quieres tanto a ese engreído si te grita y maltrata...? —inquirió el joven esclavo. La pregunta quedó suspendida en el aire.

Al escucharlo, Kocha dio media vuelta y regresó a su tienda, sigilosamente, cubriéndose detrás de unas mantas.

—Yo cuidaba al pequeño Yápac —dijo la anciana, mientras el joven esclavo la ayudaba a ponerse en pie—, cuando el Inca Pachacútec ordenó al sacerdote Waman despojar las tierras del norte. El sacerdote llegó con un gran ejército, a

²¹ Grupos de familias enviados a sitios estratégicos para cumplir funciones específicas.

Pakatnamú²², un pueblo Chimú; y envió un emisario en nombre del Inca para que el jefe curaca aceptara un acuerdo de rendición y sumisión; pero este se negó a hacerlo y decidió luchar. Fue su gran error porque condenó a su pueblo a ser masacrado por el ejército inca.

El sacerdote dispuso que ejecutaran a los sobrevivientes, y cuando caminaba por el pueblo, escuchó el llanto de un recién nacido que procedía del interior de una casa. El sacerdote Waman se acercó, lo miró, desenvainó su cuchillo para matarlo, pero no pudo hacerlo, pues vio en el niño el reflejo de su propio hijo. No tuvo el valor de matarlo. Mandó a llamarme y me ordenó cuidar de él junto con Yápac. Desde entonces, lo crió como su propio hijo y le enseñó todos sus saberes. Nos prohibió hablar de lo sucedido bajo pena de muerte. —El yanacona, sorprendido, le devolvió su bastón a la anciana.

—Eso no lo sabía —dijo el esclavo.

La anciana empezó a llorar desconsoladamente.

—¡Yo lo crié desde que era un bebé!

Kocha impactado por lo que había escuchado, salió corriendo de su tienda.

Unos minutos después se detuvo y lloró, sintiendo que cada latido de su corazón enfurecido y decepcionado, era una puñalada.

—¡Maldita sea!, ¿quién soy? ¡Voy a vengar la muerte de mis verdaderos padres! —dijo, y rasgándose su túnica, se postró de rodillas, golpeando la tierra con duros puñetazo hasta sangrar. —Ahora entiendo por qué mi padre quiere que Yápac sea el sacerdote, ¡te maldigo, padre! ¡A ti y a toda tu descendencia!

Casi al amanecer Kocha regresó a su tienda y se recostó a descansar quedándose profundamente dormido. Por la mañana, el sacerdote envió a su hijo Yápac a despertar a Kocha, para desayunar. En la tienda de su hermano, intentó despertarlo.

—Levántate, Kocha. ¡Vamos a comer!

—¡Lárgate, maldito, lárgate! —respondió Kocha.

Yápac, sorprendido, observó a su hermano. No comprendía el porqué de sus palabras. En los ojos advirtió odio hacia él. Pensó que Kocha no había dormido lo suficiente, y tal vez eso explicaría su mal humor. Salió lentamente de la tienda; de todos modos, ya había conseguido despertarlo.

²² Provincia de Chimú al norte de Perú

—¿Qué le pasará? —se preguntaba Yápac, mientras se dirigía a donde estaba su padre.

—Parece que no quiere comer.

Waman comprendió que no había nada más que hacer y ordenó empezar a servirse los potajes.

Luego de ello, el sacerdote dispuso levantar el campamento. Cuando terminaron dichas labores, indicó al jefe de su séquito²³ de guardias y guerreros iniciar la marcha hacia el pueblo de Pakatnamú. Mientras caminaban, Kocha no podía arrancar de su mente todo lo dicho por la anciana; sentía que su destino era ser un pobre siervo, alguien que nunca pasaría a la historia.

Horas más tarde, a lo lejos, pudieron apreciar el azul del mar y las aves que volaban y trinaban. Estaban ingresando al pueblo de Pakatnamú, una de las provincias del reino Chimú.

Allí pudieron apreciar unas colosales pirámides de adobe. La gente trabajaba en sus campos de cultivo. Aquel era un lugar de tierras áridas, pero habían logrado construir un extraordinario sistema de regadío. Las aguas provenían del río Jequetepeque, el más caudaloso y extenso de las tierras del norte. Con ellas regaban sus campos y criaban los animales y bebía la población

El curaca chimú, Saywa, actual encargado del pueblo de Pakatnamú, se acercó a ellos respetuosamente.

—¡Sean bienvenido, sacerdote Waman! —dijo.

—Las cosechas han disminuido —le respondió, esbozando una sonrisa.

—Las lluvias se han retrasado, mi señor.

El sacerdote Waman y el curaca Saywa se dirigieron lentamente al templo principal de Pakatnamú, Yápac y Kocha observaron absortos el enorme tamaño de aquellas pirámides de barro y quincha.

—He traído un grupo de mitimaes y designaré a un sacerdote inca —dijo Waman—, para que te acompañen y ayuden; y a la vez, me informen sobre todo lo que pase en esta provincia.

—Claro que sí, sacerdote. Estamos para cumplir las órdenes y deseos del Inca Pachacútec.

²³ Grupo de personas que acompaña una comitiva.

Meditando en silencio sobre sus orígenes, Kocha caminaba por el templo principal y encontró unos íconos en la pared. Eran dibujos de un guerrero entregando una ofrenda en las manos que parecen dos corazones; otro diseño mostraba a un guerrero que cambió su cuerpo y se transformó en un ser más fuerte y poderoso.

En la noche, luego del festín, Kocha quiso indagar más sobre los dibujos, pues lo habían intrigado mucho. Se dirigió al templo en busca del curaca Saywa, pero ahí estaba su padre, por lo que abandonó el lugar rápidamente. Entonces decidió consultar con algunos curanderos y ancianos chamanes del lugar y ordenó a un esclavo yanacona chimú:

—¡Guíame adonde se encuentra el curandero más anciano!

El esclavo obedeció y lo llevó a una casa pequeña hecha de barro. Quedaba en las afueras, cerca del río Jequetepeque, en una aldea llamada Cultambo. Kocha ordenó al yanacona llamar a la puerta. El anciano abrió lentamente y vio la figura del joven extranjero. Lo miró fijamente, identificando su elevado nivel social, por las elegantes vestiduras que llevaba.

—Anciano, ¡quiero saber el significado de los dibujos que están en la pirámide principal! —dijo Kocha.

—Hace mucho tiempo, un demonio supai entregó grandes poderes a un guerrero que logró invocarlo mediante conjuros. Buscaba un extraño objeto para quitar el sello de luz en el portal que une el mundo de los vivos y muertos. Lo que me contaron es que la ceremonia la hizo en unas lagunas con aguas negras, al norte de aquí.

¿Cómo encontró o invocó al demonio supai?, ¿Qué hizo el guerrero para recibir el poder? —preguntó Kocha, intrigado.

—Mi señor, mis antepasados cuentan lo poderoso que era el guerrero poseído por el demonio supai; pero sólo causó penurias y destrucción al pueblo. Es todo lo que sé. Y que justo aquí, en estas tierras, enterraron al guerrero poseído, luego de que los cuatro guerreros llegados de las altas montañas lo descuartizaran con filosas armas forjadas por el mismísimo dios Inti. Por eso pintaron esos diseños mis antepasados, ¡para recordar lo terrible que puede suceder si un supai vuelve del inframundo!

Kocha decidió regresar a sus aposentos, pero las palabras del anciano hacían eco en su mente, calcinada por el odio y la indignación de saber su pasado. Pero lo que le producía más ansias, eran los poderes que podría recibir de un demonio supai.

«Quisiera saber cómo lo hizo. ¡Quiero ser poderoso!», cavilaba poseído por un deseo feroz. Días después, tras finalizar muchas gestiones, el sacerdote Waman decidió regresar a la capital inca.

—Preparen la caravana para partir mañana muy temprano —dijo. De inmediato, sus guerreros y esclavos iniciaron las labores.

Mientras tanto, en el desierto de Cachiche, cerca de unas lagunas, Killay, la mujer a la que poco tiempo atrás el demonio supai Vacu había contactado y otorgado su poder, caminaba descalza por los montículos de arena. De improviso, ella escuchó una voz como susurro al oído.

Hija mía, ¡han pasado muchas lunas, pero valió la pena esperar, encontré al guerrero indicado, quiero que te alistes para ir a la capital inca!

—¡Nooo, me matarán! —dijo la joven— En ese lugar queman y matan a las hechiceras, ¡todo eso está prohibido!

¡Yo te protegeré! No te pasará nada.

Luego de dudar por unos segundos, algo le despertó el deseo de realizar esa misión. Tal vez el demonio la había hechizado.

—Está bien, mi señor, creo en sus palabras, sus poderes me servirán de mucho para esta difícil tarea.

Killay partió a su casa y se preparó para el largo viaje hasta la capital inca. Cogió su bolso hecho de pieles y metió en él unas brillantes piedras negras y varias otras cosas más. Salió de su casa y caminando por las lomas de arena del desierto, insegura y temerosa, invocó a su señor.

—¿Señor de la oscuridad?

Voy a tu lado Killay, te guiaré por el camino, cuando lleges tienes que buscar a Kocho el hijo del sacerdote principal.

La voz del demonio era débil, pero suficiente para que ella se sintiera amparada. Muchas lunas habían pasado. Vacu tenía grandes ansias de poder.

La joven recorrió enormes distancias durante muchos días y noches, hasta llegar a la entrada de la ciudad en forma de puma: Cusco, la capital de los incas. Killay, muy nerviosa, caminó por el río, cerca de los jardines y huertos del inca, percatándose que varios guerreros se encontraban resguardando el lugar. Por un instante dudó y quiso retornar, pero el demonio supai Vacu hizo rodar rocas por la pendiente.

Los guerreros detectaron aquel alboroto. El ruido los alertó y se aproximaron cuidadosamente para inspeccionar lo sucedido. Killay aprovechó la confusión e ingresó a la ciudad sigilosamente. Cubrió su cabeza con un manto negro; miró a

todos lados, asustada, y al percatarse que no había nadie, prosiguió su camino hacia el templo para buscar a Kocha, el hijo del sacerdote Waman. Esperó varios minutos por él, no podía adentrarse más en la ciudad, ya que los guardias que custodiaban la casa del joven Kocha realizaban rondas muy cerca, pero una inesperada ayuda del destino instó a salir al joven de sus aposentos. Al verlo, Killay, se le acercó.

—¡Yo te puedo dar lo que tú estás buscando! —dijo Killay.

Kocha la ignoró, pensaba que solo era una esclava yanacona y prosiguió su camino. Se dirigió a una colina para ejercitarse y practicar con su lanza. Al terminar su entrenamiento, descendió hasta un río de aguas cristalinas. Quería beber y asearse. Killay lo había seguido.

—¿Tú eres el joven que quiere el poder del demonio supai?

Kocha la observó desconcertado, no entendía cómo ella sabía de aquella idea suya respecto a la historia del demonio supai. La sujetó de un brazo y la observó detenidamente.

—¿Quieres morir, esclava...? ¿Por qué crees que busco el poder del supai?

—El supai me envía a buscarte —dijo la joven, sin evitar la mirada de Kocha—, quiere que te enseñe cómo podrás obtener su poder. Me llamo Killay, y puedes confiar en mí. Ven conmigo.

Ambos caminaron hacia el templo e ingresaron a un recinto pequeño.

—¿Cómo hago para obtener ese poder? —dijo Kocha.

—No es fácil obtener el poder del supai, reunámonos a la media noche cuando todos duermen. Prepararé todo para enseñarte.

Kocha ocultó a la mujer en una habitación contigua a la suya, para protegerla de la guardia inca; luego salió raudamente y se dirigió hacia el río. En su rostro se esbozó una mueca siniestra. Reía como un loco.

Al llegar la medianoche, el cielo cubierto por nubes negras se despejó poco a poco dejando ver la luna, que iluminó toda la ciudad. El viento soplaba desde el occidente. Killay había terminado los preparativos. Le enseñaría todos sus conocimientos al joven Kocha.

Él llegó a la habitación y se sentó sobre un asiento de madera; estaba ansioso por escucharla. Pudo ver en el rostro de la hechicera una gran concentración. La mujer soltó sus cabellos sobre la tierra, como si se humillara ante un dios, luego alzó las manos hacia el cielo y empezó a recitar su canto:

—Kocha, después de diez días aparecerá una luna grande y roja como la sangre, esa es la señal que esperamos; pero antes tendrás que ir hasta las lagunas

de las Huaringas²⁴, al extremo norte, ahí mi señor supai, Vacu, te podrá entregar su poder.

Kocha se puso de pie y se acercó a la hechicera.

—¿Qué tengo que hacer? —dijo Kocha.

La hechicera sacó de su bolso cinco piedras pequeñas y con la más grande en la mano dijo:

—Cogerás las piedras negras y las pondrás en el suelo haciendo un triángulo, en cuyo centro echarás hojas de coca; tomarás un cuchillo y lo clavarás en el corazón de una alpaca preñada. Después le abrirás el vientre y harás lo mismo con el feto, recogerás en un recipiente la sangre de ambos y la verterás sobre estas piedras. Comerás el corazón del feto y dirás estas palabras: “¡supai Vacu, recibe esta sangre y entrégame tu poder!”

Killay miró al joven. Por un momento pensó que era un inexperto para esta clase de tareas.

—¿Comprendes lo que te estoy diciendo? —dijo.

—¡Comprendo! —dijo Kocha—, sólo así me dará el poder el supai.

Al terminar de hablar, salió de la habitación. Parecía furioso y con ganas de vomitar; cayó de rodillas y se limpió la boca, enseguida regresó.

—¿Dónde quedan las Huaringas? —dijo, sintiendo aún náuseas.

—Al norte del Cusco, en las tierras baldías, donde moran innumerables lagunas y pantanos, tienes que hallar la laguna negra que está en el centro de todas. Yo te guiaré.

Luego, Kocha se marchó a su habitación a descansar, no dejaba de pensar en el poder del supai.

Muy temprano con un sol radiante en la cara, Kocha caminó hacia los almacenes reales y encontró a su padre atendiendo diversos asuntos. Hablaba con unos jefes curacas.

—Padre —dijo, interrumpiendo— quisiera poder ir al norte para aprender más sobre las costumbres y labores de un sacerdote.

Waman, sorprendido, sintió orgullo ante los curacas que le rodeaban.

—Me da mucho gusto, hijo —dijo—, pensé que estabas molesto.

El sacerdote Waman se acercó a su hijo y lo besó la cara, el joven abandonó el

²⁴ Conjunto de lagunas de agua dulce ubicadas en Perú.

almacén y apretó sus puños, su odio ardía como el primer día, cuando se enteró de su origen y cómo habían matado a sus verdaderos padres.

Al llegar la noche, Kocha buscó a Killay, ella seguía oculta en su habitación.

—Mañana podremos partir al norte —dijo el muchacho—, tengo el permiso de mi padre.

Aquella noche, Kocha no podía dormir, alucinaba con el poder del demonio supai; se preguntaba qué cosas maravillosas haría cuando tuviera ese poder en sus manos. Su ansiedad creció y luchó por no quedarse dormido, pero cayó rendido por el sueño.

Al siguiente amanecer, Kocha buscó a un esclavo yanacona.

—¡Prepara todo! Iremos al norte —ordenó.

Luego regresó a su habitación para encontrarse con Killay.

—¡Todo está listo! —dijo Kocha—, partiremos rumbo a las Huaringas, ¡las lagunas del norte!

Killay preparó sus cosas y se unió a la caravana de guerreros y esclavos. Al caminar, Killay miró a Kocha y le esbozó una sonrisa. «Esto fue muy fácil, el supai me recompensará muy bien», dijo la hechicera.

Al momento de partir, el sacerdote Waman y Yápac se acercaron a Kocha para despedirlo con cariñosos abrazos.

—Buen viaje, hijo —dijo Waman—. Cuídate mucho, envíame con un mensajero chasqui, noticias tuyas cuando llegues.

—Está bien, padre.

La caravana inició su viaje, Kocha, Killay y el grupo de guerreros en la caravana subieron una pendiente en dirección al norte, tras ocho días de largo recorrido, llegaron a un pueblo inhóspito de las Huaringas, donde había varias lagunas. Kocha se sorprendió al ver que allí sólo moraban ancianas. Killay le informó:

—Mañana por la noche saldrá la luna roja; iremos a preparar todo para que conozcas la laguna negra, luego armaremos el altar de piedras para el sacrificio al dios Vacu.

—¡Estoy preparado! —dijo Kocha, decidido.

La joven Killay se alejó del campamento. Nadie se percató de su ausencia. Caminó por un lugar solitario y agreste. Después con una danza, un ritual para el supai Vacu. Al anoecer, apareció por las montañas la luna plateada, y poco a poco se fue enrojeciendo.

—Mi señor ¿qué voy hacer? ¡Indíqueme!

Acampen hasta mañana, tú estarás cerca cuando haga el sacrificio y pueda obtener el cuerpo del joven Kocha.

—Está bien, mi señor.

La joven sintió una brisa fría que recorría su cuerpo, pensaba que era el supai y comenzó a bailar sola bajo la luna. Finalmente decidió volver con Kocha. En el campamento, el joven se acercó a la mujer para preguntarle qué harían esa noche.

Más tarde, mientras todos cenaban, la luna brillaba por las montañas con un color rojo escarlata. El silencio fue testigo de los pasos de la hechicera Killay, quien visitó la tienda del joven llamándolo por su nombre.

—Kocha, necesito bañarte con estas flores negras —dijo— ¡Prepárate!, ¡desnúdate! —El joven Kocha obedeció.

—De acuerdo, ¡estoy listo!

Killay soltó las flores empapadas en agua sobre el cuerpo desnudo del guerrero inca. Finalizando la ceremonia, ella se ubicó frente a Kocha y preguntó:

—¿Estás listo para el sacrificio?, e inmediatamente dijo: —antes que ingreses toma un trago de este brebaje.

Kocha se vistió y llevó hacia el altar una alpaca preñada. En el camino se detuvo y le ató las patas, sacó un cuchillo y lo clavó directamente debajo de las costillas del animal, introdujo una mano y le sacó el corazón. Luego le desgarró el vientre arrancándole el feto. Ambos corazones aún latían en sus manos, cuando dejó caer la sangre espesa sobre las piedras negras puestas en alineación triangular. Cada gota, al caer sobre las piedras negras, creaban chispas que lentamente se convirtieron en fuego. Las piedras ardían rodeadas de aquel fuego mágico inexplicable. Y de allí surgió una silueta siniestra con tres picos. En la que parecía ser su cabeza, destacaban grandes ojos de fuego al rojo vivo en su interior. Mostraba grandes garras en sus enormes manos. Esta forma apareció frente a Kocha con una actitud amenazante. Desde las piedras desprendía rayos, cual tormenta maligna con nubes cargadas de odio rodeando la silueta de aquel ser maligno. Kocha sintiendo miedo, escuchó una voz que le decía:

—¡Ahora seremos uno! Al terminar la frase, uno tras otro rayo impactó desde las piedras en el pecho de Kocha, el joven gritó desesperadamente de dolor:

—¡Padre, Inti! ¡OHOO, NOOO! —dijo y cayó sobre la tierra inconsciente. Nubes negras cargadas de estruendo cubrieron las catorce lagunas.

Al despertar por la mañana, el joven Kocha tenía los ojos brillantes, enrojecidos; unas ojeras pronunciadas delineaban los párpados. Notó unas

IMPERIO DE LOS INCAS

manchas en su cuello y espalda, las cuales formaban una serpiente. Esbozando una sonrisa grotesca, se puso en pie, se rasgó el manto y caminó hacia el sur, a la tierra de los collas a buscar el objeto extraño que abriría el sello de luz en el portal del Ukupacha, para liberar a más demonios del inframundo. Abandonó el lugar sin recordar quién había sido alguna vez.



CAPITULO 5



ATUX, EL GUERRERO DEL SOL

En las montañas de Machu Picchu, Súmaq y sus esclavas yanaconas recogían flores del jardín real del Inca.

Atux, quien recién había cumplido diez años, jugaba en las montañas rocosas, arrancando el pasto verde de ellas. De pronto interrumpió su juego y caminó cerca al borde de la montaña. Sintió curiosidad al ver que un cóndor majestuoso abría sus alas y emprendía vuelo. En ese momento parecía perderse en dirección al sol, pero dio la vuelta y regresó parándose sobre un peñasco.

Atux se acercó a mirar al cóndor, que sacudió la cabeza. El niño parecía entender sus gestos y su lenguaje; y al estar lo suficientemente cerca, vio que el cóndor levantó un ala, y pudo advertir, entonces, una astilla incrustada en ella. El muchacho compadecido, sin temer al animal, le extendió una mano y suavemente la arrancó. La majestuosa ave aleteó nuevamente, bajó la cabeza cerca de la pierna del niño y comenzó a frotarse una y otra vez. Atux entendió que el cóndor le estaba expresando su agradecimiento.

El ave inclinó la cabeza y cogió a Atux con sus patas; el soberano de las alturas consiguió subirlo sobre su lomo. Confiado y animado por volar, el niño se sujetó tan fuerte como pudo cuando el cóndor emprendió una frenética carrera hacia el

borde del peñasco. El animal se lanzó al vacío entre las montañas y alzó monumental vuelo.

Atux se encontró a sí mismo volando por los cielos con su nuevo amigo, el cóndor. Un esclavo yanacona al ver esto, corrió y dio aviso a la madre del muchacho; ella, al verlo, empezó a gritar desconsoladamente.

—Hijo, ¡bájate del ave, no te vayas a caer!

El cóndor vio a la mujer gritar y pareció entender el llanto de aquella madre desesperada, así que decidió descender. Al llegar a tierra firme, Atux saltó hacia el suelo y su madre corrió a su encuentro, abrazándolo.

—No me asustes, hijo —dijo agitada.

—No te preocupes, madre —dijo Atux, sonriente—. ¡El cóndor es mi amigo!

Súmaq trató de entender a su hijo e intentó tranquilizarse. El ave se posó sobre unas rocas no muy lejos de allí y permaneció paciente, mirando atentamente al muchacho y a su madre, quien se dirigió a continuar sus labores, no sin antes recomendar:

—¡Cuidate mucho, hijo!

Atux caminó hacia el cóndor, que aún permanecía posado sobre las rocas, y cuando llegó hasta él, acarició el pico del ave.

—Tu nombre será Juraj²⁵.

Todos los días Atux jugaba, cerca de las montañas, con su nuevo amigo Juraj, ambos surcaban los cielos, sobre las montañas, y a veces llegaban hasta Machu Picchu. Atux estaba muy contento con su nueva mascota; sentía que era un regalo del dios Inti.

En el cuartel general del ejército inca, en la fortaleza de Sacsayhuamán²⁶, el sinchi general Siucolque ingresó para ver cómo iban los preparativos para la ceremonia de iniciación de jóvenes guerreros para ingresar al ejército, celebrada cada solsticio de verano. Siucolque al ver como se alistaban para las celebraciones pensó en su pequeño hijo.

—A mi hijo Atux le encantará saber que ya empezaron las luchas —dijo.

Cerca de la casa de Súmaq, Atux jugaba con su amigo Muti y su mascota el

²⁵ Palabra quechua que significa blanco

²⁶ Complejo hecho de piedra utilizado para el ejército Inca.

cóndor, corriendo por los peñascos y los campos aledaños. Se divertían mucho durante horas, pues entre ellos existía una gran amistad. Súmaq hizo un llamado.

—Atux tienes que ir a recibir lecciones de tu maestro Wayra. Que Muti también se vaya a preparar a su casa—dispuso la madre.

Los jóvenes llegaron a la casa del saber donde los esperaban los ancianos amautas. El gran maestro Wayra, enseñaba a varios jovencitos a registrar información en los quipus²⁷ y también a descifrarla. En el recinto se encontraba Atux y junto a él, siempre su gran amigo Muti. Ambos escuchaban y aprendían conocimientos ancestrales a través de leyendas y cuentos sobre las expediciones y conquistas de los antiguos soberanos. Siucolque, el general inca, llegó a la casa del saber donde el maestro Wayra narraba una leyenda:

—Nuestro padre, el dios Inti, se encuentra en todas partes del vasto imperio, ya que a través del oro que produce la Pachamama, nuestra madre tierra, todo aquel que posea este metal puede sentir al mismísimo Inti en su interior, que lo protege y guía en su vida. Los que durante la travesía de su vida no logran conseguir, aunque sea un pedazo minúsculo de oro en sus manos, se sentirán desamparados y desprotegidos por nuestro padre Inti —dijo Wayra.

Siucolque saludó al maestro Wayra quien asintió con la cabeza, y le solicitó permitirle hablar con su hijo a solas. Wayra llamó a Atux y éste de inmediato acudió al llamado de su padre,

Ambos abandonaron la casa del saber para conversar acerca de los jardines reales.

—Hijo, cuando termines tus clases iremos con los jóvenes guerreros a ver las luchas en el cuartel general de Sacsayhuamán.

—Sí, padre, ¡quiero aprender a luchar!

Siucolque al ver la euforia del muchacho, sonrió; su hijo soñaba con ser un luchador.

—Buscaré al mejor maestro para que te enseñe a luchar —expresó el general.

Siucolque autorizó a su hijo volver a sus clases, alzó una mano, despidiéndose y se dirigió al palacio real para reunirse con el soberano, el Inca Pachacútec.

²⁷ Instrumento de almacenamiento de información

Siucolque ascendió por las escaleras de piedra maciza y tallada. El Inca contemplaba su reino desde la parte alta del palacio, y al escuchar pasos, giró sobre sus talones.

—Mi señor —dijo con reverencia Siucolque—, quisiera que el maestro Cápac Cachi, entrene a mi hijo Atux, quien quiere aprender a luchar.

El inca lo miró en silencio por unos instantes y posó sus manos sobre sus hombros.

—Siucolque, no te preocupes, conversaré personalmente con el maestro Cápac Cachi.

—Mi gran anhelo es que cuando Atux cumpla la mayoría de edad ingrese al gran ejército inca; y que, con el tiempo, se convierta en comandante o sinchi general de su gran ejército, mi Señor.

El inca al escuchar sus palabras, meditó por unos momentos, caminó nuevamente al borde del muro de piedra y perdió su mirada en el horizonte contemplando las altas montañas que rodeaban su fortaleza, un lugar majestuoso edificado a costa de innumerables esfuerzos. Se acercó a Siucolque y posó una mano sobre uno de sus hombros; le regaló una sonrisa y descendió a sus aposentos.

Al otro día muy temprano, el Inca Pachacútec partió por las montañas dirigiéndose por el camino sur a ver al maestro Cápac Cachi; el sinchi general Siucolque acompañó al Inca junto a su séquito real. Al llegar a la casa del maestro, la vio resguardada por una docena de guardias, así como de varios esclavos yanacona. Cápac Cachi saludó al Sapa Inca reverentemente.

—Gran maestro, quiero hacerle un pedido —dijo Pachacútec.

—Mi señor, estoy a sus órdenes —dijo el maestro de guerreros nobles.

—Quiero que entrenes al hijo de mi amigo el sinchi general Siucolque, es un jovencito con mucho talento.

—¿Pertenece a la familia real? —quiso saber Cápac Cachi.

—No, no pertenece.

—Sabe mi señor que solo entreno a descendientes de la familia real; a sus hijos, a los descendientes del Dios Inti, mi señor.

—Quiero que hagas una excepción —dijo autoritariamente el Inca—es para ayudar a cumplir el sueño de mi gran amigo y compañero de batallas, Sinchi general Siucolque.

—Para que se pueda quedar, primero tiene que pasar una prueba. ¡Tráiganmelo! —ordenó el gran maestro de los guerreros.

El Inca se despidió cortésmente, sabía muy bien que Atux sería un gran guerrero en manos de Cápac Cachi pues recordó todas sus enseñanzas; luego partió con su séquito en dirección a la capital. Al llegar a su casa, Siucolque emitió un silbido que sólo su hijo Atux reconocería, el joven obedeció su llamado y ambos se abrazaron por un instante.

—¡Atux, hijo!, encontré al maestro quien te enseñará a ser un gran guerrero.

El padre abrazó a su hijo nuevamente y ambos rieron a carcajadas y se desató una algarabía de felicidad en su hogar.

—¡Hijo, cumplí mi promesa!

Atux, emocionado, dejó caer unas lágrimas por sus mejillas y abrazó a su padre.

—¡Gracias, padre! Mi sueño es ser el guerrero más fuerte.

Atux fue a buscar a su mejor amigo, Muti, para contarle la noticia. Al llegar a su hogar, lo vio dormido en una hamaca, se mecía con el viento. Atux empujó a su amigo, quien cayó de bruces al suelo.

—¡Hey!, ¿qué rayos ocurre contigo?

—Quiero contarte algo —dijo Atux, frenético.

—Dime, amigo.

Atux mirándolo a los ojos le confesó:

—Voy a entrenar con el Maestro Cápac Cachi, ¡Iré a la montaña sagrada!

A mi regreso te enseñaré lo aprendido, todo lo que me ilustrará el gran maestro Cápac Cachi.

—Pero él es maestro de la realeza —dijo Muti y continuó:— ¡Yo también quiero ir contigo, amigo!

Atux lo miró y asintió con la cabeza, era su mejor amigo y quería tenerlo a su lado en los entrenamientos, quería que lucharan juntos en muchas batallas.

—Como ya sabes el maestro solo entrena a los jóvenes de la familia real, el soberano Inca tuvo que interceder por mí.

Muti sonrió como si hubiera recibido un regalo del cielo, pero al mismo tiempo se dio cuenta de su realidad, Atux no era de linaje real y tampoco él. Por un momento se maldijo, pensaba cómo seguir a su amigo hasta la casa del maestro Cápac Cachi. Muti ingresó a su vivienda, cerró la puerta para ocultar su frustración, apenado. Atux se marchó, creía que su amigo se había resentido con

él, y se arrepintió por haberle confesado tal noticia.

En su habitación, echado en su cama, Muti pensaba en una solución. «Voy a seguirlos y le pediré al mismo maestro que me entrene, ¡eso haré!», se dijo finalmente.

El joven Muti se levantó y partió en dirección a la casa de Atux, para preguntarle cuándo partiría con el maestro, al llegar, encontró al padre de Atux.

—Señor Siucolque, ¿está su hijo en casa?

—Sí, está en su habitación, ve a verlo.

Muti corrió a la habitación de su amigo, Atux estaba alistando su bolso, llenándolo con accesorios que necesitaría para su entrenamiento.

—Discúlpame amigo, me porté mal —confesó Muti—. ¿Cuándo partirás a ver al maestro?

—No te preocupes Muti, partiré mañana antes de que salga el sol. Prometo hacer mi mayor esfuerzo y te enseñaré todo lo que aprenda al volver.

Muti levantó la mano y se despidió de Atux, se sintió satisfecho con esa promesa. Sin decir una palabra, se marchó de prisa a su casa para alistarse también, seguiría a su amigo de todos modos. En el siguiente amanecer, la neblina y una lluvia cubrieron las montañas de la capital. El Inca Pachacútec llegó a la casa del general Siucolque, justo cuando empezó a nacer el sol. Su luz iluminó el verdor de las montañas, Pachacútec había llegado para llevar al joven Atux a la casa del maestro Cápac Cachi y advertirle sobre la dura prueba que le esperaba. El general Siucolque abrió la puerta e inclinó la cabeza en señal de reverencia.

—Mi señor sea bienvenido —dijo Siucolque y llamó a su hijo: ¡Atux ya llegó nuestro señor, está listo para llevarte con el maestro!

Súmaq, la madre, abrazó a Atux y varias lágrimas cayeron sobre la cara del muchacho.

—Cuídate mucho, hijo —dijo Súmaq— y cumple tus sueños. Estamos muy orgullosos de ti.

Los padres y otros familiares se despidieron del joven Atux. Su madre abrazó a su esposo, sin dejar de llorar.

—Se va mi pequeño —dijo, su llanto era incontrolable.

—Atux es fuerte y su sueño es convertirse en un gran guerrero —reconoció Siucolque.

—Tu hijo se convertirá en un gran sinchi general —intervino Pachacútec.

—Gracias mi Señor, sé que lo logrará —dijo Siucolque.

Atux buscó a su amigo Muti entre sus familiares y vecinos, miró en dirección a su casa, pero no logró verlo.

«Muti debe estar resentido, sé que es por mi partida, por eso no vino a despedirme» pensó. Mientras se alejaba de su hogar, vio que este se iba reduciendo en el horizonte... sabía que extrañaría a Muti en su nuevo lugar de residencia.

Al pasar por el cerro Tamputocco²⁸, el Inca Pachacútec pidió a un esclavo yanacona que trajera al jovencito cerca de su anda. El cortejo se detuvo por un momento y en pocos segundos Atux se postró ante el Inca y bajó la mirada.

—¿Sabes Atux...?, puedo sentir como si el dios Inti habitara en ti. Me enteré que el día de tu nacimiento, hubo un eclipse solar y llegaste justo cuando el sol despejaba las penumbras. Eso es una señal de mi padre Inti —dijo Pachacútec—; lograrás muchas cosas importantes en tu vida.

—Gracias mi señor, mi familia espera mucho de mí. Haré mi máximo esfuerzo para ser el mejor guerrero del Tahuantinsuyo —respondió Atux.

—El maestro te hará pasar una prueba de resistencia muy complicada —dijo Pachacútec—, ejercita tus dedos con estos quipus anudados.

—¡Denle los quipus anudados para que empiece a practicar! —ordenó Pachacútec.

Después de recorrer un gran trecho por las montañas, llegaron ante la casa del maestro. Muy cerca del séquito real, el joven Muti los seguía sigilosamente. Había cuidado de que no se percataran de su presencia, y su objetivo era hablar con el maestro para poder entrenar junto a su amigo Atux.

La casa del maestro estaba construida en las faldas de la montaña sagrada de Tamputocco, ahí Cápac Cachi los esperaba en la entrada, al ver a Pachacútec, lo saludó inclinándose de rodillas y los invitó a pasar a su hogar.

—Bienvenido mi señor, pasen por aquí, les ofrezco un kero con cacao para la sed.

²⁸ Montaña ubicada al sur oeste del Cusco

Ingresaron a su casa, se sentaron a la mesa y conversaron por varios minutos, luego el Inca Pachacútec se propuso retirarse.

—Maestro, te encargo mucho a este jovencito —dijo el soberano de los incas.

—Será un gran guerrero, ¡se lo garantizo mi señor!

El Inca Pachacútec subió a su anda y emprendió el regreso a la capital. Miró a Atux y alzó una mano. Pachacútec y sus súbditos desaparecieron entre las montañas.

Atux, al perder de vista a su soberano, se acercó caminando tímidamente a su maestro para saludarlo.

—¡MAESTRO, ESTOY A SUS ÓRDENES! —dijo Atux, entusiasmado.

—Aún no soy tu maestro, jovencito; mañana será el gran día, me demostrarás de qué estás hecho.

Atux guardó silencio, pensó que sus palabras habían sido torpes, y decidió ayudar al maestro a preparar la cena. Dejó sus bolsos de pieles de animales en su habitación, y se dirigió a la cocina.

Al caer la noche, Muti se acercó caminando silenciosamente y se ocultó detrás de las paredes de piedra. Esperaría a que los guardias durmieran, para trepar el muro de los jardines. Uno de ellos se mantenía vigilante, pero Muti aprovechó que el guardia cerró los ojos por unos segundos y accedió al interior sin hacer ruido.

Una vez adentro, caminó confiado en busca de su amigo para darle una sorpresa. De pronto sintió un golpe en la nuca: Cápac Cachi le propinó un puñetazo y el joven Muti cayó de bruces sobre las flores del jardín. El maestro lo ató con cuerdas a unos troncos en el jardín, dejándolo ahí como un vil condenado. El muchacho sólo pudo distinguir una silueta oscura.

Al salir el sol por las montañas, Atux se levantó de la cama emocionado, se dirigió al jardín a buscar al maestro, pero no lo encontró, sólo pudo divisar un rostro conocido, pues Muti yacía dormido y atado a unos troncos. Corrió para auxiliar a su amigo.

—Muti, ¿qué te pasó? ¿Qué haces aquí...?

Atux empezó a desatar las cuerdas que ataban a su amigo a los troncos, cuando Cápac Cachi apareció interrumpiendo las intenciones del joven.

—¿Conoces a este ladrón? —dijo severamente—. Trató de ingresar a robar a mi casa en la madrugada, trepando los muros. Esperó que mis guardias durmieran para poder entrar.

—Maestro, por lo que más quiera —dijo Atux—, permítame liberar a mi amigo, seguramente me siguió hasta aquí. ¿Qué le hicieron?, ¿por qué está inconsciente?

El maestro Cápac Cachi, se acercó a Muti, golpeó fuertemente su frágil cuello con la punta de sus dedos y Muti lentamente abrió los ojos; al verlo reaccionar, Atux exaltado abrazó a Muti.

—¿Qué sucedió? —dijo el muchacho poniéndose en pie, no recordaba nada tras el certero golpe del maestro.

—¡El maestro te paralizó! —dijo Atux señalando con un dedo a su nuevo maestro.

Muti corrió hacia el maestro, cayó de rodillas y dejó caer su rostro sobre el césped del jardín.

—¡Permítame entrenar con usted, maestro! —dijo.

Atux al ver a su compañero postrado suplicando, se le unió para rogarle a Cápac Cachi:

—Maestro, permítame que se quede a entrenar.

Cápac Cachi con expresión adusta en su rostro, dijo:

—El muchacho debe irse, no puedo entrenar a otro más, ni siquiera corre sangre real en sus venas.

—Maestro, por lo que más quiera, permítame quedarme, seré el mejor guerrero que haya usted entrenado. ¡Se lo juro! —insistió Muti.

De pronto, Atux recordó que el Inca Pachacútec había dicho que al maestro le gusta la buena comida.

—Maestro, hay algo que usted debe saber: Muti es el nieto de la cocinera del palacio del Inca nuestro señor. Él sabe hacer unos ricos pastelillos de maíz y muchas comidas deliciosas que se sirven en el palacio.

Al escuchar esto el maestro, esbozó una sonrisa de satisfacción.

—¡Uhhh! Está bien, te pondré un desafío —dijo, manteniendo visible su sonrisa—. Si logras cocinar algo muy delicioso decidiré si podrás quedarte a

entrenar con tu amigo.

—Gracias, muchas gracias Maestro —dijo Muti—. Haré mi mejor esfuerzo, ¡prepararé algo delicioso!

—Muchas gracias, maestro —intervino Atux.

Muti y Atux se miraron a los ojos, sonrieron y corrieron a las colcas (almacenes), para ver que insumos habían y elegir qué podían cocinar. Muti se puso a pensar qué le gustaría al maestro.

—Prepararé —dijo finalmente—: pachamanca, que es el asado real que comen en el palacio a base de carne de vicuña, papas y maíz, también prepararé croquetas de Kiwicha²⁹ con salsa de aguaymanto y para beber, cacao caliente. ¡Será un gran banquete!

Los jóvenes cargaron los insumos a la cocina del maestro Cápac Cachi. Allí, Muti empezó a preparar el platillo ayudado por el cocinero del maestro y también por Atux. Al terminar, los sabrosos potajes en la mesa eran irresistibles a la vista y al olfato. Cápac Cachi caminó alrededor de la mesa y mirándolos con malicia depredadora.

—¡Huele bien! —dijo.

El Maestro se sentó, cogió un cubierto y su rostro cambió, aparecieron gestos de placer—: ¡Uhhh!, ¡qué buena comida! ¡Hace tiempo que no degustaba algo tan exquisito! Definitivamente te vas a quedar para que enseñes a mi cocinero y también podrás entrenar con tu amigo.

El joven Muti saltó de alegría y abrazándose con Atux dijo:

—¡Vamos a entrenar juntos, Atux!

—Muy delicioso, ¡me encantó todo! —recalcó nuevamente el maestro—. Mañana van a pasar la prueba. —El maestro caminó satisfecho a su habitación frotándose el vientre.

Pero Atux tenía que confesarle algo a Muti.

—Mañana tenemos que pasar una prueba muy difícil. Hay que practicar con estos quipus. ¡Intentemos desatar sus nudos!

Al cabo de un rato, ambos quedaron profundamente dormidos y al otro día, muy temprano, el maestro ingresó a la habitación de los muchachos.

²⁹ Semillas de gran valor nutritivo

—¡Prepárense! —gritó, asustándolos—. Partimos al río.

Los jóvenes se alistaron y fueron al encuentro del maestro.

—¡Estamos listos, maestro!

Cápac Cachi y los jóvenes se dirigieron a la parte alta del río, acompañados de esclavos yanaconas. Cuando detuvo la marcha, indicó a sus esclavos:

—Aten a los jóvenes de la cintura y los pies en los troncos.

Cuando vio cumplida esta petición, dijo:

—Jóvenes, esta es la prueba, traten de desatarse antes de llegar donde el río gira a la izquierda. Tienen que concentrarse... ¿están listos?

—¡Sí maestro, estamos listos! —dijeron al unísono los jóvenes.

—¡Láncenlos al río! —ordenó el maestro a sus esclavos yanaconas.

El río era muy caudaloso y sus aguas profundas. Los troncos fueron fácilmente arrastrados por la corriente y los cuerpos de los jóvenes se sumergían bruscamente, al tratar de zafarse con sus manos. Los troncos giraban una y otra vez.

Atux con gran destreza pudo desatar los nudos, Muti no tuvo tanta suerte: el tronco al que estaba amarrado giró y se dirigió hacia unas rocas. Su frente impactó en ellas levemente dejándolo desorientado por unos segundos; pero luego de varios intentos, logró soltarse. Su compañero, corría por la orilla.

—Muti, ¿estás bien?

Atux se lanzó a las aguas y rescató a su amigo. Muti se despertó al cabo de unas horas.

—Mi cabeza chocó contra algo —confesó—. Creo que fueron unas rocas. Casi me ahogo.

Muti estaba fatigado y sintió un dolor intenso en la frente.

—El dios Inti está con nosotros —dijo, intentando animar a su amigo—, ¡pasamos la prueba, amigo!

Ambos saltaban, gritaban y reían, celebraban su gran logro; el maestro se acercó a ellos, interrumpiendo su celebración.

—¿Ven aquellos terrenos con arbustos, piedras y hierbas? —dijo—, vamos a empezar el entrenamiento fortaleciendo los brazos y piernas, para lo cual trabajaremos con esta chaquitacla (instrumento agrícola), y van a arar todos los andenes. Eso les ayudará a fortalecer los músculos, al terminar irán al río a darse un baño, y luego prepararán el almuerzo, ¿entendido?

Los jóvenes cogieron sus herramientas y comenzaron a trabajar en los andenes.

Más tarde, cansados, hicieron una breve pausa pero Cápac Cachi lo advirtió de inmediato.

—¡No se detengan! —ordenó.

—Sí, maestro —dijo Atux.

—Sí, maestro —repitió Muti, molesto.

—¡Para ser un guerrero es importante tener en cuenta que primero se debe fortalecer el cuerpo, para poder después entrenar a la mente!

Las palabras del maestro fueron un aliento para los nuevos discípulos.

—¡Lo lograremos! —dijeron ambos muchachos.

Después de unas horas, habían conseguido arar la tierra en casi la mitad de los andenes. Los jóvenes aspirantes a guerreros estaban agotados y sudorosos. No obstante, Atux emocionado por su entrenamiento, continuaba su labor sin detenerse; y poniendo gran empeño, parecía disfrutar lo que estaba haciendo.

—¡Aún nos falta la mitad! —dijo.

—Amigo, ¿de dónde sacas tantas fuerzas? —respondió su buen amigo Muti.

—No lo sé, ¡Continuemos!

Al terminar la labor encomendada, ambos descansaron un momento a la orilla del río, no pudieron evitar sumergirse en las profundidades del río y refrescarse; jugaron un rato en las aguas y al terminar de refrescarse, ambos regresaron a la casa del maestro.

Muti empezó los preparativos del almuerzo. Luego de llenar sus estómagos, ambos decidieron ir a descansar en el jardín del maestro, bajo las hojas de un árbol frondoso, hasta quedarse dormidos. El maestro al verlos descansar, los cubrió con unas mantas y los dejó reposar. Observándolos, pensó: «Estos jóvenes están decididos a aprender, no importa lo duro del entrenamiento».

Al día siguiente, en la madrugada, el maestro se dirigió a la habitación de sus discípulos, y echó agua de una cubeta sobre las caras de los jóvenes. Muti pensó que estaban en un río ahogándose e hizo ademanes de nadar cuando despertó en la habitación.

—Tienen que ir a llenar los sacos de molienda y semillas para los almacenes de la cocina —ordenó Cápac Cachi.

—Maestro queremos entrenar, esto lo pueden hacer los esclavos, yanaconas —dijo Muti bostezando.

—¡Es una orden, sólo cúmplanla! ¡Si no, se pueden olvidar del entrenamiento!

Los jóvenes frotaron sus ojos y estiraron los brazos, caminaron por las montañas a oscuras, en dirección al pueblo más cercano a buscar una colca, para traer lo que les pidió el Maestro, al terminar de llenar los sacos, regresaron a la casa del maestro quien había solicitado a sus cocineros preparar el desayuno, cuando acabaron ambos jóvenes descansaron un momento, el maestro los envió a correr por las montañas y a recoger piedras para limpiar los andenes.

—Terminen pronto de limpiar la montaña de piedras y vayan a cocinar algo delicioso, ya me dio hambre.

Realizando aquellas labores transcurrió el día. Por la noche, una gran luna en las montañas dejó perplejo a más de uno. Atux no pudo dormir y caminaba solo por la casa y de pronto vio un resplandor que captó su atención. Buscando el origen de aquello, pudo ver al maestro con los ojos cerrados, moviendo las manos en forma circular hasta juntarlas y formar una bola de fuego, sobre el maestro se sentía un camaquen³⁰ o energía fulgurante. Cápac Cachi movió las manos, como danzando, y lanzó la bola de fuego diciendo:

—¡Buuu-Bulachay³¹!

Al pronunciar esas palabras, la bola de fuego salió disparada y chocó contra la montaña, produciendo un destello y destrucción. Atux, al ver el aquello se sorprendió. «¿Cómo hizo el maestro para formar esa bola de fuego?», pensó.

El maestro giró la cabeza y vio al joven; caminó e ingresó a su habitación sin decir ninguna palabra.

A la mañana siguiente, mientras se servía sus alimentos, dijo a sus discípulos:

—Hoy mediremos su fuerza; vengan por aquí, traten de golpear esta roca de granito con toda su energía.

Ambos jóvenes se sorprendieron del pedido y golpearon la roca, pero solo lograron lastimarse las manos. Durante varios días hubieron de curarlas y mantenerlas vendadas. Al notar la evolución de los trabajos asignados, el maestro les manifestó:

—Trabajaremos equilibrio y desarrollo de fuerza, ¡les colocaré estos brazaletes!

Acto seguido, Cápac Cachi colocó en las muñecas de Atux y Muti unos brazaletes de oro y plata. Los jóvenes sintieron un gran peso, pues esos brazaletes

³⁰ Fuerza energía vital de las personas

³¹ Bola de fuego concentración de energía de un guerrero

prometían hundirlos en la tierra. ¡Nunca habían soportado tal peso... a duras penas podían mover sus brazos! Pero al parecer, no sólo sus brazos soportarían ese peso cruel; también sus piernas, en donde el maestro colocó unas tobilleras de oro.

—La primera tarea es tratar de caminar y correr con esos brazales y tobilleras. Cuando estén listos los espero en el campo de entrenamiento.

—¡No podré entrenar, están muy pesados! —dijo Muti con el rostro compungido por el esfuerzo.

Atux se incorporó y caminó hacia el campo de entrenamiento encorvado y arrastrando los pies. Muti lo siguió, pero cayendo reiteradas veces.

—Ahora traten de subir la montaña, hasta cuando les diga ¡basta!

El entrenamiento se prolongó por todo el día. Así ellos fortalecerían sus cuerpos; después de unos días, consiguieron dominar el peso y el maestro los hizo cruzar el camino de troncos que recorría las montañas para luego nadar por el río y llegar hasta la otra montaña.

—Maestro, ya terminamos de cruzar el camino de troncos y nadar por el río hacia la otra montaña —dijeron al unísono ambos muchachos.

—Tienen que hacerlo hasta que su sombra desaparezca; hasta el mediodía, ¡empiecen de una vez! —indicó el maestro.

Cápac Cachi los observó realizar lo encomendado, esbozó una sonrisa e inició el retorno a su casa, confiaba en que ambos acabarían pronto su entrenamiento. Cuando los jóvenes culminaron el ejercicio, el maestro señaló los andenes.

—Terminen con esa tarea —les ordenó.

Cada uno cogió una chaquitacla y continuaron removiendo otros andenes, esta vez tuvieron que hacerlo más de prisa.

Por la tarde, Atux buscó a su maestro. Vio que caminaba con rumbo a la montaña, pero luego se sentó sobre un madero para meditar, y juntó sus manos para realizar unas plegarias al dios Inti. El joven decidió dejarlo solo y volvió a su habitación. Más tarde volvió a buscarlo.

—¿Qué quieres, Atux? —dijo el Maestro.

El joven corrió hacia su maestro, con el corazón latiendo violentamente.

—Maestro: ¿cuándo nos enseñará a hacer la bola de fuego? Le vi hacerla hace varias noches.

—Aún no están listos —dijo Cápac Cachi, su rostro inexpresivo irradiaba

sabiduría—, tienen que dominar varias otras técnicas antes. Puedes retirarte.

Todas las mañanas, sin esperar que el maestro los despierte, los jóvenes iban al río a entrenar en el camino de troncos que descendía desde la montaña y terminaba a orillas del río. Luego nadaban desafiando la corriente del caudaloso río. Una mañana, cuando Muti saltaba sobre los últimos troncos, dio un paso al vacío y cayó al agua, la corriente golpeó su cabeza contra las rocas y lo dejó inconsciente.

Al ver lo sucedido, Atux corrió y se lanzó al río, tomó la cabeza de su amigo, pero la fuerza del agua lo golpeaba violentamente. Ambos se estaban ahogando, y Atux hizo un desesperado esfuerzo tratando de incrementar su camaquen. En ese instante, una esfera de luz rodeó todo su cuerpo y unas marcas en forma de sol radiante se estamparon sobre su espalda. Atux era consciente de sus dones, pero desconocía cómo controlarlos. Al cerrar el puño y mover su brazo, el agua comenzó a desviarse de una manera sobrenatural dándole paso, como si el líquido le obedeciese. Después sacó del río a su compañero arrastrándolo hacia la orilla. Atux preocupado por lo que le ocurrió a Muti, intentó reanimarlo golpeando su pecho. Quería devolverle el aliento.

—¡Abre los ojos, amigo! —gritaba.

Golpeó su pecho varias veces, hasta que Muti escupió el agua que había tragado, recobrando el aliento lentamente.

—¡Estoy bien, gracias hermano!, casi me ahogo, solo recuerdo que resbalé... ¡Pensé que me iba a morir!

El maestro y sus esclavos aparecieron ante ellos, los gritos de Atux los había alarmado.

Al otro día, el sol estaba radiante sobre el campo de entrenamiento, el maestro se sorprendió de los progresos de sus discípulos.

—Nuevamente veremos su avance de fuerza, traten de golpear la roca de granito.

Atux se adelantó y golpeó fuertemente la roca, rajándola; Muti, al golpear la roca, hundió su puño dentro de ella. El maestro comprendió que ambos ya dominaban varias técnicas y que su fuerza era superior, pues habían superado los desafíos de atravesar velozmente la fila de troncos y saltar y hacer giros de patadas en el aire. Se acercó para inspeccionar la integridad de sus discípulos.

—Hoy van a aprender la técnica del Bulachay, para ello deberán aglutinar toda su energía en las manos. Su concentración para obtener eso es vital, deberán tener

la mente libre de todo pensamiento negativo. Estoy hablando de energía pura de los dioses; esta técnica les va a tomar muchos años para dominarla.

El maestro movió sus manos en forma circular y poco a poco las fue acercando; se inclinó hacia atrás, y al juntar ambas manos, comenzó a generar una pequeña bola de fuego. Luego se puso de pie y los miró fijamente a los ojos.

—Practiquen —dijo— logren encontrar su tótem en la naturaleza que los ayudará a generar esta energía que proviene de su interior.

Los jóvenes obedecieron. Se pusieron de pie, juntaron sus manos y trataron de concentrar la energía en ellas; pero no lograron obtener nada.

Por varios días lo intentaron. Un día, Muti desistió y se retiró a la casa del maestro para dormir una siesta. Pero Atux continuó insistiendo frenéticamente. Al verlo, el maestro Cápac Cachi se acercó sin que el muchacho se percatara.

—Trata de poner tu mente en blanco —dijo—, respira lento y mueve tus manos... siente cómo fluye la energía de tu cuerpo y concéntrala hacia tus manos. Muy en tu interior escucharás el grito de un animal, y si lo identificas, ese será tu tótem, él te guiará hasta el centro de tu ser donde radica tu poder. Así podrás generar la bola de energía.

Atux con gran serenidad cerró los ojos y escuchó un sonido como el de su amigo Juraj, el gran cóndor.

—¡Lo escuché, maestro! —exclamó Atux, con los ojos cerrados—, ¡es el tótem de Kuntur, el dios cóndor, el señor de los cielos!

—¡Síguelo hasta encontrar la luz en tu interior!

De repente Atux comenzó a mover las manos como lo hizo el maestro y cuando dejó de hacerlo, una pequeña bola de fuego ardía y resplandecía en ellas, mientras unas manchas aparecían en su cuello y espalda formando la figura de un sol. Luego movió sus manos y la bola de fuego aumentó su tamaño; al crecer lo suficientemente grande, la lanzó contra unas rocas de la montaña gritando:

—¡Bulachayyyy...!

La bola de fuego se estrelló contra las rocas y las desintegró por completo, causando un gran resplandor. Muti, que estaba observándolo desde la ventana de su habitación, quedó muy sorprendido y salió corriendo para felicitar a su amigo.

—¡Lo hizo, maestro!

—Maestro no sé qué me pasa —dijo Atux.

Atux trató de caminar, pero se desmayó, Muti auxilió a su compañero.

—No te preocupes —dijo el maestro a Muti—, es normal desmayarse la

primera vez, porque logras concentrar toda tu energía.

Muti respiró aliviado, viendo a su amigo profundamente dormido. Atux se despertó a la mañana siguiente y con Muti inició su calentamiento. Antes de la salida del sol, ambos empezaron a practicar la técnica nueva, el bulachay, una y otra vez insistentemente.

Al atardecer, Atux comenzó a dominar poco a poco la pequeña bola de fuego en sus manos y la lanzó contra unas rocas cercanas al río, pero esta vez sin desmayarse. Muti quiso imitarlo, pero no pudo porque no conseguía poner su mente en blanco y terminó desistiendo. Desde lejos, el maestro Cápac Cachi miraba fijamente a Atux sintiendo orgullo. «¡Ohhhh!, ¿quién es este joven? Me tomó varios años lograr dominar el bulachay y él en unas semanas ha conseguido dominarlo casi por completo... ¡Es increíble! Quizás se trate del guerrero legendario, aquel que es bendecido por el dios Inti. ¡No puede ser!», se dijo. No podía evitar sorprenderse, al parecer estaba entrenando al guerrero elegido, al guerrero legendario

—Atux trata de golpear la roca de granito —le indicó.

El joven caminó lentamente, como sintiendo su poder interior; se irguió y golpeó fuertemente la roca haciéndola saltar en mil pedazos.

—Maestro, ahora no podré medir mis fuerzas —dijo, mientras Muti sonreía.

El maestro se acercó a sus nuevos discípulos pleno de un orgullo.

—Iremos a visitar a varios guerreros del ejército, a los más fuertes de los cuatro suyos, ¿Están listos para enfrentarlos en duelo?

Ambos jóvenes escucharon al maestro sintiendo cómo la emoción los agitaba por dentro. Habían esperado ese día por mucho tiempo. Era la oportunidad para cristalizar su sueño de ser reconocidos como los mejores guerreros del imperio.



CAPITULO 6



SECUESTRO AL SEÑOR
DE LOS COLLAS

EL DEMONIO SUPAI VACU, era dueño del cuerpo del joven Kocha. Tras varias semanas llegó a un pueblo de mercenarios, donde se imponía la fuerza y voluntad de los más fuertes. Irrumpió en el recinto donde se reunían guerreros de aspecto fiero y sanguinario. Vacu pudo sentir la maldad en la mayoría de ellos; al verlos reunidos celebrando, se acercó y con fuerte voz les dijo:

—¡Quiero su apoyo para conquistar la tierra y el pueblo inca! ¡Al final ustedes harán lo que quieran con sus tierras!

Un guerrero se acercó a él; y mirándolo incrédulamente preguntó:

—¿Quién eres tú para darnos órdenes?

Vacu se acercó al hombre que le había cuestionado, posó su mano resplandeciente sobre la frente del guerrero, quemándolo en el acto. Este cayó sobre el suelo retorciéndose y gritando de dolor. Vacu emitió fuego de sus manos, que al impactar en el cuerpo de aquel pobre infeliz lo convirtieron en cenizas, que fueron absorbidas por la tierra. Pronto no había quedado rastros del hombre y todos los presentes, aterrados, miraban espantados a Vacu.

—Esto les pasará si se rehúsan a seguirme... ¿Quiénes están conmigo?

—Nosotros, mi señor, ¡te seguiremos! —dijeron todos al unísono.

Un guerrero se acercó ante Vacu, postrándose preguntó:

—¿Cómo debemos llamarlo, mi señor?

El demonio supai lo observó, esbozando una sonrisa monstruosa.

—Llámenme Vacu —dijo—, el señor del inframundo, el nuevo soberano de

Kaypacha. —Vacu alzó una mano y continuó—: ¡Prepárense!, ¡partiremos a la tierra de los collas de inmediato!

Caminaron por las montañas hasta llegar a la frontera del pueblo de los collas. Ocultos tras los muros de un templo abandonado, esperaron que anochezca para atacar. Antes de la medianoche, el demonio supai caminó hacia la fogata, alzó un brazo e invocó las fuerzas oscuras del Ukupacha, las fuerzas del inframundo. Luego eligió a tres guerreros de los más fuertes y de corazones llenos de maldad; a ellos les ordenó postrarse de rodillas ante él. Colocó cinco piedras negras junto al fuego, sacó un cuchillo e hizo un corte en uno de sus brazos. La sangre fluyó cayendo en un recipiente, estiró sus manos sujetando el recipiente y se lo entregó a los guerreros, quienes permanecían postrados.

—Reciban mi gran poder —dijo Vacu.

Al beber la sangre de Vacu, los guerreros comenzaron a retorcerse y a gritar.

—¡Nooooo! ¡Yaaahh! —exclamaron.

Sus rostros tomaron aspectos demoniacos y se les oscureció la lengua; además en sus espaldas y cuellos aparecieron manchas formando la figura de una serpiente, como la que tenía Kocha al recibir el poder del supai.

Los otros guerreros miraban con cara de asombro y miedo. De pronto Vacu roció su sangre en las piedras negras y en ese instante salieron tres rayos de luz que se dirigieron a los cuerpos de los guerreros postrados de rodillas, quienes cayeron desmayados.

Después de un momento, los guerreros se levantaron y su aspecto era más vigoroso, sus músculos habían aumentado de volumen y un símbolo apareció en sus pechos. En ese instante, supai comenzó a reír, complacido.

—Ja, ja, ja, ja, ja, ja.

Vacu se acercó a los guerreros, quienes tenían un nuevo aspecto y mayor fuerza, pero permanecían con la cabeza inclinada; los tomó de los cabellos y levantó sus caras, para contemplar su nueva creación.

—De hoy en adelante serán llamados Belfegor, Asmodeo y Chama, mis comandantes; porque mi sangre recorre sus cuerpos y serán reconocidos como hijos del dios de la oscuridad. Ahora tenemos que encontrar la llave para abrir el portal y liberar a todos sus hermanos, los demonios que están cautivos en el Ukupacha, el reino de la oscuridad.

Los tres hombres se pusieron de pie y arengaron a los otros guerreros

presentes:

—¡Hoy lograremos someter al reino de los collas!

Vacu y sus comandantes salieron del recinto en el que habían realizado su ritual, para encontrarse con el resto de su ejército de mercenarios que estaban cerca del lugar.

La noche lucía iluminada por una gran luna llena que resplandecía en todo el reino de los collas. Los tres comandantes de Vacu irrumpieron en el palacio real de los collas, lograron ingresar sin ser vistos, matando por la espalda a los guardias que encontraban en su camino. El señor de los collas, presintiendo que algo terrible se desataba sobre sus dominios, se levantó de la cama asustado por una pesadilla, y fue a inspeccionar el lugar, encontrándose con una situación mucho peor, una más real: un guerrero con marcas en la cara y aspecto demoniaco se le acercó caminando, lo tomó del cuello y alzó en peso, era Belfegor.

—Ja, ja, ja, ja, ja —rió, mientras arrastraba al curaca inca del recinto. Sacó su lengua negra como burlándose, y rozó el rostro del señor de los collas—. ¡Te vamos a matar, maldito inca!

El señor de los collas, Siwar, vio aterrado los cuerpos de sus guardias tirados en el suelo, su piel carbonizada por el fuego lanzado por los rebeldes que los había calcinado. También vio que otros dos hombres con esas marcas en el rostro caminaban en su habitación; uno de ellos formó en su mano una bola de fuego y lo señaló con el dedo de otra mano. El rostro del señor de los collas estaba perlado de sudor.

—Si no quieres correr la misma suerte que tus guardias y conocer mi poder con este fuego, —dijo Chama, uno de los comandantes de Vacu—, será mejor que cooperes.

Los hombres de Vacu se marcharon con el curaca gobernador de los collas, dejando atrás una densa humareda. Los hombres lanzaban fuego por sus manos y terminaron por quemar varias casas aledañas.

Mientras los secuestradores se alejaban, uno de los guardias sobrevivientes, abrió los ojos y se arrastró por los pasillos del palacio hasta otra habitación. Su cuerpo había recibido quemaduras graves. Una mujer abrió la puerta para ver lo que producía los ruidos, y se encontró con el guardia casi carbonizado.

—¡Alerta, se llevaron al curaca gobernador! —gritó el guardia.

Fueron sus últimas palabras, y murió; la esclava yanacona corrió al pasillo y

tocó la puerta al comandante de la guardia de los incas.

—¡Ayuda, raptaron a nuestro gobernador!

—Toquen los pututus para dar alerta —dijo el comandante, y varios guardias empezaron a tocar los caracoles pututos.

De pronto irrumpieron por la puerta los guerreros de Vacu. Traían al señor de los collas amarrado del cuello con una cuerda. Vacu caminó hacia adelante y deteniéndose, les dijo a todos los guerreros que estaban listos para luchar contra sus huestes.

—¡Ríndanse y póstrense ante mí y vivirán... desafíenme y morirán!

Varios guerreros se lanzaron a luchar y Vacu, flotando sobre la tierra, lanzó bolas de fuego desde sus manos matando a varios de ellos. Los collas al ver su poder, huyeron hacia las montañas. Ahora Vacu solo tenía en frente de él a sacerdotes y ancianos curacas. A todos los mató. Los carbonizó haciéndolos arder como antorchas. Algunos esclavos y pobladores comprendieron que nada podían hacer y reconocieron al demonio supai como su nuevo señor. Uno de los guerreros que escapó hacia las montañas fue a dar aviso a un mensajero chasqui, el cual partió de inmediato hacia la capital inca. Al acercarse al tambo que se encontraba en la entrada de la capital inca, hizo sonar su pututo de caracol para avisar que estaba cerca al chasqui de relevo, para que se prepare a recibir el mensaje oral. El nuevo mensajero ingresó corriendo a toda prisa por las puertas del Cusco, se acercó al sacerdote Waman y, postrándose, le transmitió el mensaje de las tierras del sur.

—Mi señor —dijo— el pueblo de los collas ha caído. Un demonio supai llamado Vacu secuestró al señor de los collas y mató a muchos curacas y sacerdotes. ¡Lanza fuego de sus manos y flota sobre la tierra... tiene una fuerza descomunal! Se parece a su hijo Kocha, mi señor.

El sacerdote Waman sin perder el tiempo, ingresó al palacio a buscar al Inca Pachacútec. Dentro del Coricancha lo vio sentado en su silla de oro atendiendo las consultas de sus súbditos, corrió ante él, y se postró.

—¡Mi señor, traigo malas noticias!: El señor de los collas ha sido secuestrado y su pueblo sometido por un guerrero muy fuerte, que lanza fuego de las manos, al parecer poseído por un supai. —Waman, aún consternado por el mensaje recibido, agregó— ¡Iré con usted mi señor, el mensajero dijo que aquel poderoso guerrero tiene el aspecto de mi hijo Kocha!

El Inca Pachacútec guardó silencio, meditó por un instante, mirando los ojos afligidos de Waman.

—¿Cómo es posible que Kocha, un inca como nosotros, esté liderando una revuelta? ¿Cómo es posible que pueda lanzar fuego como un Supai del inframundo? ¡Averigüen todo lo que puedan sobre ese guerrero!

El sacerdote Waman fue en busca del sinchi general Siucolque, el Inca buscó con los ojos a sus otros súbditos.

—¡Qué vengan mis consejeros, y el sinchi general Siucolque!

En pocos minutos, llegaron los dos sinchis generales y les narró lo sucedido en el sur.

—Apumaita —dijo Pachacútec—. ¡Ve a buscar al maestro Cápac Cachi y cuéntale del demonio supai que es capaz de lanzar fuego y flotar por los aires!

Apumaita partió de prisa. Pachacútec miro a los ojos al sinchi general Siucolque y le dijo:

—¡Quiero que te prepares, juntamente con mi hijo mayor, el príncipe Amaru Yupanqui, y reúnas un gran ejército para liquidar a los rebeldes!

Siucolque asintió con la cabeza y se dirigió a ver al príncipe Amaru para darle la noticia de su padre.

—Príncipe Amaru: mi señor Pachacútec, decidió nombrarlo su heredero, pero primero tiene que demostrar su valentía y dotes de guerrero excepcional y líder, conquistando pueblos rebeldes, como Apusquipay ³², el jefe de los ejércitos imperiales. Partiremos con varios miles de guerreros a solucionar el problema de una invasión en la provincia de los collas.

La sorpresiva noticia del otorgamiento del cargo de príncipe heredero, desconcertó al joven Amaru, pues no esperaba tal decisión.

—¡Sinchi general Siucolque! Mi padre confía mucho en usted por todo lo que hace en favor de nuestro imperio inca. ¡Prepare el mejor ejército con los guerreros que sean necesarios... partiremos de inmediato!

—¡Las tropas están preparadas y listas! —dijo el sinchi general.

Antes de marchar al sur, el Inca Pachacútec se acercó a los balcones y lanzó un grito de guerra.

³² Jefe máximo de los ejércitos imperiales del Inca

—¡Vencer o morir!

El príncipe y el sinchi general le miraron, levantaron una mano y cerraron el puño en señal de victoria.

El ejército inca marchó por las montañas dirigiéndose al pueblo de los collas. Luego de un gran recorrido, al llegar a un río cercano a las tierras de los Chiriguano, el príncipe detuvo a su ejército.

—¡Armen el campamento! —ordenó.

Muy cerca del lugar, un vigía mercenario logró ver al ejército inca, y de inmediato partió para dar aviso al demonio, que sin pérdida de tiempo envió tres grupos de guerreros para que los atacaran.

La batalla fue sangrienta y violenta, quedando derrotado y diezmado el ejército inca. El príncipe Amaru logró escapar del campo de batalla con la ayuda del sinchi general Siucolque y otros guerreros, pero fueron perseguidos hasta cerca de un campamento del ejército inca, donde al cruzar el río, el supai Vacu lanzó un ataque de fuego desde la otra ribera. El sinchi general Siucolque trató de proteger al príncipe con su escudo, pero el fuego le quemó ambas manos.

Varios guerreros del ejército que cuidaban la frontera corrieron a auxiliarlos, ayudando al príncipe y al sinchi general. Los sobrevivientes fueron llevados al palacio real ante el Inca Pachacútec.

Una vez allí, el príncipe Amaru miró a su padre, avergonzado y con lágrimas en los ojos.

—¡Padre, el ejército inca ha caído... ! Ellos son muy fuertes y usan poderes divinos, lanzan fuego, ¡así no se puede combatir, padre!

El Inca Pachacútec tratando de apoyar a su hijo, extendió su brazo, cogió la cabeza del príncipe y lo contempló esbozando una sonrisa.

—Hijo, nos vengaremos.

—Amigo, vengaremos lo que te hicieron —dijo Pachacútec mirando al sinchi general Siucolque que tenía ambas manos vendadas.

—Pachacútec miró al sacerdote Waman y dijo: —¡Busquen y traigan a mi hijo menor, al príncipe Túpac Yupanqui!

Los esclavos yanaconas salieron en busca del joven. Mientras tanto, en el pueblo de los collas, al sur de la capital inca, Vacu, sentado en el trono del

gobernador, no dejaba de reírse.

—Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja.

Lo hacía sádicamente, pues se deleitaba de lo que sus generales le narraban acerca de la muerte de sus enemigos: la sangre y las cenizas de aquellos guerreros incas.

—¡Nadie nos puede detener! —dijo y continuó riendo.

Los comandantes de Vacu, festejaron y bailaron, extasiados por el júbilo de la victoria.

En los días siguientes, continuaron sometiendo otros pueblos incas. El ejército de la frontera padeció su terrible furia. Los invasores se fueron acercando poco a poco a la capital de los incas, a la vez que su ejército de mercenarios fue creciendo. Muchos de ellos eran antiguos desterrados y traidores del pueblo Inca.

En el Cusco, el Inca Pachacútec nombró a su hijo menor Túpac Yupanqui como su nuevo heredero al trono y jefe de los ejércitos imperiales.

—Hijo, quiero que tú controles esta rebelión —dijo frente a sus comandantes y demás sinchis generales.

El príncipe se postró ante su padre y alzó una mano.

—Sí padre, me haré cargo de todo.

El príncipe Túpac Yupanqui salió del palacio y se dirigió a la fortaleza de Sacsayhuamán para conversar con los comandantes del ejército inca. Allí se encontró con el sacerdote Waman.

—Quiero averiguar cómo es posible lanzar fuego sobre el demonio supai Vacu —dijo el príncipe Túpac Yupanqui—.

El sacerdote lo miró fijamente a los ojos mientras intentaba recordar algo, hasta que finalmente dijo:

—Un sacerdote del norte nos contó la historia de cómo derrotaron a un supai, que en el pasado logró poseer el cuerpo de un guerrero Chimú: lo derrotaron con un cuchillo hecho de un metal de los dioses.

El príncipe Túpac Yupanqui quedó perplejo ante sus palabras.

—¿Dónde está ese cuchillo? —dijo.

—No lo sé, señor, pero averiguaré sobre él.

El sinchi general Apumaita y el maestro Cápac Cachi habían ingresado a la fortaleza acompañados de los dos discípulos: Atux y Muti. El maestro al escuchar la conversación del sacerdote Waman y el príncipe Túpac Yupanqui acerca del cuchillo hecho de un metal de los dioses, saludó a los presentes e interrumpió su conversación.

—¡Mi príncipe Túpac Yupanqui —dijo el maestro Cápac Cachi— aquí traigo el cuchillo con el metal de los dioses!

—¡Ya tenemos el cuchillo —dijo el príncipe sonriente y complacido—, ahora sí podremos matar a esos malditos!

Túpac Yupanqui observó entusiasmado al maestro Cápac Cachi y le preguntó:

—¿Cómo lo ha obtenido usted, maestro?

Cápac Cachi cerró los ojos, como para estimular su memoria.

—Cuando era joven, y recorría los pueblos del norte, un demonio supai llamado Vacu comenzó a matar gente y a crear caos en diferentes pueblos del reino Chimú y los cañaris. El demonio buscaba unas llaves para abrir las puertas del Ukupacha, ¡del inframundo! Entonces un grupo de ancianos buscó guerreros muy fuertes para enfrentarlo, y fue el señor del pueblo de los Chimú quién había hecho un cuchillo de una roca negra que cayó de las estrellas, como un regalo de los dioses. Aquel guerrero elegido, que cuando atacó al guerrero Vacu con su cuchillo hecho del metal de los dioses, pudo herirlo por fin, debilitándolo. Así pudimos nosotros sujetar al demonio Vacu. El jefe de los Chimú clavó la daga en la cabeza del guerrero Vacu, devolviéndolo al Ukupacha, al inframundo.

El príncipe Túpac Yupanqui buscó la mirada del general Sinchi Apumaita y levantando su mano derecha dijo:

—Prepara un ejército, ¡lucharemos contra el supai Vacu!

El séquito del príncipe, junto al maestro Cápac Cachi, partió al palacio para entrevistarse con el Inca Pachacútec. Allí, el maestro Cápac Cachi, Atux y Muti se postraron ante el príncipe Túpac Yupanqui.

—Mi señor —dijo el maestro Cápac Cachi—. Necesitamos un campo apropiado para poder entrenar, quisiera que puedan ver las técnicas de lucha de mis nuevos discípulos, y cómo podemos repeler el ataque de fuego de los rebeldes.

—Sí —dijo el príncipe, mirando a sus comandantes—. Preparen un campo de entrenamiento en la llanura, ¡necesito ver a sus discípulos!

Al cabo de una hora, todos estaban reunidos en el campo de entrenamiento

para ver las técnicas de lucha de ambos muchachos. Atux y Muti comenzaron con sus calentamientos.

El príncipe, el maestro Cápac Cachi y el Inca Pachacútec, alejados a unos metros de los jóvenes guerreros, iniciaron la elaboración de su estrategia ofensiva para enfrentar al supai; pero Pachacútec, intrigado por las técnicas de las nuevas promesas de su ejército, interrumpió la discusión con sus camaradas y fijó su mirada en los jóvenes.

—¡Vamos, quiero verlos en acción! —dijo.

Todos quedaron estupefactos al ver a Atux realizar la técnica de Bulachay, el joven se concentró, moviendo sus manos y cuando sintió un ardor en sus manos y vio crecer una bola de fuego, la lanzó gritando:

—¡Bulachay!

La bola de fuego golpeó grandes piedras en las montañas y las despedazó. El príncipe Túpac Yupanqui y su padre no podían creerlo.

—Esa técnica la llegué a dominar después de muchos años de esfuerzo y dedicación —dijo orgulloso Cápac Cachi—, pero Atux pudo dominarla en poco tiempo, es un joven fabuloso. Igual Muti, también es muy veloz y tiene mucha fuerza. Ellos podrán enfrentarse al demonio supay.

Al terminar de entrenar, los jóvenes caminaron hacia la cocina real para refrescarse y beber chicha de maíz. De pronto, ingresó el maestro Cápac Cachi acompañado del príncipe. Atux y Muti hicieron reverencias para saludarlos.

—Atux: tengo que contarte lo que sucedió con tu padre—dijo el príncipe Túpac Yupanqui.

—¿Qué sucedió, mi señor?! —dijo Atux sorprendido y con voz menguada.

—Mi hermano Amaru fue con tu padre y un gran ejército para dar solución a la invasión y revuelta en la provincia de los collas y fueron atacados vilmente por el supai, que lanzó fuego desde un extremo del río y tu padre intentó proteger a mi hermano con su escudo, pero el fuego quemó ambas manos del sinchi general—dijo el príncipe Túpac Yupanqui.

— ¡No, mi padre no! —dijo Atux.

Corrió en busca de su padre y encontró a su madre curándole ambas manos.

Al ver a su hijo ella comenzó a llorar y el sinchi general, también sorprendido, lo miró orgulloso. ¡Su hijo ya no era el mismo!

— ¡Te prometo vengarte, padre, te lo juro! —dijo Atux.

Llorando, abrazó a su padre, quien estaba devastado por todo lo que le había sucedido. Atux comenzó a recordar muchos pasajes de su vida junto a su padre. Mientras tanto en palacio, Pachacútec discutía con su corte real sobre como vencer al supai y manifestaba su confianza en los dos jóvenes guerreros.

—Ellos están muy bien preparados —dijo el Inca Pachacútec.

—¡Venceremos! —exclamó el sinchi general Apumaita—. Usted siempre soluciona todo.

De inmediato, el príncipe Túpac Yupanqui los reunió a todos en la gran sala del Inca, y comenzó a exponerles su estrategia para vencer al supai y sus compinches.

—Mi hermano Amaru fue con miles de guerreros del ejército y estos fueron vencidos fácilmente; la gran mayoría quemados por los ataques de los demonios del mal. Ellos pueden lanzar fuego, igual que la técnica del Bulachay.

Atux y Muti escuchaban atentos la estrategia para poder matar al supai.

—El maestro —continuó Túpac Yupanqui—, sus discípulos y diez mil guerreros los rodearán y matarán.

Atux levantó una mano.

—Príncipe —interrumpió—, quisiera ir con el maestro, Muti y cuarenta guerreros de los más fuertes, para averiguar todo lo posible sobre los rebeldes. El ejército nos esperaría muy cerca para atacar.

El Inca Pachacútec comprendió la estrategia, y haciendo un ademán con una mano, señaló a su hijo.

—¡Hazte cargo de todo, Túpac! —ordenó.

—Sí, padre. Mataremos a todos los invasores —dijo el príncipe.

Túpac Amaru miró fijamente al sacerdote Waman.

—Sacerdote, encárguese de coordinar con los ejércitos del sur y norte para que se reúnan en la fortaleza de Sacsayhuamán.

—¡De inmediato, Príncipe! —respondió Waman—. Enviaré unos mensajeros a los sinchis generales para que busquen los guerreros más fieros y fuertes.

Al decir estas palabras, dos chasquis que escuchaban el mensaje del sacerdote, partieron de prisa en dos direcciones: hacia el sur y hacia el norte.

—Ahora, frente a los rebeldes, pondremos a prueba su entrenamiento intensivo —dijo el maestro a sus alumnos—. ¡Prepárense! ustedes van a ir solos, porque yo estoy muy viejo para luchar.

—¡Sí, maestro! —respondieron al unísono los dos jóvenes.

Ambos comprendían la responsabilidad que habían adquirido. El propio Inca les había confiado el futuro del imperio. Ellos eran inexpertos aún, pero sabían muy bien lo que les esperaba.

Muy temprano al día siguiente, por las montañas de la capital se escuchaba el trajinar de los batallones de guerreros incas que llegaban del norte y del sur, instalándose en la fortaleza de Sacsayhuamán. Al verlos llegar, el príncipe Túpac Yupanqui los saludó sintiendo confianza en lograr la victoria.

—Sinchis generales, capitanes y comandantes incas —exhortó— sean bienvenidos. ¡Nos espera una gran batalla!

El príncipe se reunió con el sinchi general Apumaita y los comandantes para explicarles su estrategia.

—Se instalarán fuera de la ciudad de los collas —dijo—, solo van a atacar cuando Atux y Muti les informen que es el momento de enfrentar y derrotar al supai Vacu.

En ese instante ingresaron Atux y Muti deteniéndose en la entrada. El príncipe al verlos se dirigió hacia ellos.

—Seleccionen los cuarenta guerreros que van a llevar para explorar la provincia de los collas —ordenó el príncipe.

—Sí mi Señor —dijo Atux.

Luego de seleccionar a los cuarenta guerreros, los dos jóvenes volvieron con el príncipe Túpac Yupanqui.

—Atux, enviarás un mensajero cuando sea el momento, nosotros ingresaremos a tu señal para recuperar la ciudad y matar a todos los rebeldes, —dijo el príncipe a los jóvenes.

De inmediato Atux y Muti partieron hacia el sur por las montañas. Después de una larga caminata llegaron al río Amarumayo, en donde se detuvieron para abastecerse y beber agua. Y cuando cruzaban el río, no advirtieron que Chama, el comandante rebelde del supai Vacu, los observaba desde la parte alta de un peñasco, junto a un grupo de guerreros.

—¿Son muy ingenuos o buscan la muerte? —dijo Chama—, ¿acaso no saben lo terrible que puedo ser...? ¡Los voy a despellejar vivos!

Tres guerreros incas, de los más fuertes y atrevidos, lograron llegar a la otra orilla del río. En ese instante, el comandante Chama lanzó fuego de sus manos matándolos de inmediato. Los cuerpos quedaron carbonizados, ante el asombro de los demás guerreros. Entonces Muti lanzó un desafío al comandante de los invasores:

—¡Quiero luchar solo contigo cuerpo a cuerpo!

El comandante Chama se comenzó a carcajear y acepto el reto.

—Si tu deseo es morir —dijo Chama—, ¡te voy matar, maldito inca!

Atux un poco apenado miró los restos de los guerreros carbonizados y sintió muchos deseos de venganza, recordando además en lo que le habían hecho a su padre. Pero trató de contenerse.

—¡Retrocedan! —dijo Atux— ¡Protéjense con sus escudos!

—Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja —reía Chama grotescamente. Luego saltó desde el alto peñasco y se encontró frente a frente con el guerrero Muti.

Ambos dieron inicio a una sangrienta y violenta pelea, Muti atacó con patadas giratorias veloces, pero no pudo golpear a su rival, pues la velocidad de Chama era superior. Cuando, en un momento, Muti bajó la guardia para atacar, Chama lo golpeó en la nuca haciéndole caer en el suelo, de rodillas y visiblemente desorientado.

Muti apoyó una mano en el suelo para levantarse, pero cayó. Trató de arrastrarse, pero Chama lo seguía golpeando implacablemente, haciendo crujir sus huesos. Muti soportaba el dolor de los golpes con valentía, pero un terrible puñetazo en el rostro lo lanzó lejos, quedando inconsciente.

Atux miraba atento la velocidad y la técnica del rebelde Chama. Quedó

perplejo al ver cómo había derribado a Muti con sus movimientos y golpes, derrotándolo. Y antes de que el comandante Chama lo liquidara, avanzó unos pasos, llamando la atención del invasor. Este volteó y miró a Atux, quien le dirigió una fiera mirada. Se generó una fuerte tensión en ambos bandos.

—¡Sigues tú, gusano! —dijo Chama—. ¡Te aplastaré! ¡No tendré piedad! ¡Después los voy a despellejar!

El comandante Chama movió su mano y lanzó un ataque de fuego contra Atux. Este repelió su ataque con un Bulachay, desviando el fuego lanzado hacia él. Chama, atónito, contratacó lanzando otra bola de fuego que Atux esquivó, a la vez que se abalanzó contra su oponente, luchando cuerpo a cuerpo con él. Atux analizaba los movimientos de Chama, cada vez que este lo atacaba ferozmente. Esquivaba, se anticipaba a la reacción de Chama y acertaba golpes, fortaleciéndose cada vez más. Sobre todo, al pensar en su compañero Muti que estaba herido en el suelo. Atux comenzó a acertar más seguido sus golpes en el cuerpo de Chama. Lo golpeaba con más y más fiereza. Chama, maltrecho, intentaba reponerse.

—¡Maldito seas, inca! —gritaba enfurecido.

Atux se acercó, incrementó su camaquen y con un triple salto, lanzó un bulachay que destrozó al comandante rebelde, lanzándolo a gran distancia. Chama se retorció de dolor, con parte de su cuerpo convertido en cenizas que se llevaba el viento. Los guerreros que acompañaban al terrible Chama al ver como su comandante yacía calcinado en el suelo, huyeron despavoridos hacia la fortaleza de los collas donde estaba Vacu.

Atux corrió a auxiliar a su compañero y lo alzó en brazos. Muti sangraba por la boca.

—¡Traigan un poco de pope! —ordenó Atux.

—¡De inmediato! —dijeron los guerreros incas.

—Trata de comer amigo, para que te recuperes —rogó el joven.

Cuando Muti empezó a comer el pan sanador llamado pope³³, en pocos minutos se sintió restablecido y se puso de pie lentamente. El pope era el alimento conocido como la simiente de los dioses, pues lo elaboraban con granos y cereales

³³ Alimento especial de los chasquis y guerreros incas, que consumían en sus largas travesías

muy nutritivos y medicinales: maíz, kiwicha, cañihua³⁴, maca negra entre otras simientes. Esa receta fue un regalo a las mujeres consagradas al servicio del templo del Sol. Las mamaconas horneaban grandes porciones en los templos y repartían en cestos a los batallones y guerreros, pues estos panecillos les permitían viajar grandes distancias sin comer. Y lo increíble es que restablecía a los guerreros heridos en cuestión de minutos.

Mientras tanto, en la fortaleza de los collas, el supai Vacu sintió profundamente la muerte de Chama, pues compartió con él parte de su sangre en aquel ritual. Con el rostro desencajado, exclamó:

—Chama ha muerto. —Se puso en pie y continuó: —Uno de mis comandantes acaba de morir... —Miró a uno de sus secuaces y le ordenó: —¡Llama a mis comandantes Asmodeo y Belfegor!

—¡De inmediato, mi Señor! —respondió el guerrero, temeroso.

Al llegar sus comandantes, Vacu, les dio instrucciones a seguir.

—¡Malditos incas! Mataron a Chama, sentí su muerte, y supongo que ustedes también.

—Recién me entero, mi señor —confesó Asmodeo. El comandante Belfegor solo asintió con la cabeza, Vacu se puso en pie y caminó hacia ellos.

—Hijos míos, ¡busquen al culpable y tráiganlo ante mí! —dijo Vacu.

—¡Vengaremos a nuestro hermano! —respondieron los comandantes a una sola voz y salieron caminando del palacio.

Al llegar a la entrada del reino de los collas, y ver a los incas aguardándolos ahí, Asmodeo se enfureció.

—¿Quién de todos mató a mi hermano Chama? —dijo.

—¡Hoy morirán todos, malditos incas! —terció Belfegor.

De inmediato los guerreros de ambos bandos iniciaron una lucha violenta con lanzas, arcos, flechas, macanas³⁵ y ataques de fuego. Atux enfrentó a Asmodeo y Muti a Belfegor.

Asmodeo atacó con múltiples golpes el rostro de Atux y lo derribó. Atux se repuso limpiándose los labios ensangrentados y contraatacó con patadas y

³⁴ Semilla con un alto contenido de proteínas y fibra

³⁵ Arma ofensiva, a manera o de porra con un mango de piedra o bronce

puñetazos, sin causarle mayor daño. Hasta que al fin pudo identificar el punto débil de Asmodeo y con un certero golpe en el pecho logró derribarlo. El demonio sintió que la sangre brotaba por su boca.

—¡Maldito inca! —dijo.

Atux usó su técnica Bulachay y lanzó lejos al espantoso Asmodeo, que cayó destrozado y carbonizado. Por su parte, Muti lanzó varios golpes fortísimos a la cabeza de Belfegor, quien no podía creer lo que le sucedía. Su vista estaba empañada por la sangre manaba de su frente. Muti lo dobló y siguió golpeando su cabeza innumerables veces, hasta partirle el cráneo en varios pedazos.

Al enterarse de la muerte de sus comandantes, Vacu enfurecido, se rasguñó la cabeza, se levantó de su trono y salió corriendo hasta llegar al campo de batalla. Al contemplar los cadáveres calcinados de sus comandantes, su mirada enrojeció, el odio que sentía por sus enemigos era inmensurable. Sus ojos emitieron una luz roja, incrementó su camaquen y lanzó varias bolas de fuego a los guerreros que acompañaron a ambos jóvenes, haciéndolos cenizas. Giró su cabeza y buscó a los comandantes incas. Al ver a Atux y Muti, sintió el tremendo poder de sus adversarios y se preparó para lanzar múltiples ataques de fuego, uno de ellos impactó en una pierna de Muti.

—¡NOOOO! ¡AAAAAH! —gritó el joven guerrero inca.

Vacu, vio como Muti se retorció de dolor se dirigió hacia él, puso una rodilla sobre su pecho y aplastó con su pie la cabeza del muchacho, enterrándola bajo el suelo.

—¡NOOOO! ¡AAAAHHHHHH! —se escuchó la voz de Muti.

Atux intentó contraatacar al demonio y éste esquivó sus golpes fácilmente. Y en un descuido, Vacu cogió del cuello a Atux, apuñeteó su cabeza varias veces y lo lanzó adonde se encontraba Muti desmayado. Vacu miró el cielo y se preparó para lanzar un ataque contra los dos guerreros incas, generó una gran bola de fuego en su mano y la lanzó hacia los jóvenes, causando una gran explosión.

Al disiparse el humo y el polvo, se sorprendió al no encontrar a ninguno de los guerreros incas. Alzó la mirada y vio al maestro Cápac Cachi. Unos segundos antes, el experimentado maestro a una velocidad de rayo, había evitado que la bola de fuego dañara a sus discípulos, salvándolos de una muerte segura.

Se dio inicio una lucha sangrienta y muy violenta: Cápac Cachi y Vacu

empezaron a intercambiar golpes directos a gran velocidad. El maestro detuvo su feroz ataque, movió sus manos e invocó la técnica del Chamasu³⁶, para incrementar su fuerza.

—¡Kallpa Tayta -Inti- Yupay saphi! —dijo Cápac Cachi en lengua Runasimi.

En ese instante, logró incrementar su masa muscular y atacó con más fuerza y fiereza, golpeó violentamente el rostro de Vacu lanzándolo contra el suelo. Vacu logró levantarse y también intentó incrementar su camaken³⁷, su fuerza física, invocando a fuerzas oscuras para incrementar su poder.

—¡Ujkupacha- Kallpa- yana siquikuna! —dijo.

Al pronunciar estas palabras, su poder creció y se lanzó a luchar con más energía, golpeando al maestro, quien dejó caer el cuchillo sagrado cerca del río. El cuchillo hecho con el metal de los dioses, era lo único que podía matar al supai Vacu.

Mientras tanto, Atux y Muti eran atendidos por guerreros incas, y trataban de comer pope, para restablecer sus fuerzas y sanar sus heridas. Al reponerse, Atux dijo a Muti:

—¡Busca el cuchillo del maestro! Solo con él podremos matar al demonio Vacu.

—Vi que cayó cerca al río —dijo Muti.

Atux corrió a ayudar a su maestro, atacó al demonio supai con varios golpes en la espalda que lo hicieron tambalear. Muti encontró el cuchillo, corrió cerca de Vacu y en un descuido, con un movimiento veloz, logró clavarlo en el cuello del supai Vacu, quien comenzó a debilitarse. Al advertirlo, Cápac Cachi, lanzó múltiples golpes por diferentes partes del cuerpo al demonio, pero este resistió los ataques, y los repelió golpeando en la mandíbula del maestro, quien por su edad se sentía cansado y sin energías. Cápac Cachi invocó nuevamente el Chamasu para incrementar sus fuerzas. Eso lo repuso y con un giro inesperado abrazó al demonio y ordenó a sus discípulos atacar con el cuchillo en la cabeza desprotegida de Vacu para poder derrotarlo.

—Malditos Incas, ¡van a morir! —dijo Vacu.

El demonio giró y en un arrebato de fuerza, atravesó con sus garras el pecho

³⁶ Técnica para incrementar tu energía

³⁷ Fuerza y Energía de una persona

del maestro Cápac Cachi. Atux furioso formó un gran Bulachay poderoso y lo lanzó, junto con el cuchillo, contra el maligno supai arrancándole la cabeza, la cual rodó y cayó en el nido de una serpiente. Allí, la sangre del demonio fluyó cayendo sobre la cabeza del ofidio, que fue poseído por las fuerzas del mal. Los ojos de la serpiente, antes amarillos, se tornaron rojos y un intenso fulgor los avivó.

Muti se acercó lentamente al cuerpo, sacó el cuchillo del cuello del cadáver y buscó la cabeza del demonio. Se dirigió hacia la cabeza decapitada y clavó el cuchillo en la frente del demonio Vacu, para hacer que regrese al Ukupacha, al inframundo.

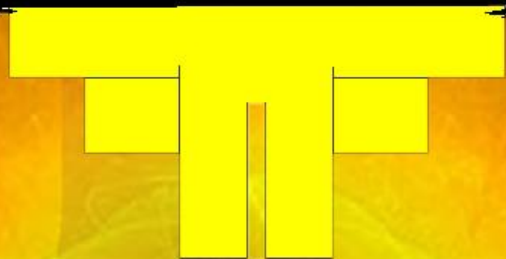
Atux y Muti cayeron exhaustos al suelo, habían ganado la batalla, pero habían perdido a su maestro. Atux sentía que vengó a su padre y Cápac Cachi. En ese momento, llegó Túpac Yupanqui con su ejército quienes habían rodeado toda la ciudad. Había esperado mucho el aviso de un mensajero, para unirse a la batalla.

Tremenda fue su sorpresa cuando vio a varios guerreros calcinados por el suelo. Pero más le conmovió ver a ambos jóvenes abrazando el cuerpo inerte de su maestro. Cápac Cachi, que había enseñado a la gran mayoría de los hijos de los nobles incas, el arte de la guerra y a convertirse en guerreros, jamás imaginó que moriría de esa forma.

Abrazó a ambos muchachos desconsolados y ordenó llevar el cuerpo de Cápac Cachi para preparar el funeral.



INIL DAVMI
INIL DAVMI



CAPITULO 7



PACHACÚTEC CREA
LA FIESTA DEL INTI RAYMI

DESPUÉS DE SEIS MESES, EL INCA PACHACÚTEC estaba sentado en su trono y reunido con sus consejeros reales y gobernadores de las provincias de todo el Tahuantinsuyo. Trataban sobre la construcción de caminos, templos, y albergues para personas discapacitadas, almacenes colcas, y cómo repartir las cosechas de forma equitativa a todos los pueblos y aldeas del Tahuantinsuyo. Sus dominios se extendían desde el río Piray en el Sur, hasta los volcanes de tierras calientes y el río Ancasmayo por el norte. Además, le preocupaba mucho cómo detener a los rebeldes que iban incrementándose por todo su gran imperio y que buscaban independizarse.

—¿Cómo podemos controlar a los rebeldes? Cada vez hay más de ellos en diferentes puntos del imperio —dijo, dirigiéndose a sus consejeros³⁸ en el recinto del Coricancha.

Su hermano mayor, Topa Yupanqui, que era parte del Consejo Real, levantó la mano, para proponer una respuesta.

—Mi señor, hermano mío, todos los levantamientos son dirigidos por guerreros destacados, muy fuertes y hábiles en combate. Ellos, con su valentía,

³⁸ Miembros de la corte real del Inca

animan a otros a rebelarse junto con su señor y comienzan a tramar y organizar revueltas.

—¡Eso es, hermano! —dijo Pachacútec—, debemos identificar quién es el más fuerte de cada pueblo para poder controlarlo.

—¿Cómo así, mi señor? —quiso saber Topa Yupanqui.

Pachacútec caminó unos pasos hacia donde estaban sus consejeros. Quería que escucharan sus palabras más claramente.

—Quiero crear una celebración de homenaje al sol naciente.

Todos en el consejo comenzaron a murmurar entre ellos. Pachacútec alzó las manos.

—¡Silencio, señores! —dijo—. Digno consejo: deseo crear una gran fiesta y la llamaremos Wawa Inti Raymi³⁹, para realizar torneos de lucha entre guerreros de los pueblos conquistados, este certamen se realizará dentro de un año y nos permitirá saber qué reinos conquistados tienen guerreros fuertes y poderosos que podrían ser una amenaza al imperio.

El príncipe Túpac Yupanqui se puso en pie y fijó su mirada en el rostro de su padre.

—Padre, pero ¿cómo lograremos que envíen a sus mejores guerreros?

—Hijo mío, todos los guerreros que asistan querrán ganar el premio del torneo; ¡el guerrero ganador obtendrá la libertad de todo su pueblo y se convertirá en nuestro aliado...!

El príncipe asintió con la cabeza afirmativamente.

—Claro, el guerrero que va a ganar será el que represente a nuestro pueblo. Nosotros tenemos a Atux y a Muti.

—Hijo —dijo el Inca Pachacútec—, quiero que te encargues de organizar todo para las festividades. Envía emisarios para que cuanto antes todos los reinos puedan reunirse en la capital. Informen sobre las festividades y el torneo.

—De acuerdo, conversaré con los jefes curacas de los reinos conquistados adjuntos al gran Imperio Inca.

El inca se acercó, colocó la mano en un hombro a su hijo y sonrió.

—Me enorgulleces, hijo. ¡Serás el próximo Sapac Inca!

El príncipe Túpac Yupanqui se dirigió en busca de su guardia real y partió hacia Sacsayhuamán, para formar su cuartel general. Ingresó a la fortaleza, miró a su hermano Amaru, y se acercó para saludarlo efusivamente.

³⁹ Ceremonia incaica y andina celebrada en honor del dios Inti

—Hermano —dijo—, quiero que me apoyes, dirijas y te hagas cargo de todas las tareas y actividades en mi ausencia. Nuestro padre me ha encomendado la gran tarea de organizar una festividad y un torneo de lucha entre guerreros de pueblos conquistados para celebrar el Wawa Inti Raymi, la fiesta dedicada al dios Inti. Su hermano esbozó una amplia sonrisa.

—De acuerdo, hermano —dijo Amaru—. Te apoyaré.

—Te encargarás de construir y organizar las estructuras y los arreglos que hagan falta, hermano—, manifestó Túpac Yupanqui. Luego se encaminaron juntos para seleccionar entre familiares de la dinastía inca, a quienes habrían de trabajar en la organización de la gran fiesta del Inti Raymi.

Los chasquis partieron llevando mensajes por diferentes caminos. El príncipe Túpac Yupanqui pidió al sacerdote Waman presentarse ante él.

— ¡Quiero aprender todas las lenguas que se hablan en cada pueblo del Imperio Inca; búscame a los mejores maestros y traédmelos ante mí! —ordenó el príncipe.

Los chasquis se intercambiaban mensajes, en los diferentes tambos de la gran red de caminos que llevaba a cada pueblo. Transmitían así los mensajes a cada señor, sinchi, jefe o curaca encargado de los reinos conquistados. Al enterarse del mensaje, estos señores y jefes se dispusieron a viajar a la capital inca para reunirse con el Inca Pachacútec.

Un mes después, todos los jefes y curacas llegaron en sus literas cargadas por esclavos para reunirse con el Inca Pachacútec. Dentro de los ambientes del palacio del Coricancha, ellos esperaban con ansias mayores noticias. Cuando ingresaron el Inca Pachacútec y el príncipe Túpac Yupanqui, todos se postraron de rodillas e hicieron una gran reverencia al soberano.

—Sean bienvenidos a la capital inca, —dijo el Inca Pachacútec.

—Acabo de crear la fiesta del Inti Raymi y requiero que cada reino elija a su mejor guerrero, para que luche en el torneo que se realizará dentro de un año en el próximo solsticio de invierno. Para entonces, todos ustedes regresarán a esta capital con el guerrero que los representará en el torneo de poder; y si él logra ganar en todos los enfrentamientos, todo su pueblo será nuevamente libre y se convertirá en nuestro aliado. Dentro de sus fronteras podrán transitar libremente, sin dar cuenta a nadie y nuestro ejército los protegerá si así lo requieren.

—¡Qué gran noticia!, podremos luchar por nuestra libertad—dijo el jefe sacerdote Chanca, sintiendo una desbordante alegría.

—¿Sera verdad esta gran noticia...? murmuró el jefe sacerdote Sachin del pueblo Chavín.

Todos los presentes estaban sorprendidos por las expresiones del Inca Pachacútec; aun así, con expresiones de sorpresa y felicidad, las comentaban discretamente con los miembros de sus séquitos.

El Inca Pachacútec se levantó del trono y manifestó:

—Mi hijo, el Príncipe Túpac Yupanqui, está cargo de todo. Él les brindará más detalles sobre la festividad y responderá las dudas que ustedes tengan. Los ilustres visitantes, después de reunirse por varias horas con el Inca y de brindar con él, iniciaron el retorno a la capital de cada reino cargados en sus respectivas literas. Túpac Amaru observó a las comitivas perderse por las montañas. Luego se dirigió al sacerdote Waman:

—Que vengan Muti y Atux! —le ordenó.

El sacerdote de inmediato mandó a buscarlos.

Ambos jóvenes se encontraban entrenando muy cerca de la ciudad. El yanacona esclavo transmitió el mensaje de su señor, y ambos se dirigieron a la fortaleza. El príncipe, al verlos ingresar por la puerta de su fortaleza, se levantó de su asiento, caminó hacia ellos y los abrazó.

—¡Tienen el gran desafío de prepararse para ser los representantes del Imperio Inca en un gran torneo, con los mejores guerreros de los demás pueblos! El deseo de mi padre es que ustedes sean los ganadores.

—¿Un torneo? —¡Qué emoción; voy a participar...! ¿Podríamos entrenar en la casa del maestro Cápac Cachi?

Túpac Yupanqui miró conmovido a ambos muchachos y sonrió comprensivamente.

—Ordenaré que les entreguen todo lo que necesiten —dijo Túpac Yupanqui—, sólo pídanlo a mi hermano Amaru. Él me está apoyando en la organización del certamen, pues yo tengo que planificar cada detalle de las festividades y del torneo.

Los constructores diseñaron pequeñas maquetas de arcilla de la explanada de

combates. Tenían las medidas estipuladas de quince mil quinientos palmos⁴⁰ de perímetro circular; y estaría rodeada de grandes murallas de piedra con una sola entrada y salida, con la finalidad de que los guerreros puedan mostrar todas sus técnicas y habilidades de combate sin escapatoria.

Atux y Muti salieron de la fortaleza, se dirigieron a preparar sus cosas para viajar nuevamente a la montaña sagrada de Tamputoco. Ambos estaban aún en deuda con Cápac Cachi, su maestro, y pensaron que visitar su hogar y hacer honor a lo que les había enseñado sería una manera de reconocer todo su esfuerzo por haberles cambiado la vida.

⁴⁰ Medida de longitud Inca que equivale a unos 21 cm



CAPITULO 8



EL REINO PARACAS

LA CAPITAL DEL REINO DE PARACAS en la ciudad de Wari Kallan, rodeada de muros fortificados de piedras adornados con telares y tallados multicolores cerca de la costa y playas de la península de Paracas, sus gobernantes personas místicas con cabezas alargadas. Su población una sociedad organizada muy conocida por su arte textil y por sus expertos médicos en operaciones quirúrgicas especialmente en la trepanación de cráneos, fracturas entre otras enfermedades raras.

El joven señor de los Paracas, Kallamus, de veinticinco años, tenía porte atlético y una cabeza alargada ceñida por una vincha de plata. Llevaba un turbante amarrado, vestidos confeccionados con hilos finos, sandalias de cuero, cinturón. Lucía brazaletes y pechera de oro con una piedra turquesa en el centro.

Kallamus ordenó a su ayudante y amigo, el sacerdote Anka.

—Ve de inmediato a buscar guerreros por todo nuestro territorio Paracas — dijo Kallamus—. El Sapac Inca ha creado un torneo con un asombroso premio, el cual se llevará a cabo dentro de un año. ¡El premio será nuestra libertad! ¡Si ganamos aquel torneo, seremos un pueblo libre y soberano como lo fuimos alguna

vez!

El sacerdote Anka no podía creer lo que había escuchado.

—¿Cómo lograremos ser libres? —dijo.

— Ese es el premio. Debemos encontrar un guerrero que nos represente y gane el torneo —dijo Kallamus.

—Mi señor, somos un pueblo pacífico y nuestros guerreros son muy viejos.

—Quiero que busquen guerreros en todos los pueblos y aldeas que sean fuertes y hábiles para entrenarlos.

Anka vio la seriedad en el rostro de su señor Kallamus.

—Me encargaré de todo, mi señor.

—Los necesitamos lo más pronto posible, para preparar todo y estar listos cuando llegue el torneo Inca. ¡Todos los guerreros deben presentarse ante mí!

—Sí mi señor, ¡Voy a buscar por todo el reino y lo encontraré!

Después de varios días de búsqueda por diferentes lugares y pueblos, el sacerdote Anka ingresó al palacio del señor Kallamus con un grupo de guerreros. Cuando estuvieron frente a su trono, Kallamus se levantó y sus vasallos se pusieron de rodillas.

—¡Levántense, sean bienvenidos!

—Mi Señor —dijo Anka—, recorrí cada pueblo, cada aldea y de todos, seleccioné a estos guerreros.

Kallamus observó detenidamente a cada uno.

—¿Estos son los guerreros?, ¡pero no parecen guerreros! ¿A qué se dedican ustedes?

Comenzó a preguntar la ocupación a cada uno de los presentes y se dio con la sorpresa que la gran mayoría eran tejedores, ganaderos y agricultores. Kallamus reflexionó por un momento y se acercó a Anka lentamente.

—Amigo, ¿cómo podremos ir al torneo si no tenemos guerreros? —le dijo.

—Mi señor, éstos son los más fuertes y hábiles en la lucha, según me comentaron los jefes de las aldeas. Ellos nos pueden representar en el torneo.

El señor Kallamus decidió ponerlos a prueba; alzó un brazo para llamar la atención de los guerreros y dijo:

—¡Prepárense!, ¡todos lucharán conmigo!

Al escucharlo, el sacerdote Anka se asombró.

—¿Usted, mi señor?

—¡Tendré que volver a luchar —dijo Kallamus—, está en juego la libertad de mi pueblo! ¡Guerreros elijan un arma!

Los hombres se dirigieron a la armería, guiados por el sacerdote Anka. De allí retornaron con lanzas, mazos y hachas; luego rodearon al señor Kallamus.

—¡Atáquenme con todas sus fuerzas! —ordenó.

Los guerreros le propinaron sutiles golpes y Kallamus lanzó a cada uno al suelo con sus puños, empleando la fuerza de sus manos, ninguno quedó en pie tras la acometida.

—¡No son guerreros, regresen a sus casas! —dijo.

—¿Qué haremos ahora, mi señor sin un guerrero? —dijo Anka.

—¡No tenemos tiempo, yo mismo representaré a mi pueblo...! Me pondré a entrenar y a perfeccionar las técnicas que me enseñaron hace algunos años.

Toda la gente que se había reunido para ver la selección de guerreros, al escuchar a su señor Kallamus, se alegraron y festejaron. Otros se sorprendieron que decidiera volver a luchar, debido a que había prometido a su madre no volver a hacerlo. Se pudo oír los gritos eufóricos de muchos decir:

—¡Mi señor Kallamus es el más fuerte, es invencible, no podrán derrotarlo... ganaremos ese torneo!

—¡Preparen todo! —Ordenó el señor Kallamus—, tengo que hacer un largo viaje y necesito estar solo para meditar, debo estar listo para el torneo Inca. Regresaré unos días antes del torneo para viajar a la capital Inca.

Los espías del Inca disfrazados de mitimaes se desempeñaban en labores domésticas; y a la vez, poco a poco iban recopilando secretamente información. Respecto del guerrero representante Paracas, eligieron en el quipu el color naranja para este pueblo. El quipucamayoc⁴¹ codificaba la información que al término enviaría a la capital Inca. Cada vuelta de las cuerdas suspendidas, detallaba información de sus vidas. Empezando con el nombre del guerrero Kallamus y la edad que tenía; así mismo, en qué se desempeñaba, en este caso, era el señor del pueblo Paracas. Guiaba a su pueblo desde muy joven, tras la muerte temprana de

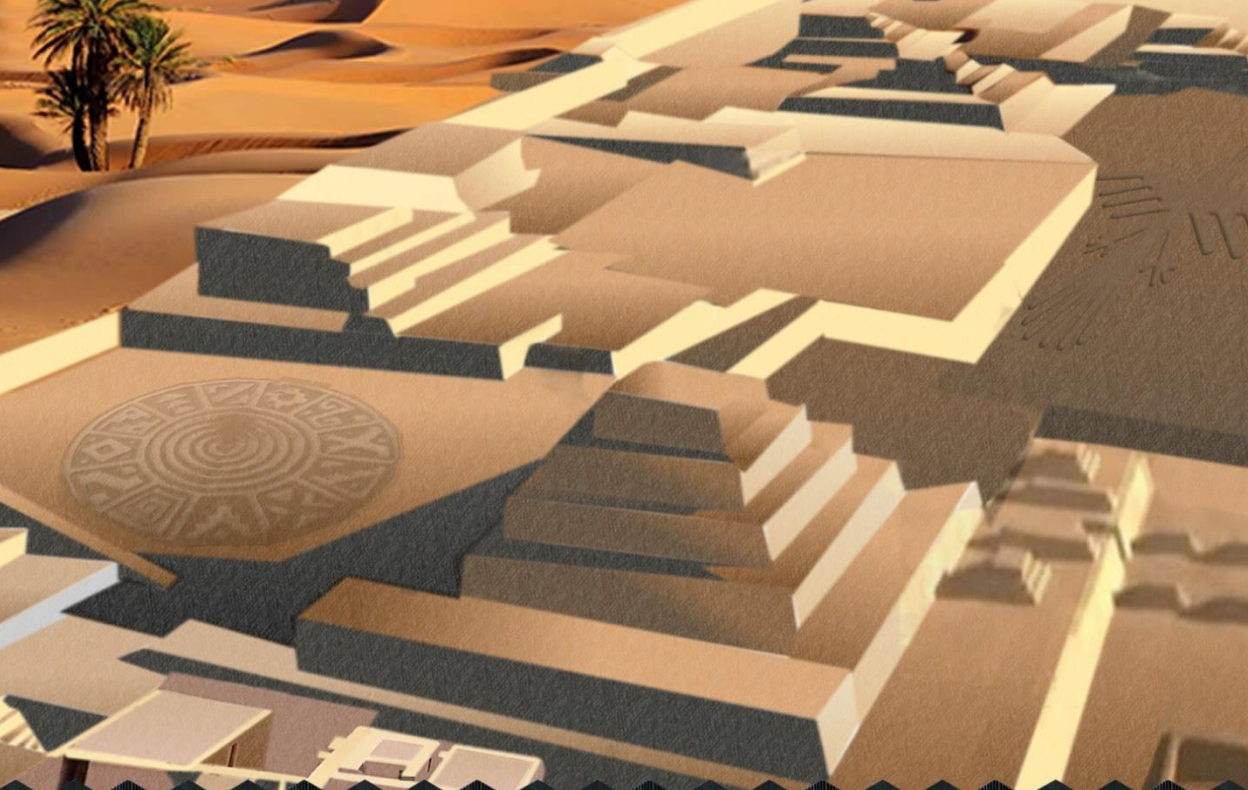
41 Personas encargadas de la interpretación y manejo de los quipus

su padre; y había sido entrenado por los místicos maestros de su linaje. Ganó el derecho de usar el collar de su padre, que poseía un gran poder oculto, pues era el único hijo.

Su familia provenía de un linaje real. Ellos tenían el cráneo alargado. Se decía que sus antepasados llegaron desde las estrellas y fundaron el pueblo Paracas. A sus súbditos los hicieron prosperar en las áridas y arenosas tierras, utilizando métodos innovadores para encontrar aguas subterráneas las cuales hacían brotar hacia la superficie. El señor Kallamus se había convertido en el salvador de su pueblo tras la invasión del ejército inca. Hizo un acuerdo con el Inca Pachacútec para que no maten ni dañen a su pueblo, a cambio de compartirle sus conocimientos sobre agricultura, astrología y edificaciones.

La estrategia de lucha de este guerrero era la utilización de su collar. Allí concentraba energía y la convertía en un rayo de fuego, que lanzaba desde su pecho causando mucho daño a sus oponentes se le llamaba luz destructiva de los Dioses. Un arma de defensa era su manto, que al girarlo en forma circular se convertía en un escudo de energía protector contra los ataques de sus adversarios. Asimismo, podía comunicarse con cualquier persona telepáticamente y levitar en el aire por el tiempo que deseara.





CAPÍTULO 9



EL REINO NAZCA

MUY CERCA, EN LA CIUDAD DE CAHUACHI, la capital nazca, esclavos yanaconas labraban las tierras bajo el sol ardiente, junto a las grandes construcciones de pirámides, pozos y canales subterráneos. Otros se encargaban de la orfebrería y textilera. Chaka, señor de los nazcas, estaba inspeccionando los sembríos de la temporada, acompañado de su ayudante, el sacerdote Wasi.

—Tenemos la oportunidad de ser libres —dijo Chaka—; estoy pensando en mi hermano Aquixe, quien será mi sucesor. Estoy muy enfermo y no tengo hijos, por eso voy a designarlo oficialmente para que nos represente en el torneo inca. ¡Que sea él quien nos entregue la libertad y así se gane la gratitud del pueblo!

—Creo que sería una buena decisión. —dijo Wasi

—Así es, es el mejor guerrero que tenemos. Además, fue sinchi y un gran líder de nuestro ejército y fue entrenado por los monjes ciegos que cuidan las líneas sagradas en el desierto. ¡Que venga mi hermano Aquixe! —dijo Chaka.

—De inmediato, mi señor —dijo Wasi.

Aquixe, de porte atlético, llevaba una pechera con una figura en forma de araña, en el centro. Ingresó al palacio real para atender la solicitud de su hermano Chaka; y dirigiéndose a él le dijo:

—Hermano, me informan que me estás buscando —dijo Aquixe.

—Si, quiero pedirte algo.

—Estoy a tus órdenes.

Chaka, esbozó una sonrisa, luego dijo:

—Hermano, quiero que seas el representante del pueblo nazca, en el torneo inca que se llevará a cabo el próximo solsticio de invierno en Cusco.

Aquixe lo miró, asombrado ante aquella solicitud.

—¿Torneo del Inca? ¡Qué bien!, ¡Acepto representar a mi pueblo! —dijo eufórico el gran guerrero.

—Quiero que ganes y logres la libertad del pueblo Nazca, en el próximo solsticio de invierno, iremos al Cusco. Falta mucho tiempo, y quiero que te prepares muy bien porque los curanderos me diagnosticaron que tengo una grave enfermedad y que no me queda mucho tiempo de vida. Así que tú serás mi sucesor, hermano.

Chaka se puso de pie, se acercó a Aquixe abrazándolo fuertemente y derramando unas lágrimas, conversaron sobre su enfermedad por varias horas. Ambos caminaron juntos por los jardines del palacio para luego despedirse.

Después de cinco semanas, los espías averiguaron cada detalle de la vida del representante nazca, que proporcionaron al quipucamayoc para que la codifique en unos quipus de color blanco que contenía mucha información del guerrero Aquixe. De 23 años de edad y con gran fuerza en sus brazos, había sido un sinchi del ejército de su reino. Hermano del señor de los Nazca, sus antepasados descendían de una raza milenaria de guerreros. Su padre y abuelo gobernaron al pueblo. Desde muy joven, Aquixe fue entrenado por los monjes ciegos quienes le enseñaron a utilizar las runas⁴² de piedra o tablillas con símbolos sagrados que invocan al elemento tierra. Lo educaron para guiar a su pueblo. Además, poseía dos báculos hechos de un metal negro, encontrado en los desiertos de Nazca, que él mismo talló. Estos báculos eran tan fuertes que destrozaban cualquier cosa. Más aún, la punta de estos báculos podía atravesar láminas de plata.

Sus movimientos de ataque eran precisos. Podía conjurar a la madre tierra, para utilizar la técnica de las runas o tablillas de piedra del elemento tierra. Con ellas formaba grandes bolas de tierra a las que controlaba con sus manos y que lanzaba a sus oponentes. También utilizaba sus bastones de pelea para golpear o dañar a sus oponentes.

⁴² Tablilla de piedra con grabados de símbolos sagrados.

IMPERIO DE LOS INCAS

Toda esta información detallada se envió con un chasqui a la capital Inca de manera secreta.





CAPITULO 10



EL REINO ICHSMA

EN EL TEMPLO PRINCIPAL DE PACHACAMAC⁴³, se encontraba el sacerdote Quemir realizando un sacrificio y ofrenda al dios creador. Tomó un cuchillo y cortó el cuello de una alpaca virgen; en un recipiente recogió la sangre, caminó hasta la estatua del dios Pachacamac y la roció sobre él.

—Recibe esta sangre dios creador —dijo—, y devuelve las lluvias.

Al terminar la ceremonia, un esclavo yanacona se aproximó al sacerdote y le informó:

—Mi señor, ha llegado Qaiwi, con los guerreros que usted solicitó buscar —dijo el yanacona.

—Ve y dile a Qaiwi que los lleve a la explanada—ordenó el sacerdote.

Al terminar la supervisión de los sembríos, el sacerdote se dirigió a la explanada donde lo recibió Qaiwi, un ex comandante del ejército del reino Ichsma. Atlético y alto, vestía una vincha con dos plumas de cóndor enrolladas en la circunferencia del cráneo y un faldellín. Llevaba consigo una cuerda hecha de piedras negras en forma circular que parecía un látigo, una honda y un cuchillo enfundado en un bolso de cuero atado a la cintura. Se levantó y fue a dar el encuentro de su señor, Qaiwi. Hizo una reverencia.

—¡Mi señor, traje a los guerreros que mandó buscar!

El sacerdote, miró a su ex comandante.

⁴³ Santuario principal de la costa central durante más de mil años.

—¡Vamos Qaiwil!, tenemos que elegir al mejor guerrero que representará al reino Ichsma —dijo Quemir, presintiendo que por fin podrían ser libres.

—Mi señor, nuestros mejores guerreros fueron ejecutados, ahorcados y el resto llevados a la capital inca como esclavos yanaconas. —dijo Qaiwi.

El rostro del sacerdote se tornó ensombrecido y pensativo.

—¡Pero encontré estos guerreros, mi señor! —dijo Qaiwi.

El sacerdote se encontraba pensativo, se sentía ofuscado por la situación en que se encontraban los guerreros.

—Mi señor, estos guerreros fueron parte de nuestro ejército; yo los entrené y sé lo que pueden lograr en el torneo. Pero primero tenemos que recuperarlos porque algunos están enfermos y desnutridos. La gran mayoría estuvo en las canteras de piedra inca realizando trabajos duros como esclavos yanaconas.

—Y ahora, ¿dónde vamos a conseguir un guerrero que nos represente...?

Comenzó a coger recipientes que llevaban los esclavos y los arrojó al suelo, estaba furioso, no sabía que hacer; las esperanzas de libertad parecían esfumarse. Tratando de calmar los ánimos del sacerdote, Qaiwi tuvo un plan.

—Mi señor, déjeme representar al pueblo Ischma, me pondré a entrenar hasta lograr ser un guerrero invencible y poder ganar la libertad de nuestro pueblo en aquel torneo Inca.

El sacerdote Quemir cambió sus gestos de angustia y sonrió, los ojos le brillaron, por aquella idea tan esperanzadora.

—¿Estás seguro que podrás ganar? —dijo, viendo a Qaiwi asentir con la cabeza—. De acuerdo, ¡ponte a entrenar!

—Sí —afirmó Qaiwi—, voy a representar a mi pueblo, y entregaré mi vida por usted y por todo el reino.

El sacerdote Quemir no puso objeción y accedió a su petición.

—De acuerdo, Qaiwi, entrena mucho y cumple tu promesa de ganar el torneo.

Qaiwi salió raudamente de la explanada hacia su casa para iniciar su entrenamiento. Muchos mitimaes espías, también seguían todos los movimientos del guerrero Ichsma; luego entregaban información detallada a un quipucamayoc que se encontraba en la ciudad de Pachacamac para que sea codificada en quipus de color gris. Todo esto sería enviado a la capital Inca con los detalles del guerrero Qaiwi, quien a sus 24 años de edad era un ex comandante del ejército del pueblo Ichsma. Reconocido y muy apreciado por los sacerdotes del templo de Pachacamac. Desde muy joven fue entrenado y se convirtió en el mejor guerrero, destacando por su velocidad y fuerza. Además, él mismo construyó sus

IMPERIO DE LOS INCAS

herramientas de lucha que utilizaba en los combates: un látigo que estaba hecho de esferas de piedra negras que utilizaba junto con su honda para lanzarlas con una fuerza descomunal, logrando destrozarse fácilmente cualquier objetivo que se pusiera en frente.

Entrenado por los sacerdotes del gran templo de Pachacamac, se le otorgó técnicas para poder utilizar los runas o tablillas de piedra para invocar al elemento viento, y poder crear ventarrones contra sus oponentes. Este guerrero poseía gran resistencia y fuerza física que era superior a la de cualquier otro guerrero.

Sus movimientos de ataque estaban relacionados a su principal arma que era su honda. Con ella arrojaba las esferas de piedra negra. Y al conocer los secretos de las runas del viento, podía invocar la ayuda de los Apus, los dioses de las montañas, para crear fuertes ventarrones, así como incrementar su camaquen o fuerza física.





CAPITULO 11



EL REINO CHANCA

UN MENSAJERO CRUZÓ EL PUENTE COLGANTE del río Apurímac y rodeó la montaña recibiendo sobre su rostro rayos del sol, los mismos que se reflejaban en los verdes pastizales. Cerca de la entrada de la ciudad, el chasqui se detuvo para mirar las dos estatuas de serpientes a cada lado del camino. Los ojos de estas tenían unas piedras brillantes que los hacían parecer reales. Al ingresar a la ciudad de Waman Karpa por el único camino accesible, encontró al sacerdote Ancoyoc realizando trabajos de canalización con yanaconas esclavos.

Él era recordado por haber pedido clemencia al Inca Pachacútec y buscar el perdón para su pueblo por la rebeldía mostrada al invadir la capital Inca. Encontró la piedad del soberano y con el paso de meses, convenció a sus pocos habitantes para integrarse al Tahuantinsuyo. Los reorganizó buscando la armonía que tanto les hacía falta. La gente del pueblo estaba muy descontenta por las ejecuciones diarias que se realizaban. Las rebeliones de algunos guerreros eran dominadas por el poder del gran ejército inca, que construyó un campamento muy cerca de la ciudad. Los rebeldes eran ejecutados.

El mensajero chasqui hizo una reverencia al sacerdote y entregó el quipu con el mensaje.

—Mensaje del Cusco, mi Señor.

—Márchate—, dijo el sacerdote Ancoyoc al chasqui mensajero.

Después de descifrar el mensaje, Ancoyoc caminó en círculos por un momento. Meditaba cómo encontrar al guerrero que los represente en el torneo Inca.

—¡Tenemos que ganar y seremos libres de estos malditos incas quienes ya me tienen cansado!, se dijo. Miró a su ayudante Hualloc.

—¿Dónde podremos encontrar un guerrero chanca muy fuerte, que pueda ganar el torneo inca...?

—Mi señor —dijo Hualloc—, en las montañas hay un guerrero Chanca muy poderoso.

El sacerdote Ancoyoc se entusiasmó.

—¡Manda a traerlo ante mi presencia! —ordenó.

—Mi señor, él se rehúsa a abandonar su casa, porque se dedica al cuidado de su hijo que está muy enfermo; su esposa murió de una rara enfermedad.

Hualloc le explicó que aquel guerrero prefería recibir castigos antes de separarse de su hijo.

El sacerdote Ancoyoc se tomó la quijada meditando cuál sería su siguiente movimiento ante aquella revelación. Ingresó a su habitación caminando y le dijo a Hualloc:

—¡Iremos a verlo! ¡Que alisten todo para partir de inmediato!

El séquito del sacerdote chanca recorrió las altas montañas donde habitaba el guerrero que los representaría en el torneo. Cuando llegaron Runamichi estaba cortando árboles con su hacha. Era de estatura media, con músculos muy marcados. Usaba vincha atada en su cabeza y adornada por una pluma de cóndor, su vestido estaba hecho con cuero de animales, pechera en forma de cabeza de serpiente, cinturón y brazaletes. El sacerdote se detuvo con su séquito, bajó del anda y caminó directo hacia el guerrero, mirándolo fijamente.

—¡Guerrero chanca, tu pueblo te necesita! —dijo Ancoyoc—, ¡queremos que luches en un torneo por la libertad de nuestro pueblo!

—Mi señor—dijo Rumamichi, soltando su hacha sobre unas piedras del lugar—, hice una promesa cuando los dioses me castigaron al enviar una grave enfermedad sobre mi familia, la cual mantiene postrado a mi hijo.

—Te daremos lo que pidas —dijo conmovido Ancoyoc—, solo acepta representar al pueblo Chanca.

Runamichi, dio vuelta y caminó pensativo, tratando de dilucidar acerca de lo que estaba viviendo. Por un lado, el juramento de no luchar por temor a que los dioses lo vuelvan a castigar, y por otro, el pedido del sacerdote de luchar para liberar a su pueblo nuevamente. Después de varios minutos en silencio, que parecieron interminables, al ver la inquietud del sacerdote Ancoyoc, manifestó:

—Mi señor, lo único que quiero es que ayuden a mi hijo, está muy enfermo.

—Lo vamos a cuidar con los mejores chamanes y curanderos del pueblo, ellos lo ayudarán, te lo prometo.

Runamichi sintiéndose tranquilizado dijo:

—¡Gracias mi señor!

—Prepara a tu familia e iremos al palacio.

—Mi Señor, si voy a prepararme, necesitaré estar aquí en la montaña. Acá tengo todo, solo irán con usted mi nueva esposa y mi hijo enfermo.

—Está bien, ¡prepárate para el torneo que se llevará a cabo dentro de un año, porque tenemos que ganar!

—Sí, mi señor, voy a prepararme muy bien, además, domino la técnica Amarujantu que me enseñaron los ancianos chancas. Le demostraré en qué consiste.

Rumamichi caminó y se posó frente a un árbol movió los brazos en forma circular y se cogió las manos haciendo un triángulo y lanzó un grito.

—¡Amarujantu, Amarujantu!

De inmediato aumento su tamaño y se convirtió en un gigante, e internándose más en el bosque, golpeó con su puño a un gran árbol y este se partió en varios pedazos. Sorprendido, el sacerdote Ancoyoc comenzó a reírse y dijo:

—¡Ja, ja, ja, ja! Eres muy fuerte ¡vamos a ganar el torneo inca!

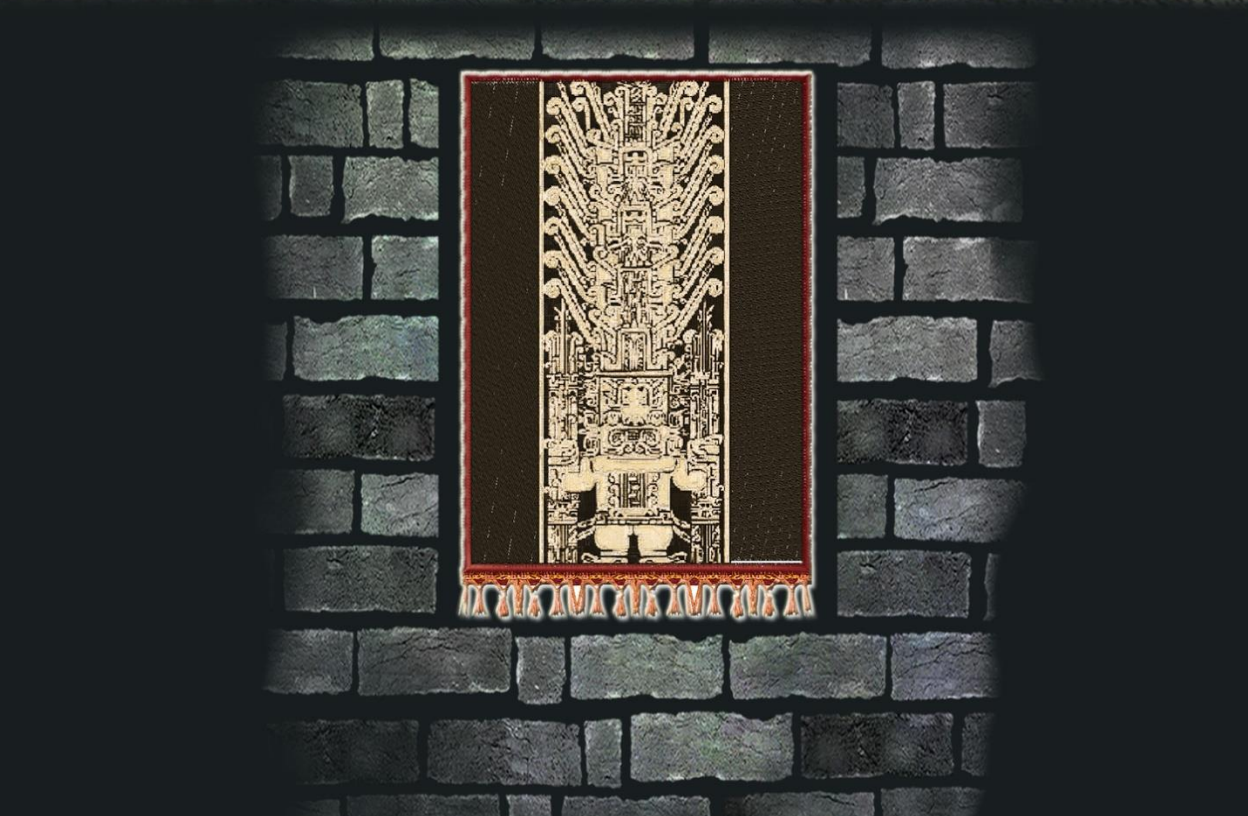
El guerrero Runamichi y el sacerdote Ancoyoc caminaron hasta la aldea para ver a su familia y preparar el viaje de su hijo a la capital chanca.

Los mitimaes espías viajaron hasta las altas montañas para averiguar sobre vida del guerrero Chanca. Entregaron la información al quipucamayoc que la codificó en un quipu de color celeste. Runamichi, tenía 23 años, era conocido por ser fiero y sanguinario. Y uno de los últimos guerreros chancas, pues el Inca Pachacútec casi los exterminó a todos por el atrevimiento de invadir la capital de los incas.

Runamichi tenía una increíble fortaleza física y gran fuerza. Con su báculo y mazo, podía atacar coordinadamente matando a su oponente en un instante. Fue entrenado por maestros chancas que le enseñaron técnicas de combate como la llamada Amarujantu, un conjuro de los Apus de la montaña que le hacían incrementar su tamaño como un gigante. El Amarujantu duplicaba su fuerza para destrozarse fácilmente a sus enemigos.

Había matado mucha gente inocente y los dioses lo castigaron enviándole una grave enfermedad a su primera esposa. Por eso hizo el juramento de no luchar jamás y buscar siempre la paz, para superar la enfermedad de su único hijo. Se refugió en las altas montañas para cuidar de su pequeño.





CAPITULO 12



EL REINO CHAVÍN

EL ESPLÉNDIDO TEMPLO DE CHAVÍN, lucía grandes corredores de piedras, columnas y dinteles decorados con esculturas en bajo relieve de jaguares, serpientes, cóndores, pumas. Además, cabezas clavadas en forma de demonios en sus murallas. Se le veía lleno de esculturas de piedra y plata.

El señor de los Chavín, un sexagenario sacerdote llamado Sachin, salió de su templo a recibir a Chalhua. Luego, ambos ingresaron al templo principal.

—¿Cuántos guerreros encontraron? —dijo Sachin.

—Mi señor, fui a ver a los guerreros en los otros templos y solo encontré a seis posibles candidatos—dijo Chalhua.

—Veremos si pueden pasar los desafíos en el laberinto de la muerte.

Los guerreros se alistaron para ingresar a los laberintos subterráneos. Pero antes, el sacerdote Sachin les indicó el camino a seguir y cómo sortear los desafíos. Al llegar a la entrada, les dijo:

—Antes de ingresar beban esté preparado que los conectará con los dioses.

Todos bebieron el brebaje e ingresaron. Algunos de los guerreros no lograron salir del laberinto. Solo tres lo lograron, entre los cuales estaba un joven llamado Pumaguaro.

Sachin al verlos salir por una pequeña puerta dijo:

—Todos ustedes, guerreros sobrevivientes, han pasado el primer desafío. ¡Espero que estén listos para pasar el reto final: ingresarán a la poza de los reptiles en el templo Yawar!

Los guerreros se lanzaron a una poza llena de agua de veinte metros de largo, con serpientes venenosas. El joven Pumaguaro, tomó aire y se sumergió hasta chocar con el piso. Como las serpientes se encontraban flotando encima del agua, logró pasar sin problema. Los otros dos trataban de esquivar las serpientes, pero estas los atacaron muriendo al instante. El valiente y audaz joven sobrevivió y fue el elegido para representar al pueblo Chavín. Sachin se acercó al joven que se encontraba de rodillas, cansado por el esfuerzo, y puso una mano sobre uno de sus hombros.

—¡Lograste pasar, guerrero! ¡Bien hecho!, ¿cuál es tu nombre...?

El joven tenía los ojos encendidos y miró a su señor, diciendo:

—Mi nombre es Pumaguaro, señor.

—Sabes que sólo los aspirantes a sacerdotes han logrado pasar esta prueba, y me incluyo —dijo Sachin, altivamente.

—Me preparé mucho, mi Señor.

—Lo sé, ahora serás el guerrero que nos represente en el torneo inca que se llevará a cabo dentro de un año. Te ungiremos como nuevo sacerdote y te marcaremos con fuego. Entrenarás mucho hasta que llegue el solsticio de invierno.

Pumaguaro caminó lentamente hacia los vestuarios del templo, cambió sus ropajes húmedos y llenos de lodo por unos nuevos. Al otro día, al anochecer, con la luna iluminando todo el templo Chavín, el sacerdote Sachin roció con sangre de animal al nuevo sacerdote Pumaguaro y le dio de beber un brebaje de plantas. Sachin dijo con enérgica voz:

—¡Pumaguaro, hoy te conviertes en nuestro hermano!

Luego, Sachin tomó una vara de bronce caliente al rojo vivo y fundió en el pecho del guerrero una marca de felinos, provocando en el joven un grito de dolor.

—¡Todos somos uno! —dijo Sachin.

Los sacerdotes que acompañaron aquella ceremonia, abandonaron el recinto dejando solo al joven. El brebaje que había ingerido comenzó a hacerle efecto. Pumaguaro perdió el conocimiento y entró en un trance; comenzó a alucinar. Luego de unas horas, el joven abrió los ojos y salió caminando del templo principal, los hermanos sacerdotes lo esperaban para darle la bienvenida.

Después de varios meses de entrenamiento disciplinado, los sacerdotes del templo, lograron crear un guerrero muy fuerte, enseñándole a utilizar varias armas mortales. Un sacerdote informaba sobre los avances del guerrero al sacerdote Sachin, quien ordenó buscar y traer a los mejores guerreros y mercenarios de todas partes para enfrentarlos a Pumaguaro.

—¿Están listos los guerreros? —dijo Sachin—. ¡Ustedes pondrán a prueba a nuestro hermano, quien nos representará en el torneo del Inca...! ¡Quiero ver, qué tan fuerte es nuestro guerrero!

—¡Guerreros, escojan un arma! —ordenó Sachin.

El joven Pumaguaro caminó hacia los diez guerreros, quienes comenzaron a rodearlo; y postrándose de rodillas, los miró fijamente. Sus adversarios lo empezaron a atacar con sus lanzas, hachas y porras. Las armas chocaron entre sí en el suelo. Sorprendidos al no encontrar al guerrero, miraron hacia arriba, logrando verlo suspendido en el aire. Pumaguaro roció un polvo negro sobre el rostro de los guerreros, cegándolos por unos instantes. Algunos se desesperaron al no poder atinarle ni un solo golpe. Luego el joven desató un collar de su cuello que tenía una cabeza de serpiente cuyos colmillos sobresalientes, hechos de plata, eran muy afilados y estaban envenenados. Y, atacándolos, hizo girar el collar en varias direcciones decapitándolos uno por uno. Así sus rivales cayeron muertos sobre la arena de combate y sus cabezas rodaron cerca de los pies del sacerdote Sachin quien se encontraba estupefacto.

—¡Tú nos darás la libertad al pueblo Chavín! —dijo Sachin—, ¡contigo ganaremos el torneo inca!

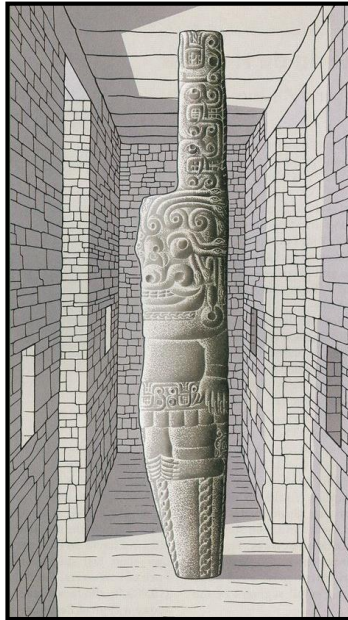
Sachin ingresó al templo riendo, como si celebrara ya la victoria.

Todo lo que hacía el guerrero Pumaguaro era perennizado por los espías del

IMPERIO DE LOS INCAS

inca y la información era igualmente entregada en secreto para ser codificada en unos quipus de color gris que contenía la información detallada del guerrero Pumaguaro. Él tenía 21 años de edad y había sido ungido como nuevo sacerdote del templo Chavín. Su padre Soncoyoc, fue un reconocido sacerdote místico, quien utilizaba conjuros de demonios y brebajes, por lo que fue condenado a muerte por los sacerdotes del templo.

A Pumaguaro le enseñaron a utilizar varias técnicas de ataques múltiples con un bastón contra de sus oponentes. Además, podía incrementar su camaquen, invocando espíritus al beber un brebaje. Su collar era un arma mortal, porque en el extremo poseía una cabeza de serpiente que tenía dos cuchillos de plata como dientes que podían cortar cualquier objeto. Al poner sus manos y pies en el suelo, Pumaguaro se transformaba en un puma, para atacar y aturdir a sus oponentes. Desde muy niño, tenía el anhelo de poder convertirse en un sacerdote Chavín como lo fue su padre y vengarse de quienes lo habían condenado a muerte.







CAPITULO 13



EL REINO CHIMÚ

EL VAIVÉN DE LAS OLAS DEL OCEÁNO acariciaba las playas cercanas a la ciudad de Chang Chang, en donde los pescadores en sus balsas de juncos de totora esquivaban las olas del mar. El estado Chimú era reconocido por el Inca Pachacútec, por realizar finos acabados en orfebrería y metalurgia adornando sus joyas con piedras preciosas. Además, por las técnicas avanzadas en agricultura y su dedicación a la construcción de grandes fortalezas que abarcaban decenas de kilómetros cuadrados, hechas de adobe, con paredes llenas de coloridos adornos. Allí, los esclavos yanaconas y la gente del pueblo ingresaban y salían cumpliendo sus labores.

Este gran pueblo era gobernado por el señor de los Chimú, el Ciequic⁴⁴ Michancaman, vestido con una túnica con diseños de peces, varias alhajas y sandalias de cuero. Esta ciudad, en el pasado, fue sitiada por el ejército inca, el Ciequic Michancaman señor de los Chimú decidió rendirse cuando sus provisiones de alimentos escasearon y sus enemigos incas cortaron el agua de sus canales de irrigación para sus cosechas y consumo, llegando a un acuerdo de sumisión y pasaron a adherirse al Tahuantinsuyo.

Michancaman convocó a los señores y curacas de las provincias del norte y sur

⁴⁴ Jefes gobernantes del reino Chimú que tenían mando absoluto.

a una reunión. El primero que llegó fue Kimñan, curaca del norte, acompañado de Muncaur, el curaca curandero. Ambos vestían túnicas y alhajas, brazaletes y sandalias de cuero, e ingresaron caminando al templo principal del señor de los Chimú.

—Mi señor Michancaman —dijo Kimñan—, solo quedamos nosotros dos. El ejército inca acusó de conspiración a los señores encargados de las otras provincias y los condenó a muerte; exterminando, además, a todos nuestros hermanos, incluso a los habitantes del pueblo de Pakatnamú por no rendirse.

Michancaman se puso en pie, conmovido por aquellas palabras, y manifestó:

—¡Sean bienvenidos curacas! —dijo—, los convoqué para que me ayudaran a encontrar a un guerrero muy fuerte que pueda ganar el torneo inca. ¡Si logra ganar, nuestro pueblo será nuevamente libre!

—Señor —dijo Muncaur—, ¿cómo podremos ser un pueblo libre?

—Los incas nos propusieron participar en su torneo, nos enfrentaremos a un guerrero inca muy poderoso, quien liberó al pueblo de los collas de un demonio supai.

—Si es muy poderoso, —dijo Kimñan— ¿cómo le ganaremos?

—Por eso los he convocado. Necesito que me ayuden a buscar un guerrero muy poderoso que pueda vencerlo y ganar nuestra libertad.

—Su hijo Querrotumi —dijo Muncaur— es el más fuerte y poderoso, mi señor. Querrotumi fue jefe del ejército Chimú, un líder indiscutible.

—Investiguen —dijo Michancaman—, si entre los esclavos yanaconas que mandaron al pueblo de los collas hubo uno de nuestro pueblo. Quiero averiguar qué tan poderoso es el guerrero inca llamado Atux.

—Señor —dijo Kimñan—, dicen que el guerrero inca es capaz de lanzar fuego y destruir a una persona, ¿cómo podremos con eso? Tendremos que aprender esa técnica para poder enfrentarlo.

—¿Dónde encontraremos alguien tan poderoso? —dijo Michancaman.

Mientras Michancaman y Kimñan conversaban, el curaca Muncaur se puso de pie y manifestó:

—Mi señor, cuando estuve curando a mi esposa de una grave enfermedad, me encontraba buscando raíces y hierbas en las montañas, muy cerca de nuestras tierras y cuando comenzó a oscurecer pude ver una luz brillante cerca de donde estaba. Me dirigí hasta allí y encontré en la cima de la montaña a un ser que manipulaba fuego con sus manos.

Michancaman, asombrado por lo que escuchó, miró fijamente al curaca curandero.

—¡Cuéntanos más sobre ese ser!, Muncaur.

El curaca curandero se puso en pie y caminó hasta el centro del recinto, los miró y empezó a narrar cómo conoció al ser gris.

—Mi señor, el ser que vi en la cima de montaña es capaz de lanzar y coger fuego con sus manos y no quemarse.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama? —exigió saber Michancaman.

—Para ser sincero, realmente conocí a ese ser fue en un atardecer. Yo buscaba hierbas de sanación para curar a mi esposa, quien yacía enferma por una herida en su pierna durante más de dos meses. Aquella noche vi una luz brillante en el cerro Kalanka que está cerca de nuestra ciudad, y cuando fui a ver aquella luz, me encontré con un ser gris que lanzaba fuego de sus manos. Este ser sólo tenía tres dedos en cada mano. Al principio me asusté, corrí, pero me alcanzó y me dijo que no tenga miedo, entonces le pregunté qué hacía ahí, respondiendo que por el momento vivía en las cuevas de la montaña. Luego me preguntó qué hacía yo solo en la inhóspita montaña; y le conté sobre la enfermedad que aquejaba a mi esposa Yachaq. Entonces me entregó un recipiente con un líquido azul, recomendándome aplicarlo en la herida de mi esposa. Cuando lo hice, mi esposa Yachaq sanó, recuperándose en tan sólo un día.

Al concluir Muncaur su relato, Michancaman dio media vuelta y dio unos pasos hacia su trono, meditando pensativo.

—Curaca Muncaur —dijo—, si le pedimos a ese ser que enseñe a nuestro guerrero a utilizar el fuego con sus manos, ¿lo haría?

—¡Seguro que sí mi señor! El ser gris me dijo que su pueblo se encuentra en las estrellas; por ello él vive en unas cuevas en la montaña hasta que logre enviar señales y poder comunicarse.

—Quiero que vuelvas a ir a las montañas y lo convenzas para que acepte. Dile que le daremos todo lo que pida, que necesitamos de su ayuda para salvar a nuestro pueblo de la opresión de los incas.

—¡Hoy mismo saldré a verlo mi señor!

Michancaman y Kimñan despidieron cortésmente al curaca curandero en las afueras de la ciudad.

—Esperamos tu pronto regreso, Muncaur —dijo sonriente Michancaman.

Muncaur, asintió con la cabeza y partió caminando rumbo a las montañas que

estaban al noreste de la ciudad.

Al atardecer, Muncaur llegó a la montaña. Cuando se acercaba a la cima, todo el lugar se cubrió con una densa neblina. Asustado, empezó a llamar:

—¡Ser gris, necesito pedirte algo!

Nadie le contestó. Muncaur insistió varias veces, y al no obtener respuesta, resignado, dio media vuelta para regresar a su pueblo. Pero metros más abajo, el ser gris apareció frente a él.

—¿Cómo estás? —dijo—. Ha pasado mucho tiempo. Pensé que ya no vendrías por aquí.

Muncaur aliviado al verlo, luego del saludo, le preguntó: —¿De dónde provienes... fuiste un luchador...? Te lo pregunto, porque mi señor quiere que prepares a nuestro guerrero, quien va a representarnos en un torneo y si vence, obtendremos nuestra libertad. Mi señor quiere que le enseñes a manipular el fuego con las manos como tú lo haces, y me dijo que te otorgará lo que pidas.

El ser gris lo miró con sus grandes ojos y se quedó en silencio por un minuto.

—Pues dile a tu señor que no estoy interesado en nada.

Muncaur se postró de rodillas ante él.

—¡Ayúdanos ser gris —suplicó Muncaur—, deseamos ser un pueblo libre y sé que con tu ayuda lo lograremos!

—¿Por qué pones tu cabeza en el suelo y hablas mirando la tierra?

Muncaur pasó mucho tiempo rogándole y explicándole la situación de su pueblo y el propósito del torneo inca, hasta que al fin pudo convencerlo. Pero el ser gris tenía una petición:

—Dile a tu señor que todo lo que solicite deberá ser traído a la orilla del mar, cuando la luna aparezca por las montañas. Que toquen el pututu de caracol marino, tres veces y ahí apareceré.

—¡Gracias ser gris! —dijo aliviado Muncaur—, nos llenas de esperanza, le diré a mi señor Chimú lo que pediste.

Se despidió del ser gris y descendió de la montaña, dejando atrás la neblina espesa y oscura. Al llegar a la ciudad de Chang Chang, ingresó al palacio del señor de los Chimú.

—Traigo buenas nuevas mi señor.

—Cuéntame, Muncaur ¿ubicaste ser gris? —dijo Michancaman.

—Lo vi, y logré convencerlo para que pueda entrenar a nuestro guerrero. Le enseñará la técnica del fuego. Pero hizo un pedido muy peculiar.

—¿Qué pidió el ser gris? —quiso saber Michancaman.

—Pidió en sacrificio 150 corazones de niños y 200 corazones de alpacas bebés. Todo eso será entregado en dos recipientes separados cerca al mar, por la noche, cuando salga la luna por las montañas. Luego se tocará el pututu de caracol marino y él aparecerá.

Michancaman se quedó preocupado y pensativo. Luego de mucha meditación, decidió afrontar la libertad de su pueblo e indicó a sus ayudantes:

—Tenemos que preparar todo lo antes posible, ¡haremos este sacrificio para poder obtener la libertad de nuestro pueblo! ¡Que venga de inmediato el curaca Kimñan!

Después de varios días, cuando reclutaron a niños y alpacas bebés en los diferentes territorios chimú, prepararon el sacrificio. La noche de luna llena, todo el lugar se iluminó con antorchas. En la orilla del mar, el señor de los Chimú, con tristeza y al mismo tiempo con esperanza, dispuso:

—¡Qué empiecen los sacrificios!

Varios sacerdotes, con mucho pesar y congoja, abrieron los pequeños cuerpos de los niños y les sacaron el corazón, colocándolos en un recipiente; lo mismo hicieron con las alpacas. Al término del ceremonial, Michancaman se ubicó delante de los dos recipientes y con solemnidad manifestó:

—¡Qué toquen el pututu tres veces!

Luego del tercer toque de la corneta, el ser gris apareció flotando en el aire frente a ellos. Descendió lentamente en medio de los recipientes donde estaban los corazones de los sacrificios. Colocó sus manos encima de ambos recipientes, levantó su cabeza mirando hacia el cielo y apareció un brillo azul que salió de los recipientes. Sus manos se mantenían firmes; los corazones se comenzaron a secar y un líquido azul brillante subió desde las manos hacia su pecho. De pronto, ambos recipientes quedaron vacíos. Solo quedó en ellos un polvo negruzco como si fueran cenizas; quienes vieron lo que había hecho el ser gris quedaron asombrados, Michancaman, se acercó al ser gris, y se postró ante él.

—Hemos cumplido con tu pedido, ahora esperamos lo ofrecido: que le

enseñes la técnica del fuego a nuestro guerrero.

Al escucharlo, el ser gris se elevó en el aire sobre el lugar donde se hallaba el señor de los Chimú y sus ayudantes.

—¡Cumpliré!, que venga el guerrero.

—¡Acércate Querrotumi! —ordenó Michancaman—. Él es uno de mis hijos.

El extraño ser gris lo observó fijamente y le dijo:

—Mañana quiero que vayas solo a la montaña, allí te enseñaré cómo manejar el poder del fuego.

Al día siguiente, en la puerta del palacio real de los Chimú, muchos despidieron al joven guerrero Querrotumi, quien partió rumbo a las montañas.

Los espías incas que averiguaban entre familiares y sacerdotes Chimú sobre la vida del guerrero, transmitieron secretamente al quipucamayoc la información que debía codificar en quipus de color morado: Tenía 20 años de edad, era heredero del trono del reino de los Chimú y asimismo, comandante de los guerreros. Desde muy pequeño, su padre se encargó de enseñarle a luchar y a gobernar. Era reconocido por ser el más fuerte, veloz e intrépido, por no tener miedo a nada ni a la misma muerte. Le gustaban los desafíos y riesgos. Y muy diestro con su lanzahacha, elaborada de oro sólido, tenía un filo que cortaba planchas metálicas fácilmente.

Querrotumi fue entrenado por el ser gris que llegó desde las estrellas y que vivía en las cuevas de las montañas cerca al estado Chimú. Le enseñó a utilizar el fuego y a crear bolas de energía con aquel ardiente elemento de la naturaleza, que podría lanzar a sus enemigos, destruyéndolos en el acto.

Sus movimientos de ataque eran: canalización de fuerza a través de sus manos y creación de brillantes bolas de fuego amarillas y rojas, a las que hacía aumentar de tamaño a su voluntad. Cuando concentraba su camaquen y su energía, podía lanzar bolas de fuego capaces de destruir montañas.





CAPITULO 14



EL REINO MOCHE

MUY CERCA DEL RIO MOCHE, en las faldas del cerro Blanco, se encontraban laborando los maestros orfebres. Ellos enseñaban a los jóvenes secretos del fundido de metales y otras técnicas milenarias, como el laminado y fusión de metales. Tiempo atrás muchos de estos maestros fueron llevados al Cusco por orden del Inca Pachacútec, para que crearan adornos para el palacio del Coricancha.

En el templo del Sol, se apreciaban los murales pintados con figuras de guerreros que eran decapitados por el Señor de las Montañas. Allí estaba el sacerdote Sianyoc, señor de los Moche, vestido con una túnica roja con diseños negros y sandalias de cuero. Sentado en su trono en el palacio del sol, lucía vistosos brazaletes y alhajas.

—¡Que venga mi sobrino Ciamoc! —ordenó a su esclavo yanacona más fiel.

Después de buscar por toda la ciudad, el esclavo yanacona averiguó que Ciamoc había viajado para ver a la sacerdotisa Chiska. Entonces, regresó de inmediato al palacio donde se encontraba su Señor, para darle la noticia:

—Mi señor —dijo el esclavo yanacona—, su sobrino ha partido esta mañana a la provincia del Manchan en el sur, para ver a la sacerdotisa Chiska.

—¡Tráiganlo! —interrumpió Sianyoc—. ¡Quiero que venga de inmediato!
—Mi señor —agregó el esclavo— ya partieron a buscarlo.

El mensajero realizó su travesía por gran parte del territorio moche, hasta el lugar de residencia de la sacerdotisa. Ingresó al templo de Chiska y caminó hacia donde se encontraba ella y con reverencia le explicó:

—Mi señora, busco al joven Ciamoc. El sacerdote Sianyoc requiere su presencia inmediatamente.

La sacerdotisa invitó al mensajero a ingresar a la habitación donde se hallaba el joven guerrero. Allí se postró ante Ciamoc y le transmitió el mensaje.

— Mi señor Ciamoc, su tío requiere que se presente de inmediato.

—Terminaré de hacer mis consultas con la sacerdotisa y luego iré —respondió Ciamoc.

Luego se acercó a la sacerdotisa, pensativo. Tenía muchas interrogantes en su mente.

—Mi señora sacerdotisa Chiska —dijo—, tengo un sueño que me aturde todas las noches. He consultado a varios chamanes, pero se negaron a decirme lo que significaba. Usted es la única que puede ayudarme.

—Cuénteme su sueño Ciamoc —pidió la sacerdotisa Chiska.

—Me encuentro en una ciudad con muros de piedra en cuyo centro hay un puma de piedra. Camino cerca y me dirijo al bosque a cortar unos troncos con un hacha de plata. De pronto, veo salir de la montaña una serpiente que me persigue y cuando me alcanza, me empieza a devorar. Es allí cuando despierto sudoroso y espantado.

La sacerdotisa, mirándolo a los ojos fijamente se acercó a él. Conmovida, tomó sus manos y las apretó contra su pecho.

—¿Le contaste a alguien más tu sueño?

— No, señora. ¿Qué significa mi sueño? ¿Los dioses quieren decirme algo? ¿Qué debo hacer mi señora Chiska?

La sacerdotisa inició la explicación de su sueño:

—Ciamoc, la respuesta al significado de tu sueño, te lo está manifestando el Señor de las Montañas. Él te revela, que dentro de poco tiempo, conocerás una ciudad lejana a estas tierras, representada por un puma, y conocerás a un guerrero, en cuyas venas corre sangre de serpiente. ¡Aléjate de él cuando lo encuentres, porque podría matarte! No temas, te daré unas hierbas para dormir.

—¿Haré un viaje a la ciudad con un puma de piedra? —dijo sorprendido el joven Ciamoc.

—Será mejor que atiendas lo que quiere nuestro Señor Sianyoc —sugirió la sacerdotisa—, quizá por eso llama por ti, para algo urgente. Será mejor que regreses, Ciamoc.

El joven guerrero tomó sus pertenencias y caminó junto a los esclavos yanaconas de retorno al palacio Moche. Ciamoc y sus acompañantes viajaron de prisa hasta llegar a su destino. Después de la larga caminata ingresó al palacio para ver a su tío, el Señor Sianyoc. el joven caminó rápidamente por los pasillos del templo principal.

—Tío —dijo—, ¿me estabas buscando?

—Acompáñame a los hornos de fundición —dijo Sianyoc.

Ciamoc caminó junto a su tío hacia los hornos.

—¿Para qué me requerías, tío? —quiso saber Ciamoc.

—Sé que te has esforzado tanto y estoy muy orgulloso de ti, sobrino. Te quiero como a un hijo, y nuestra nación está ahora en tus manos.

—¿La nación está en mis manos?, ¿por qué lo dices?

—Quiero que representes a nuestro reino en el torneo que ha creado el Inca Pachacútec. Si logras ser el campeón, nuestro reino será nuevamente libre; es por eso que quiero que redobles esfuerzos en prepararte. ¡Quiero que seas el vencedor que nos librará de la esclavitud!

—¡No te defraudaré tío, daré mi mayor esfuerzo!

Ciamoc caminó a su habitación pensando en la responsabilidad de ganar el torneo. En los días siguientes, los espías incas confundidos con los mitimaes averiguaron sobre la vida del guerrero Ciamoc y entregaron la información al quipucamayoc. Este la codificó en quipus de color naranja. El joven guerrero contaba con 20 años de edad. Tras la muerte de sus padres debido a una enfermedad, fue criado desde muy niño por el hermano de su madre, el sumo sacerdote Moche. Desde entonces fue entrenado por los sacerdotes guerreros quienes lo adiestraron en el uso de todo tipo de armas de combate.

Cuando cumplió 17 años, se convirtió en capitán del ejército, por ser un destacado luchador y guerrero. Tenía gran destreza física y podía arrojar su lanza a grandes distancias. Su gran fuerza sumada a su velocidad y resistencia eran superiores. Realizaba saltos acrobáticos hacia adelante y atrás en combate con gran facilidad. Y sus movimientos de ataque requerían de su arma más mortal: su lanza, que contenía en la punta un veneno potente sacado de avispones negros.

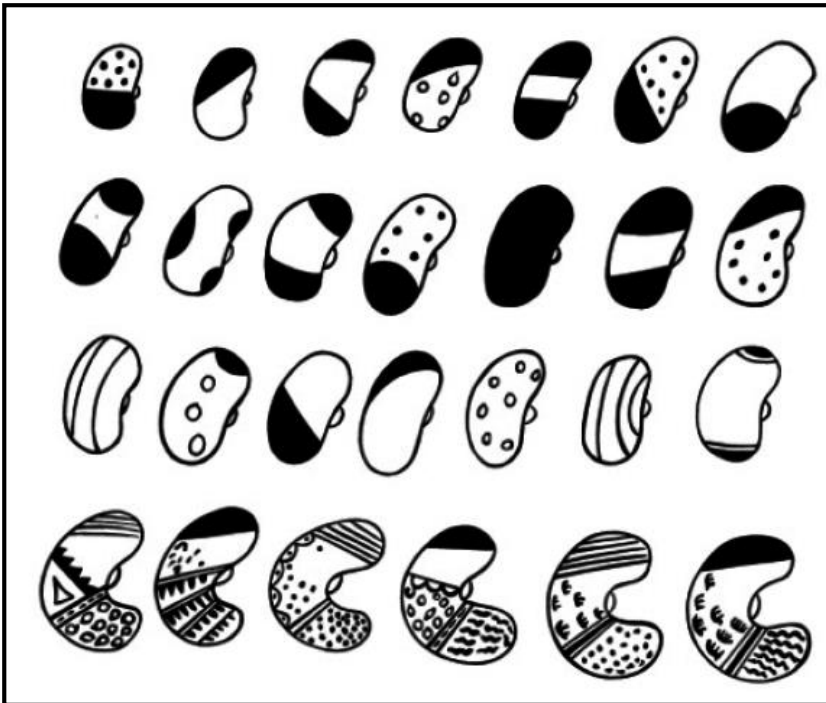
IMPERIO DE LOS INCAS

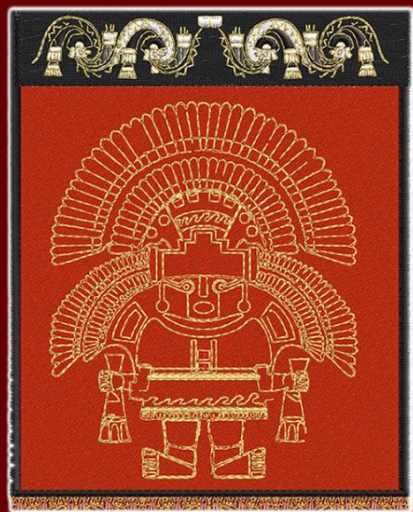
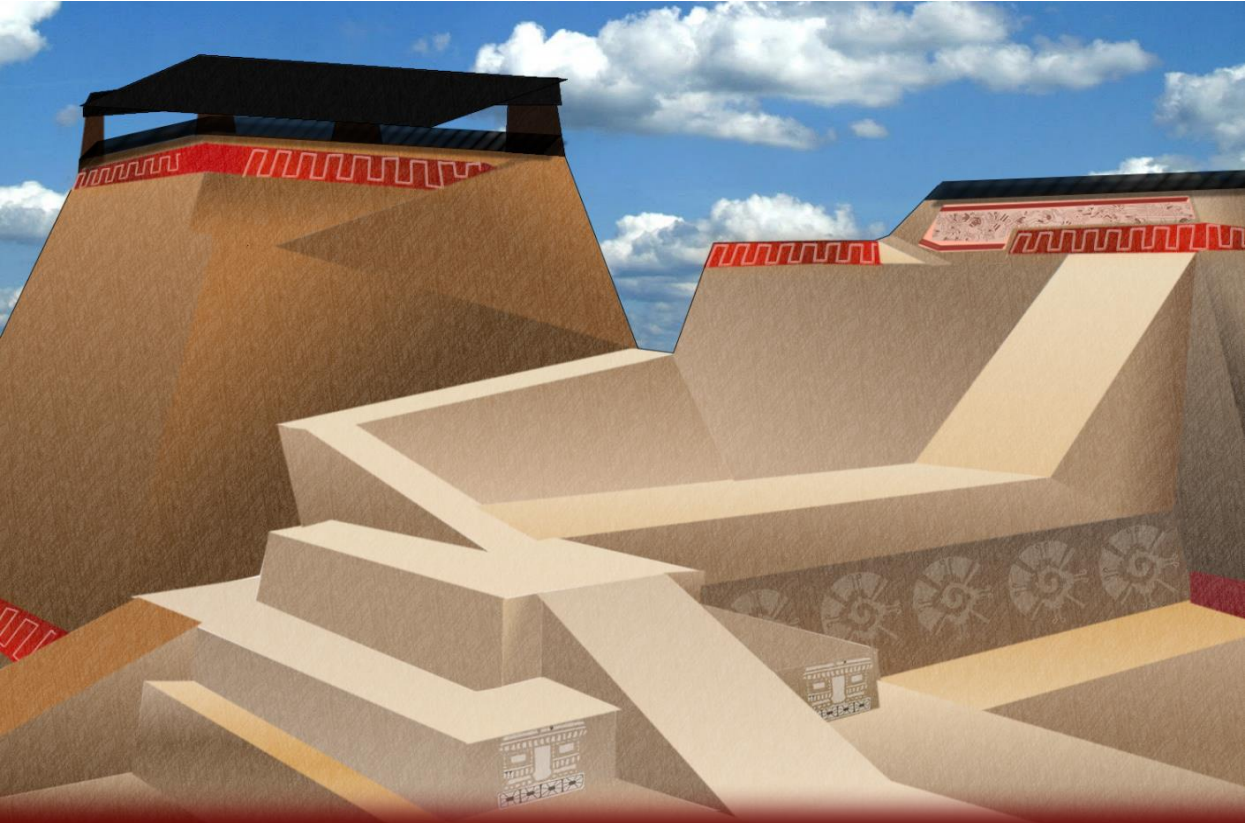
Esta arma podía ser impulsada a grandes distancias y con gran precisión. Además, Ciamoc podía incrementar su velocidad inesperadamente sorprendiendo a sus oponentes. Había ganado muchas batallas a los cañaris en las altas montañas.



IMPERIO DE LOS INCAS

Los sacerdotes Moches utilizaron escritura codificada sobre pallares pintados de diferentes y diversos colores, para enviar información secreta, estas simientes contenían mucha información, lo hicieron con un elemento punzante. Se aprecia rayas, puntos, líneas, rayas escalonadas, uniformes con secciones y otras.





CAPITULO 15



EL REINO LAMBAYEQUE

LAS IMPONENTES PIRÁMIDES DE APURLEC, capital del reino de Lambayeque, se destacaban cerca de los campos de cultivos de variedad de legumbres. Allí se encontraba Neplán, el señor de Lambayeque, cuando mandó a llamar a su ayudante, Cajachuan, un ex comandante del ejército del reino Lambayeque. Cajachuán acudió presuroso y se postró ante su señor.

—¿Dónde podré encontrar a un guerrero poderoso? —dijo Neplán.

—Mi Señor, nuestros guerreros fueron enviados al Cusco como esclavos yanaconas.

—Busca por todos los lugares posibles a los hombres más fuertes —ordenó Neplán—. Voy a construir una pista de desafíos para que cada guerrero que encuentres pueda pasar retos rigurosos y así seleccionar al más apto, para que nos represente y poder ganar el torneo inca.

—De inmediato, mi señor —respondió Cajachuan.

En los días siguientes, comenzaron a reclutar guerreros de todos los pueblos del territorio Lambayeque. Los traían por ser guerreros destacados y fuertes; la gran mayoría habían pertenecido al ejército Lambayeque. Los guerreros fueron alojados en una casa del señor de Neplán y diariamente se dedicaban a entrenar.

Cajachuán pidió al señor Neplán un gran favor.

—Mi señor, el Inca Pachacútec mencionó que podemos traer hombres de

cualquier parte del Tahuantinsuyo, siempre que sea guerrero de Lambayeque; y quisiera pedir que venga mi hijo Naicral que fue llevado a la capital como esclavo.

—Ve a buscar a tu hijo y tráelo —ordenó Neplán.

—¡Gracias mi Señor!

—No te preocupes, solo pide conversar con el príncipe Túpac Yupanqui, encargado de organizar el torneo inca. Estoy seguro que él accederá a tu pedido.

El comandante partió rumbo al Cusco, acompañado de tres guardias del ejército Lambayeque.

Después de varios días arribaron a la capital inca; Cajachuán se dirigió al complejo de Sacsayhuamán en busca de su hijo y se entrevistó con el general Sinchi Apumaita.

—Mi señor —dijo Cajachuán—, soy enviado por el señor de Lambayeque y necesito encontrar a nuestros guerreros para el torneo inca.

—Puedes ingresar y buscar. En esta fila son los guerreros que trajimos de Lambayeque —dijo Apumaita señalando a miles de guerreros que estaban alineados en largas columnas, entrenando una nueva estrategia de guerra.

Cajachuán caminó entre los diferentes batallones del ejército inca y no pudo hallar a su hijo Naicral. Siguió buscándolo hasta que llegó a una habitación donde se encontraban los guerreros heridos y enfermos y vio a un hombre moribundo. Era su hijo, Naicral, Cajachuán corrió a abrazarlo.

—Hijo, ¿qué tienes? ¿Tienes fiebre?

Naicral lucía enfermo, y no pudo reconocerlo, Cajachuán buscó al general sinchi Apumaita.

—¿Qué le pasó a mi hijo?

Apumaita hizo unas consultas y luego respondió:

—Estuvo en los batallones que fueron con el príncipe Túpac Yupanqui a liberar al pueblo de los collas, atacado por un demonio supai. Solo se me informó que le había mordido una serpiente hace tiempo, y que está recuperándose lentamente.

—¡Quisiera llevarlo a casa! —dijo Cajachuán.

El general Apumaita movió la cabeza accediendo a su pedido, Cajachuán regresó donde estaba Naicral y lo levantó.

—Hijo mío, ¡regresaremos a casa!

Ambos junto a los otros guerreros, partieron hacia a Lambayeque. Recorrían las montañas, llevando a Naicral en una rústica camilla. Al cabo de una larga caminata de varios días, por fin llegaron a la capital de Lambayeque. Mientras

tanto, el señor Neplán estaba haciendo construir un camino de resistencia y desafíos para seleccionar a los mejores guerreros. Neplán, al ver la obra pensó: «Quedó todo listo, veremos quienes de todos los guerreros que trajeron de las montañas, son los indicados».

Naicral se recuperaba con los cuidados de sus padres, pero no pronunciaba palabra alguna. En su rostro y espalda había marcas negras en forma de serpiente y sus ojos estaban rojos. Al cabo de unas semanas se comenzó a regenerar, porque el demonio supai en su interior comenzó a manejar todo el cuerpo del joven guerrero.

Finalmente pudo hablar y luego buscó a su padre Cajachuán.

—¿Para qué entrenan los guerreros? —preguntó el joven Naicral.

—Hijo, el Inca Pachacútec ha creado un torneo y quiere que todos los pueblos conquistados participen. Ahí estará un guerrero llamado Atux, el guerrero que representará a los incas.

Al escuchar esas palabras, Naicral se enfureció y se puso de pie.

—¿Dijiste Atux? ¿Cuándo será la prueba, padre? ¡Quiero participar!

—No puedes participar hijo, estás muy enfermo y débil, tienes que recuperarte primero.

Al pasar los días, la recuperación de Naicral avanzaba milagrosamente. Todas las mañanas, antes de salir el sol, salía a correr y se ejercitaba; pero no reconocía a sus familiares, esposa e hijos, quienes lo apoyaban y deseaban su pronta recuperación. A sus familiares les apenaba que Naicral no los recordara, sin saber que esto se debía a que el cuerpo de Naicral estaba poseído por el supai Vacu, que antes había poseído el cuerpo de Kocha, el hijo del sacerdote inca Waman.

Después de que Atux venció al supai, la sangre del demonio había caído en el nido de una serpiente. La serpiente mordió el pie de Naicral. Así el supai contaminó su sangre y pudo poseer su cuerpo poco a poco; y lo único que buscaba era vengarse de Atux, el guerrero inca que le había vencido.

Naicral acostado en su cama pensaba: «¡Necesito llegar a ese torneo y pelear con Atux, mataré a ese guerrero inca!» Y decidió ir a pasar la prueba del camino de resistencia, presentándose ante Neplán.

—Señor —dijo Naicral—, quiero intentar cruzar el camino de resistencia.

—Naicral te estás recuperando muy rápido —dijo Neplán—. Si quieres intentarlo hazlo, pero nadie ha podido terminar hasta ahora.

Cajachuán, su padre, quien acompañaba a Naicral, hizo una reverencia ante el señor de Lambayeque para solicitarle su permiso.

—Está bien hijo, puedes intentarlo, te apoyaré.

El señor de Lambayeque observó a ambos atentamente.

—Creo que hemos hecho muy complejo el camino de resistencia —dijo.

—No cambien nada —intervino Naicral—, pasaré todos los obstáculos.

Naicral se preparó y cruzó el camino con obstáculos y desafíos sin mayor problema. Al final, su cuerpo presentaba cortes en brazos y piernas, pese a ello, parecía no sentir dolor; el señor de Lambayeque y su padre estaban perplejos.

—¡Tenemos a nuestro guerrero! —exclamó Neplán.

Todos los presentes celebraron con euforia. El señor de Lambayeque estaba muy contento por encontrar a su guerrero y se acercó ante su comandante Cajachuán sonriendo.

—Quiero que intensifiques el entrenamiento de Naicral para que se recupere y esté listo para el torneo inca.

—Eso haré mi señor, todo saldrá bien. Confíe en mí.

En Lambayeque, los espías también investigaron y obtuvieron mucha información del guerrero seleccionado. La información que recibió el quipucamayoc, la codificó en quipus de color negro: Naicral, de 22 años de edad, era descendiente de los fieros guerreros Naylamp y uno de los más sanguinarios. Fue reclutado dentro del gran ejército Lambayeque para ser entrenado por el gran maestro Pukumarú, quien los adiestró hasta lograr la perfección de sus ataques, de los cuales sólo sobrevivieron unos cuantos guerreros. Luego se convirtió en líder del ejército de Lambayeque. Cuando su pueblo fue conquistado por los incas, lo reclutaron para formar parte del ejército inca por ser un joven muy fuerte, atlético y veloz. Combinaba sus movimientos de ataque con conjuros, por eso, también lanzaba fuego por sus manos y podía gravitar en el aire por unos segundos. Su fuerza era tan descomunal que con la punta de los dedos de las manos podía destrozarse un cráneo. Siempre daba el primer golpe, que resultaba mortal para sus oponentes; y podía comunicarse telepáticamente con cualquier persona.





CAPITULO 16

EL REINO CAJAMARCA

LOS BAÑOS TERMALES DE CAJAMARCA era un recinto de piedras construido con piscinas y acueductos por donde fluían aguas calientes relajantes y curativas de uso exclusivo para la nobleza. Estas grandes obras fueron construidas por los antiguos fundadores de Cajamarca. El señor de este pueblo era Cuismanco, un gran guerrero, conocido también como el señor de los Cajamarca. Un líder muy respetado por su pueblo y por los incas, por tener destrezas y estrategias de guerra extraordinarias. Pasó mucho tiempo para que los incas pudieran someterlo y conquistar su reino. A Cuismanco sólo lograron doblegar cuando capturaron a su familia y la llevaron al Cusco. Lo obligaron a rendirse para que aceptara ser parte del Tahuantinsuyo y el Inca Pachacútec ordenó que el ejército de los Cajamarca sea distribuido en todo el territorio inca como esclavos yanaconas. El señor Cuismanco se encontraba conversando con el sacerdote inca Collur.

—El mismísimo Inca Pachacútec me dio la potestad para mandar a traer a mis hombres que fueron parte de mi ejército —dijo Cuismanco, al sacerdote inca que gobernaba en la ciudad de Kunturwasi.

—Si; me comunicó que podía pedir a cualquier guerrero, hay órdenes de nuestro soberano Pachacútec de apoyar en todo para que los señores de cada reino encuentren a su guerrero —dijo el sacerdote Collur.

—¡Participaremos y ganaremos ese torneo inca, que alisten mis cosas! ¡Iré a Wintanilla!

El señor de Cajamarca se dirigió a la fortaleza de Wintanilla, donde el ejército inca tenía prisioneros a sus capitanes, comandantes y amigos que integraban el grupo Kuntur, un conjunto de guerreros perteneciente al ejército del reino de Cajamarca muy fuertes y hábiles en la lucha.

Muy temprano, el señor Cuismanco llegó a la fortaleza de Wintanilla, en poder del ejército inca. Al verlo llegar solo, el curaca inca, decidió conversar con el señor de Cajamarca.

—Señor Cuismanco, supongo que viene a buscar a sus guerreros.

—Vengo a llevármelos —confesó.

—¡Entréguele lo que pide! —ordenó el curaca— es una orden del príncipe

Tupac Yupanqui.

Un capitán inca acompañó al señor de Cajamarca a recorrer los calabozos en donde encontró a doce de sus guerreros. Ellos, al verlo se alegraron y lo abrazaron, llorando de alegría y emoción.

—¡Retornamos a casa guerreros! —dijo Cuismanco.

El señor Cuismanco pidió a un yanacona que busque un mensajero chasqui, para que lleve el mensaje a la ciudad de Kunturwasi.

—¡Preparen una fiesta para recibir a mis amigos!

El chasqui corrió llevando el mensaje y horas después, Cuismanco hizo su ingreso a la ciudad de Kunturwasi con sus doce comandantes. Muchas personas se congregaron para recibirlos con abrazos y arengas.

—¡Grande nuestro señor Cuismanco, justo y bondadoso!

Cuismanco pidió silencio a su pueblo.

—¡Este será un nuevo comienzo para nosotros! Lograremos ganar el torneo inca para lograr la libertad de nuestro pueblo y mi familia. ¡Qué comiencen los festejos!

La celebración por el regreso de sus compañeros duró toda la noche.

—Comenzaremos a entrenar, los necesito para ganar el torneo.

Uno de los comandantes se acercó ante él y dijo:

—¡Déjame luchar por la libertad de su familia! Mi señor, entregaré mi vida si es necesario.

Cuismanco, conmovido, se dirigió a sus guerreros.

—Muchas gracias amigo, vamos a ir al bosque de piedras blancas para que entrenen, así podré decidir quién es el guerrero que nos representará y estaremos listos para cuando empiece el torneo inca.

Después de varios días, se alistaron y partieron rumbo al bosque de piedras blancas. Mientras caminaban por un sendero hacia el sur del pueblo de los Cajamarca, el señor Cuismanco arengaba a sus guerreros.

Pasaban los días, y los espías averiguaban quien sería el representante del reino del Cajamarca. Al enterarse que era Cuismanco, entregaron información al quipucamayoc que la codificó en quipus de color verde. Allí consignaron que Cuismanco, de 24 años, era el señor del pueblo Cajamarca y había creado una élite de guerreros llamados Kuntur. Fue muy reconocido por utilizar las mejores estrategias y tácticas de combate; era muy detallista en sus enfrentamientos de lucha cuerpo a cuerpo. Siempre analizaba a sus rivales milímetro a milímetro.

Logró vencer hasta diez mil hombres con sus 500 guerreros Kuntur. Fue

IMPERIO DE LOS INCAS

capturado después de un largo tiempo por el Inca Pachacútec, quien reconoció su valentía y astucia a la hora de luchar.

El inca perdonó su vida a cambio de que pudiera enseñar sus estrategias de combate y entrenar a un grupo de guerreros incas.

Cuismanco era un líder querido y aclamado por su pueblo por buscar el progreso y mejoría, y gobernarlo con gran justicia, sabiduría y equidad. Sus movimientos de ataque se iniciaban cuando concentraba su energía camaquen, y era capaz de incrementar su velocidad y fuerza, sus golpes eran mortales; tanto, que cuando utilizaba esta técnica era capaz de volar y poder desplazarse desde cualquier lugar, como si fuera un cóndor. Gracias a su increíble velocidad, podía golpear a sus oponentes en varios puntos del cuerpo con tal precisión, que los hería e incluso llegaba a matarlos.





CAPITULO 17**EL REINO CHACHAPOYAS**

LAS MURALLAS DE PAREDES CIRCULARES rodeaban la ciudad de Kuélap. Esta fue construida en la cumbre de la montaña, como una fortaleza inaccesible e impenetrable. La habitaban varias confederaciones y pueblos de la Amazonía. Entre otros grupos, el reino de Chachapoyas fue el más difícil de conquistar por el ejército inca. Hubo de pasar muchos años para que fuera doblegado tras largas batallas con Pachacútec, quien ordenó ahorcar a su señor y jefe. Cuando finalmente se rindieron, se vieron obligados a cooperar; sin embargo, el inca y decidió tomar la ciudad con su ejército, para que vigilar al pueblo y las aldeas vecinas.

El señor de los Chachapoyas, el sacerdote Chilca, vestía una túnica roja con líneas verdes y negras y sandalias de cuero. Además, exhibía alhajas, brazaletes y un collar de piedras atado a su cuello.

—¡Lleven este mensaje a todos los pueblos y aldeas de la confederación! — Exclamó Chilca, y un mensajero se postró ante él, muy reverente. —Quiero que ingreses a la selva agreste y transmitas en todas las aldeas y pueblos de la Amazonía que pertenecen a la confederación, que espero mañana a todos sus jefes y curacas

aquí.

Al empezar una copiosa lluvia, el sacerdote ingresó a su palacio. Los esclavos yanaconas lo cubrieron para que no se mojara. Al día siguiente, una anciana llamada Qaraywa, jefa de las tribus amazónicas, llegó a la reunión en el palacio, la cual se prolongó porque no lograban un acuerdo sobre cómo elegir al guerrero que los iba a representar.

—Propongo que se enfrenten los guerreros entre sí. —expresó la anciana Qaraywa.

—Es una buena propuesta —dijo Chilca—; cuando se ponga la luna sobre las montañas, nos reuniremos y traerás a tu guerrera.

La anciana Qaraywa partió de inmediato con dirección a su pueblo. Después de varias semanas, en un cálido anochecer, la anciana regresó con su representante, una joven guerrera amazónica, de porte atlético, llamada Kintu. Llevaba un vestido negro con rayas verdes, un delantal rojo, amarillo y verde, sandalias de cuero y alhajas, pechera y brazaletes. En la mano sostenía una cuerda delgada trasparente hecha de corteza de árbol.

El sacerdote Chilca presentó a su guerrero llamado Relca. Era alto, atlético y musculoso. Vestía faldellín marrón de color rojo y negro; en la cintura llevaba amarrado el cuero de una serpiente de color amarillo, y usaba sandalias de cuero. Sostenía una lanza con punta de piedra.

Frente a ellos, el sacerdote examinó sus atributos físicos de guerreros.

—Hoy por la noche, cuando la luna esté en todo su esplendor, ambos lucharán. ¡Será la madre luna quien decidirá quién de los dos representará a nuestro pueblo Chachapoyas!

Casi a la media noche, Chilca miró desde su trono con respeto a ambos guerreros. Todos los presentes los observaban con admiración por sus portentosas musculaturas.

—¡Que ingresen los guerreros a la planicie! —dispuso el sacerdote.

Ambos guerreros ingresaron. Relca, el hombre musculoso, miró desafiante a su rival Kintu. Su mirada era burlona.

—Muchacha —dijo—, ¡te daré la opción de rendirte y te perdonaré la vida!

La guerrera lo miró con indiferencia e ignoró sus palabras. Luego adoptó su posición de combate.

—¡Que empiece la lucha! —ordenó el señor de los Chachapoyas.

Relca se abalanzó sobre la guerrera para abrazarla. Pero ella lo esquivó ágilmente; y con un codo golpeó la cara de su oponente. Al sentir el golpe, Relca se enfureció y cogiendo su lanza intentó herir a Kintu. La mujer volvió a girar muy rápidamente, esquivándolo. Y al instante, sacó sus cuerdas atadas a la cintura. Las lanzó por el suelo, tratando de enredar las piernas de su rival sin conseguirlo; sin embargo, logró enganchar la lanza de Relca y la lanzó lejos. El guerrero se abalanzó sobre Kintu, pero ella lo esquivó una vez más, y le propinó un golpe feroz y certero en la mandíbula, aturdiéndolo. La combatiente aprovechó esa ventaja y enredó las piernas del guerrero con sus cuerdas. Y cuando éste intentó soltarse, ellas le aprisionaron también los dedos de las manos, que empezaron a sangrar. Relca, impotente, solo atinaba a maldecir a Kintu:

—¡Maldita seas!, ¡¡NOOOOO!! —Hasta que finalmente exclamó: —¡¡Me rindo, me rompiste las manos y los dedos!!

Relca, derrotado, no podía soportar el dolor... La guerrera se acercó y lo golpeó en la cabeza, dejándolo inconsciente. Luego levantó ambos brazos, extendidos, en señal de triunfo.

—¡Tenemos a la guerrera que nos representará! —dijo el señor de los Chachapoyas—. Si continúas peleando así, ¡lograremos ganar!

La guerrera se acercó al sacerdote y Chilca le hizo una reverencia, en reconocimiento a su autoridad.

—Nuestra esperanza de libertad la tienes en tus manos, jovencita —añadió Chilca—, entrena y prepárate muy duro para el torneo inca.

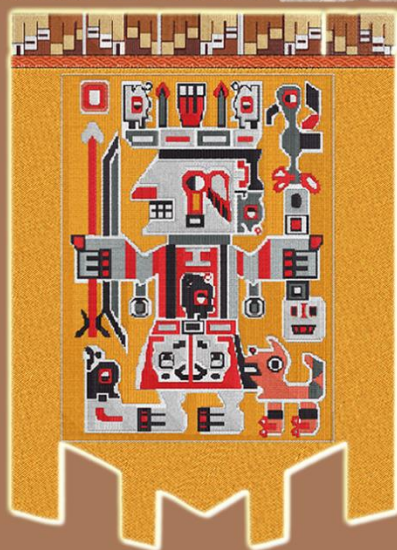
Kintu y la anciana matriarca de las Amazonas, emprendieron el retorno

perdiéndose en la espesura de la selva.

Los mitimaes espías investigaron a la ganadora de la lid, y que representará al reino de Chachapoyas. Después entregaron al quipucamayoc la información respectiva, que fue codificada en quipus de color morado: Kintu de 20 años de edad, era líder y comandante de las guerreras amazónicas. Fue seleccionada desde muy niña para formar parte de la élite guerrera, conformada solo por mujeres, que fue entrenada por la matriarca de la aldea. Kintu guio a las Amazonas en varias contiendas victoriosas y hacía gala de mucha agilidad, velocidad y resistencia. Era muy carismática y le gustaba ayudar a las personas más necesitadas. Tenía, pues, grandes virtudes y condiciones de lucha.

Sus movimientos de ataque los realizaba con su arma mortal: sus cuerdas hechas de una corteza de árbol que eran capaces de destrozarse a un puma u otorongo desgarrando su cuero y huesos. Kintu dominaba y controlaba las cuerdas para que se movieran hacia donde ella quería; además, podía reventar piedras. Era capaz de partir y derribar árboles con sus fuertes piernas. En su cabello tenía camufladas unas puntas de piedra en forma de estrella para distraer a sus oponentes y golpearlos con ellas, después.





CAPITULO 18

EL REINO HUARI

LA CIUDAD DE HUARI, ERA UNA METRÓPOLIS organizada. Tenía grandes caminos, acueductos y un sistema urbanístico que los incas imitaron en todas sus ciudades. Huari era un pueblo de arquitectos y constructores.

El sacerdote Pusoc, se encontraba en su palacio, reunido con sus ingenieros planificando nuevos acueductos para la ciudad. Hizo una breve pausa para disponer:

—¡Que venga Chawar!

Los yanaconas salieron prestos a cumplir la orden; y la reunión continuó. Minutos después hizo su ingreso Chawar, su tío y consejero personal.

—Mi señor, ¿me buscabas?

—Necesitamos encontrar a un guerrero muy fuerte —dijo Pusoc— para que nos represente en el torneo organizado por los incas.

Chawar recordó a un sanguinario guerrero que disfrutaba mucho al matar a sus contrincantes. Por eso le decían el carnicero.

—Mi señor, conozco al guerrero Utcam, un guerrero formidable. Estoy seguro que él puede ganar el torneo inca; pero está condenado a muerte.

—¿Qué hizo para merecer la muerte? —dijo Pusoc.

—Se enfrentó con un grupo de veinticinco guerreros incas que trataban de capturarlo y los mató a todos. Lo persiguieron por mucho tiempo; y me enteré que recién lo capturaron. El general sinchi Apumaita mañana vendrá a presenciar la muerte de ese guerrero.

—¡Pediremos al general sinchi Apumaita que le perdone la vida!

Pusoc se sentó en su trono, pensando cómo podría librar de la muerte al guerrero Utcam, pero no pronunció palabra alguna. Utcam, había sido recluido en las prisiones del centro de la ciudad. Estaba bajo estricta custodia, alimentado por un anciano sordo mudo. Él era la única persona que podía ver al prisionero; así lo había ordenado el propio Inca.

Al otro día, muy temprano, llegó el general Apumaita y su comitiva inca para concretar el ajusticiamiento. El prisionero fue trasladado hasta la plaza de la

ciudad para la ejecución; y cuando estaban a punto de liquidarlo con el garrote en el pecho, se escuchó una voz en la plaza.

—¡Gran sinchi Apumaita —dijo el sacerdote Pusoc—, permítame saludarle y darle la bienvenida!; quiero pedirle que perdone la vida a este guerrero para que nos pueda representar en el torneo Inca.

—¡No me diga sacerdote que eligió a este asesino para que los represente! —dijo Apumaita, atónito.

—Es que no tenemos muchos guerreros Huari.

Al escuchar estas palabras, Apumaita dijo:

—¡Suelten al prisionero!

—¡Gracias, general Apumaita! —dijo Pusoc—. Lleven al prisionero a mi casa, límpienlo y prepárenlo.

—¡Sí, señor! —respondieron los esclavos yanaonas.

Más tarde, el sacerdote Pusoc se acercó a Utcam, quien permanecía encadenado aún.

—Queremos que nos representes en el torneo inca —dijo.

Utcam, no respondió. Solo mostró sus manos atadas y Pusoc entendió el deseo del guerrero.

—¡Liberen al prisionero!

El sacerdote llamó con la mirada a su ayudante Chawar, y este se le acercó postrándose.

—¿Cómo haremos para convencerlo? —dijo Pusoc, nervioso.

—Conozco a una persona que él si querrá escuchar. La traeré de inmediato. Chawar salió a buscar a Wapay, el hermano menor de Utcam, quien, vestido como yanaona, ayudaba en las labores del campo.

—Jovencito, quiero que convenzas a tu hermano para que nos represente en el torneo inca en Cusco. Si lo logras, tendrás tierras que el sacerdote te regalará para que vivas con tu hermano y toda tu familia... ¡y nuestro pueblo será libre de la dominación inca!

—Trataré de convencerlo, mi señor —dijo Wapay—. Quisiera verlo.

—Vamos al palacio de la ciudad, ahí verás a tu hermano —dijo Chawar.

Ambos se dirigieron al palacio. Al reencontrarse, los hermanos se abrazaron efusivamente.

—¡Liberen al prisionero! —Ordenó el sacerdote—. ¡Déjenlos solos para que conversen, traigan comida y bebidas!

— Utcam, no pensé volver a verte —dijo el joven Wapay muy emocionado.

—No llores. ¡Seguro los dioses, quieren que viva y mate más incas!

—Hermano, me ofrecieron tierras para vivir en las montañas y te darán tu libertad si aceptas ir al torneo inca y ganas. Y tu victoria significará también la libertad para todo nuestro pueblo.

—¿Cómo puedes pedirme eso, si mataron a mi esposa e hijos, hermano...?

—Esa matanza la hizo el ejército inca. Si luchas en el torneo podrás matarlos a ellos, ¿qué dices?

—¿Qué más podrán hacer por nosotros, Wapay?

—Yo me comprometo a estar siempre contigo, hermano —respondió, más animado.

Utcam y Wapay disfrutaron con avidez el exquisito banquete que les sirvieron. Al cabo de un tiempo prolongado, ambos salieron de la habitación y se dirigieron en busca del sacerdote y Chawar. Utcam se acercó a ellos y mostrando una mirada fiera, expresó:

—¡Representaré al reino Huari; voy a vengar a mi familia matando muchos incas en el torneo!

—Mi señor —dijo Wapay al sacerdote Pusoc—, iremos al torneo inca, pero necesitaremos las tierras de las montañas para entrenar, hasta la fecha del torneo.

—¡Mandaré preparar todo! —prometió Pusoc.

—Sin soldados —indicó Utcam—. Necesitaremos tranquilidad, cuando estemos listos regresaremos para ir al torneo.

—Para asegurarnos de que ambos regresarán —replicó el sacerdote con desconfianza—, tu familia se quedará en el palacio.

—¡De acuerdo, mi señor!

Cuando el campo de entrenamiento estuvo listo, ambos hermanos partieron hacia las montañas.

Los espías incas siguieron al representante Huari y recabaron la información necesaria que entregaron al quipucamayoc. En quipus de color marrón, codificaron los datos detallados sobre el guerrero Huari Utcam, de 23 años de edad, quien fue entrenado desde muy joven para convertirse en un despiadado y sanguinario guerrero. Pertenece al escuadrón de la muerte o Wañuy Iskadrún, guerreros que fueron decisivos para ganar las batallas por el ejército Huari. Al ser derrotados por los incas, Utcam escapó hacia las montañas y fue el único guerrero sobreviviente de ese escuadrón, porque el soberano Inca ordenó ejecutar a todos.

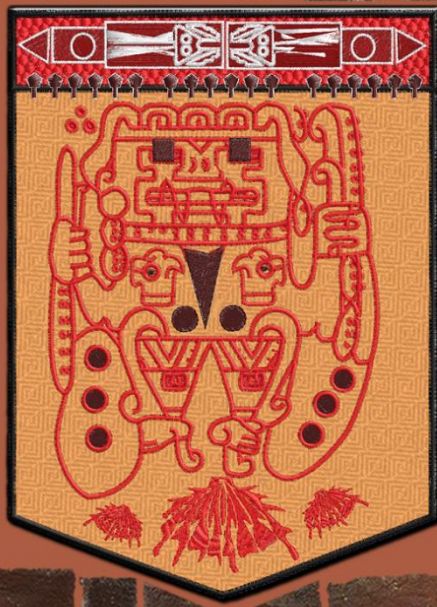
Finalmente fue capturado y sentenciado a muerte por el Inca Pachacútec. Se le acusó de causar la muerte a muchos soldados, así como a espías mitimaes y

IMPERIO DE LOS INCAS

curacas Incas. Pero le perdonaron la vida a solicitud del señor de los Huari por haber sido elegido para representar a su pueblo en el torneo inca.

Utcam era un guerrero muy fuerte y diestro con cuchillos de metal que llevaba siempre consigo; violento para matar a sus oponentes, conocido como el sanguinario. Conocía cada articulación del cuerpo humano, cortaba de manera precisa los tendones dejando a su oponente indefenso, sus movimientos de ataque los ponía en práctica cuando utilizaba su arma mortal: el cuchillo de oro. Era muy veloz con las manos, siendo imperceptibles sus ataques, los cuales dejaban a su oponente inmóvil al cortar sus músculos. La fuerza y velocidad de sus ataques lo convertían en un contendor muy peligroso.





CAPITULO 19



EL REINO TALLÁN

BAJO EL SOL RADIANTE Y EL CALOR ABRAZADOR de las tierras del norte, Sichura, señor del pueblo Tallán, se había reunido en la ciudad de Narihualá con su fiel administrador Pallec. Este preguntó:

—Mi Señor, ¿no vamos a buscar al guerrero que represente a nuestro pueblo en el torneo inca?

—Si. Ya sé quién nos proporcionará al guerrero que nos hará ganar el torneo inca —fue la respuesta de Pallec.

Se dio vuelta y llamó con una señal de la mano a sus yanaconas. Ellos ingresaron al salón y se acercaron bajando la mirada.

—¡Preparen todo! —ordenó Sichura—. Partiremos a las montañas de la Cueva de los Tayos Dorados. ¡Haremos el viaje para buscar a nuestro guerrero que ganará el torneo de los incas!

—De inmediato, mi señor —dijo Pallec—, voy a buscar hombres de confianza para que nos acompañen.

—Pallec, ¡encárgate de todos los detalles, partiremos a primera hora para evitar el sol abrazador!

—Sí mi señor.

Poco después, con diez guerreros de confianza, Pallec se presentó en el palacio

de su señor Sichura. Ellos se postraron ante el sacerdote, quien se acercó y les pidió levantarse.

—¡Me alegra mucho que me puedan acompañar! —dijo—. ¡Necesito que me ayuden a llegar a la montaña de la Cueva de los Tayos Dorados!

—Tenemos la misión resguardar a nuestro señor Sichura —dijo Pallec—. Prepárense, porque partiremos mañana muy temprano.

A la mañana siguiente, de madrugada, el sacerdote de los tallanes con Pallec y sus guerreros, emprendieron la marcha hacia la montaña de la Cueva de los Tallos Dorados.

Mientras caminaban, aún por los arenales, Pallec, preguntó:

—Señor, sabe que lo apoyamos en todo; pero puede decirme ¿qué buscamos en la Cueva de los Tayos Dorados?

—El camino será largo —dijo Sichura, dirigiéndose a todo el grupo—; les voy a contar por qué quiero llegar a ese lugar para encontrar al guerrero que habrá de ganar el torneo.

Todos prestaron atención al sacerdote Sichura.

—Hace mucho tiempo —inició su relato Sichura—, cuando yo tenía unos trece años de edad, mi padre se encontraba conquistando unas aldeas de guerreros y en una esas campañas, llegué por la Cueva de los Tayos Dorados. Allí, apareció un ser extraño muy veloz, corriendo frente a nosotros. Los ágiles guerreros que me acompañaban, lograron capturarlo usando sus boleadoras. Era un ser con aspecto de reptil. Los guerreros lo querían matar y yo les ordené que no lo hicieran.

Al principio, yo le hablaba y no respondía nada; pero luego de varios intentos, me comenzó a hablar en una lengua antigua que aprendí de mis abuelos. Me contó que tenía ocho años de edad y que pertenecía al pueblo de Enkipacha, que su nombre era Kuraq y que pertenecía a una raza de seres reptiles que viven en el mundo subterráneo. Me invitó a conocer donde vivía y me llevó por un largo camino dentro de las cuevas. Seguimos unos extraños símbolos que había en las paredes rocosas, hasta llegar a un gran disco con varios diseños. Para ingresar, Kuraq me puso una máscara.

Dentro de la ciudad subterránea, muchos seres reptiles vivían de una manera diferente a la de nosotros, aquí en la superficie. Vi que tenían guerreros muy fuertes y veloces, lanzaban fuego de sus manos y muchas cosas más. Cultivaban sus campos con una luz que salía de piedras brillantes formando un objeto luminoso que, además, iluminaba todo su pueblo. Al salir me pidió que, por haberle salvado la vida, cuando necesite algo, sólo lo buscara en el disco que estaba dentro de la Cueva de los Tayos. Me entregó esta llave de cuarzo y me dijo que la introdujera en el disco. Desde ese entonces, cuando mi padre venía a por estas tierras, yo venía con él para reunirme con Kuraq y aprender un poco más de los seres reptiles.

Conocí algunas cosas que ayudaron a mejorar a mi pueblo. Pero desde la muerte mi padre, fecha en la que me convertí en el señor del pueblo Tallán, no he venido a verlo debido a las luchas con el pueblo inca, la caída de mi pueblo y la vigilancia del ejército inca en todos los territorios Tallán. Esta invitación del príncipe Túpac Yupanqui, me está permitiendo salir a buscar la ayuda de mi amigo Kuraq, para pedirle que su mejor guerrero represente al pueblo Tallán, que gane el torneo, y pueda liberarnos del yugo de los incas.

Después de dos días marcha forzada, los viajeros llegaron hasta un río. Cerca de una cascada se veía un elevado monte con vegetación exuberante. Allí quedaba la cueva, cuya entrada no se podía ver a simple vista porque miles de litros de agua de río descendían delante de la boca de la cueva. Sichura, logró identificar la entrada y dijo:

—¡Ahí! ¡Esa es la entrada al pueblo de los Enkipacha!

—Cubran las antorchas —ordenó Pallec—, que no se mojen con el agua que salpica en las piedras.

—¡Caminemos juntos y con cuidado para no perdernos en los laberintos! —indicó Sichura—, avancemos hasta llegar a una entrada que tiene un disco de piedra con símbolos; y en el centro, un pequeño agujero.

Todos caminaron cerca al disco de piedra, Sichura detuvo sus pasos, tomó su collar de cuarzo donde pendía la llave y la introdujo en una ranura que había en el disco de piedra. Luego giró suavemente y el disco se movió hacia un lado, como

una puerta secreta. Sichura indicó a sus compañeros.

—¡Quédense aquí, sólo yo ingresaré!

—Mi señor —asintió Pallec—, acamparemos aquí para esperarlo.

El señor de los Tallanes se colocó una máscara e ingresó por una puerta oscura. Hacia el fondo se podía ver una luz que iluminaba el camino. Tras de él, se cerró la puerta de piedra.

Sichura, ingresó a la ciudad subterránea, y se dirigió a la vivienda de su amigo Kuraq quien, muy emocionado lo recibió con un abrazo.

—¡Amigo mío —dijo Kuraq —, me alegra mucho volverte a ver! Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que me visitaste. ¡Cuéntame!

Después de una larga y amena plática, Sichura informó a su amigo sobre el torneo inca y le pidió, como favor, a su mejor guerrero, quien, si ganaba la competencia, habría logrado la libertad para los tallanes.

—¡Mi gran amigo, tengo al candidato que buscas, es el mejor luchador que tenemos! Su nombre es Apud.

—Gracias amigo, le pondremos una máscara de los tallanes para que luche en el torneo inca.

—¿Sabes mi amigo?, es lo menos que puedo hacer por ti, después de que salvaste mi vida.

El señor de Enkipacha señaló con una mano a su ayudante.

—¡Que venga Apud! —dijo—, es un guerrero con muchas cualidades: fuerte, veloz y muy sabio. ¡Él te dará la victoria en el torneo inca!

Sichura continuó conversando por un largo tiempo con su amigo. Luego caminaron hasta el disco de piedra. Al aparecer por la puerta, el Señor de los Tallanes venía acompañado de un hombre reptil, que llevaba puesta una máscara de madera. Ambos grupos se despidieron.

—Señores —dijo Sichura—, él es nuestro guerrero. ¡Él representará al pueblo Tallán!

Todos aplaudieron, gritaron y se abrazaron muy felices. Y de inmediato emprendieron el regreso. Cruzaron la espesura agreste de la selva y las montañas, rumbo a la capital Tallán, ubicada en la cálida costa. Junto a ellos, el hombre reptil quien se cubrió la cabeza y el cuerpo con amplia una capa

En la ciudad de Narihualá los espías incas, lograron averiguar sobre el guerrero desconocido y entregaron la información al quipucamayoc. Él la codificó en quipus de color turquesa. Allí se consignaba que Apud, de 23 años, era un reptiliano de Enkipacha, un pueblo que habitaba en las profundidades de la tierra. Era muy veloz y fuerte, conocía técnicas de sus antepasados para separar los espíritus malignos de los supais, que poseían el cuerpo de un hombre, para regresarlo al Ukupacha, el mundo de los muertos. Sabía invocar fuerzas de los espíritus de sus antepasados para que ayudaran a incrementar su camaquen, podía autoregenerarse por sí mismo y si en caso perdía un brazo, una o pierna u otro miembro, le volvía a crecer inmediatamente. Tenía dos cuchillos con los que, empleando su prodigiosa velocidad, lograba desmembrar a cualquier oponente.

En sus movimientos de ataque: utilizaba conjuros, su velocidad y dos cuchillos curvos con gran filo para cortar cualquier cosa. También podía comunicarse telepáticamente con otras personas.





CAPITULO 20



ATUX EL GUERRERO DEL SOL

EN EL CERRO TAMPUTOCCO, ATUX Y MUTI entrenaban intensivamente, pues querían demostrar ser dignos representantes del imperio en el próximo torneo. El príncipe Túpac Yupanqui llegó a la casa del maestro Cápac Cachi donde se hallaban los jóvenes guerreros. El anda en la que era conducido sobre los hombros de sus esclavos, tocó tierra. El príncipe bajó de ella y marchó hacia la explanada de entrenamiento.

—¿Cómo te encuentras Atux ?, ¿estás listo para el torneo...?

—¡Siempre estoy listo mi señor! —respondió Atux, con mucha seguridad.

Muti asintió con la cabeza para mostrar reverencia a su señor.

—Atux, quiero ver tu famosa técnica.

El joven guerrero respiró profundo y se preparó para lanzar el Bulachay. Movi6 sus manos en forma circular, como si estuviera danzando, concentrando mucha energía.

—¡Buuulachayyy! —gritó.

De sus manos, salió disparada una gran bola de fuego que destrozó una loma de la montaña. El asombro del príncipe fue notorio. Su rostro delataba su sorpresa y satisfacción. Muti exaltó las cualidades de su amigo:

—¡Atux está en su mejor forma!

—Quería ver con mis propios ojos la técnica del Bulachay —comentó Túpac Yupanqui—. Además, quienes me acompañan son seis guerreros, de los más

fuerzas de mi ejército. Los elegí porque no han perdido ni una sola pelea cuerpo a cuerpo y deseo probar la fortaleza y habilidad de Atux.

—Aquí está el Tinkuy⁴⁵ la explanada de luchas que construyó el maestro Cápac Cachi, mi señor —dijo Muti, señalando el lugar de forma circular.

Los seis guerreros, altos y muy fuertes, iniciaron su calentamiento. También estaban deseosos de conocer el poder y la fuerza del guerrero que mató al supai Vacu.

—Ingresen a la explanada de pelus uno por uno para luchar con Atux —ordenó el príncipe inca.

—Príncipe, —interrumpió Atux— ¡quiero luchar con los seis juntos!

Túpac Yupanqui asintió con la cabeza, aceptando su petición.

—Está bien, —dijo— ¡prepárense... suban todos...!

La lucha parecía desigual; pero era ocasión propicia para que Atux mostrara sus habilidades. El valeroso joven juntó sus manos y respiró profundamente, incrementando su camaquen como aura de energía blanca que cubría el exterior de su cuerpo.

Los seis guerreros se ubicaron en forma escalonada para atacar. Por su parte, Atux, con gran serenidad, caminó lentamente hacia los guerreros haciéndolos murmurar:

—¡Qué tonto!, recibirá una paliza que jamás olvidará... ¿Qué hace? ¿Acaso no va a usar sus puños para defenderse? Esa no parece una posición de combate.

Atux cerró sus ojos y los guerreros se lanzaron al ataque, pero no pudieron golpearlo. Atux esquivó con agilidad los golpes. Se movía muy rápido, dando pasos cortos entre sus seis oponentes. De pronto, los guerreros comenzaron a caer a tierra uno a uno. Atux mostró su verdadero poder, había dado varios golpes en puntos vitales del cuerpo de los guerreros. Todos quedaron aturdidos en el suelo, sin poder reponerse.

El Príncipe Túpac Yupanqui asombrado por el poder que poseía Atux dijo:

—¡Tu velocidad y poder en la pelea son increíbles!

Con una sonrisa, el príncipe alzó una mano en señal de triunfo. Se despidió, subió a su anda y partió hacia el palacio de su padre para contarle lo que acababa de ver. Había confirmado que con Atux podían estar tranquilos. Confiaba que el joven guerrero obtendría la victoria para el Tahuantinsuyo.

⁴⁵ Explanada de lucha de forma circular.

El quipucamayoc terminó de codificar en un quipu de color dorado, la información sobre Atux: 19 años de edad; era hijo del general del ejército inca Siucolque y fue discípulo del maestro Cápac Cachi, un guerrero distinguido, representante de la panaca del Inca Pachacútec. Atux había dedicado mucho tiempo de entrenamiento para la perfección de sus habilidades y técnicas de lucha; y siempre buscaba probar sus habilidades con otros guerreros más fuertes que él. Era reconocido por derrotar al supai Vacu que escapó del inframundo y que poseyó el cuerpo del joven Kocho.

Además, Atux tenía un alma pura. Y recordaba siempre al demonio Vacu por dos cosas que lo marcaron para siempre: Una era la muerte de su gran maestro Cápac Cachi y la otra, que el demonio Vacu con un ataque de fuego, dejó inválido a su padre quien tuvo que dejar el ejército al perder sus dos manos. Todo eso lo llevó a una profunda depresión.

Pero su intenso entrenamiento con su gran amigo Muti lo hacía olvidar sus problemas. Él disfrutaba mucho con esa compañía, pero cuando estaba solo, se ponía triste al recordar a su padre y a su maestro.

En la capital inca, el otro hijo de Pachacútec, Amaru Túpac, había mandado preparar un emblema para el Inti Raymi, el cual sería mostrado en el torneo de lucha entre los guerreros más destacados de los diferentes reinos y pueblos que conformaban el imperio inca. Amaru Túpac había ordenado buscar a los mejores artesanos de telares para confeccionar el emblema del wawa Inti Raymi.

El príncipe Amaru también resguardaba la información de todos los guerreros que participarían en el torneo. Gracias a los espías mitimaes que se encontraban infiltrados en los diferentes reinos conquistados, el príncipe Amaru poseía información privilegiada de cada uno de ellos: sus movimientos, ataques y las técnicas que usaban.

La información fue entregada de manera ordenada, detallada, contabilizada y registrada por los quipucamayoc, en cuerdas de diferentes colores. El príncipe pidió los registros y llamó a un quipucamayoc para que interpretara la información allí contenida para conocimiento de su hermano, el príncipe Tupac Yupanqui, quien estaba en camino.

Cuando Túpac Yupanqui ingresó a la fortaleza de Sacsayhuamán, ambos príncipes, hijos del Inca Pachacútec, se saludaron y abrazaron muy efusivamente.

—Llegó información de cada guerrero que participará en el torneo de luchas, —dijo Amaru Túpac— escuchemos, hermano, al quipucamayoc... conozcamos a nuestros oponentes.

—¡Soy todo oídos! —indicó Túpac Yupanqui.

Los dos príncipes escucharon atentamente la valiosa información detallada de cada guerrero. Cuando terminó su labor, el quipucamayoc entregó los quipus al príncipe Amaru.

—Hermano —dijo Amaru a Túpac Yupanqui—, ya tenemos terminada la explanada donde se realizarán los enfrentamientos. Ven a conocerla para que veas como quedó; la construimos en la parte alta de la fortaleza de Sacsayhuamán. Tiene una sola entrada y grandes muros a su alrededor manteniendo la forma circular y plana. Allí se realizarán muy bien los enfrentamientos, pues todo salió como se planificó. Faltan pocos meses para la gran fiesta del Inty Raymi y podemos confiar que será un verdadero éxito.

Meses después, la ciudad imperial mostró toda su magnificencia cuando recibió a los apuscunas⁴⁶, apunchic⁴⁷, tucuyricuc⁴⁸, curacas, sinchis y demás jefes de los reinos conquistados que conformaban el Tahuantinsuyo. ¡Todos tenían grandes expectativas en las festividades! Bajo un sol radiante emergiendo entre las montañas, los diferentes clanes de los reinos y señoríos invitados marchaban a participar en el Inti Raymi. Las coloridas delegaciones se dirigieron a la explanada de Sacsayhuamán donde instalaron sus tiendas. Allí disfrutarían de todas las comodidades y atenciones que habrían de brindarles los anfitriones.

El esperado día de inicio del solsticio de invierno llegó. Antes de que el sol saliera por las montañas, todo estaba listo para comenzar las festividades del Inti Raymi. El Inca Pachacútec con su esposa, la colla, y todos sus hijos, tomados de las manos, esperaban en su balcón del palacio del Coricancha observando las montañas en dirección a donde aparecerían los primeros rayos del sol. También se habían asomado a sus balcones las familias reales, descendientes de la dinastía inca. El sacerdote Waman y demás invitados, aguardaban desde los balcones aledaños al palacio, esperando el inicio de las celebraciones. Al advertir el primer resplandor del sol, el Inca Pachacútec cogió un vaso quero con la mano derecha y lo levantó para brindar con su padre Inti. Los rayos del sol hacían resplandecer al quero de oro.

—¡Padre Inti —expresó Pachacútec muy solemne—, tus hijos agradecemos la luz matutina que nos brindas, tus bendiciones y tu protección!

46 Consejeros Imperiales

47 Gobernadores de una provincia

48 Supervisores Imperiales

El Inca dejó el vaso quero con el que había brindado con su padre. Tomó otro con la mano izquierda y mirando a sus súbditos, brindó todos ellos. A continuación, encabezó una gran caravana que se trasladó hacia la plaza principal de Cusco en donde, al llegar, fue aclamado por las delegaciones visitantes congregadas allí. El Inca exclamó:

—¡Sean bienvenidos todos a la gran fiesta en honor a mi padre el dios Inti! Hoy bailaremos, comeremos y festejaremos. ¡Que empiecen los festejos!

Bailarines y cantantes empezaron a desfilar por la gran plaza. Los curacas, las familias reales y todas las personas presentes, alzaron sus vasos queros con chicha de jora para beber y celebrar, cantando al ritmo de los músicos.

El Inca, sentado en su trono de oro, recibió los presentes y regalos que traían representantes de los reinos y señoríos extranjeros, los cuales desfilaban ante él agradeciéndole por los alimentos, hospitalidad, protección y por todo lo que el Inca Pachacútec representaba para cada reino.

El soberano se puso de pie y la multitud enmudeció admirándolo con ojos expectantes.

—Si todos ustedes cumplen con mis mandatos seguirán recibiendo mi protección y las cosechas se repartirán de manera equitativa.

El sacerdote Wassi, del pueblo Nazca, levantó el quero y brindó por el Inca.

—Todos los caminos conducen a la capital Inca —dijo—, los acueductos, reservorios, recintos y las abundancias en la agricultura son grandezas del Inca Pachacútec.

Pachacútec levantó la mano y señaló al sol.

—Hoy festejaremos por mi padre el Dios Inti. —dijo Pachacútec. Todos en el recinto miraron hacia disco dorado de Inti Wawa el cual brillaba esplendoroso, expresando júbilo por las palabras del soberano. “¡Gran Pachacútec conquistador, hijo del sol!” se podía oír entre la multitud.

El príncipe Túpac Yupanqui, encargado de organizar el evento, invitó a las delegaciones extranjeras a iniciar su desfile y presentarse ante el soberano Pachacútec para rendirle honores. Múltiples reinos y señoríos visitaban el Cusco; pero destacaban los trece reinos que participaban con su guerrero.

Cada delegación desfiló precedida por su estandarte seguido de su señor caudillo y su guerrero. Ambos lucían sus mejores trajes. Al aproximarse ante el trono del soberano, toda la delegación se postraba de rodillas y solo el señor del reino se acercaba a él para entregarle presentes y regalos. Mientras el Inca Pachacútec no ordenaba levantarse, nadie podía moverse. Así desfilaron todas las

delegaciones, instalándose luego en el lugar que se les habían asignado.

El príncipe Túpac Yupanqui caminó hacia el centro de la plaza y se dirigió a todas las delegaciones que estaban apostadas a su alrededor:

—¡Que vengan los señores de cada reino, para hacer el sorteo y conformar las parejas de guerreros que se enfrentarán en la primera ronda y determinar el orden de los enfrentamientos!

Los sorteos se efectuaron ante el Inca Pachacútec. Cada representante de los reinos introdujo una mano a un recipiente de oro y sacó una cuerda de color. Los enfrentamientos serían entre quienes sacaran cuerdas de igual color. El resultado del sorteo fue anunciado por Amaru Yupanqui, hijo mayor del Inca.

Después fue presentado el juez de las competencias, el curaca Macabí. Él tenía la responsabilidad de designar al ganador de cada lucha. El curaca Macabí anunció:

—De acuerdo al sorteo, el orden en que se enfrentarán las parejas de guerreros, será la siguiente:

IMPERIO DE LOS INCAS

- El reino Chimú contra el reino de los Chancas.



IMPERIO DE LOS INCAS

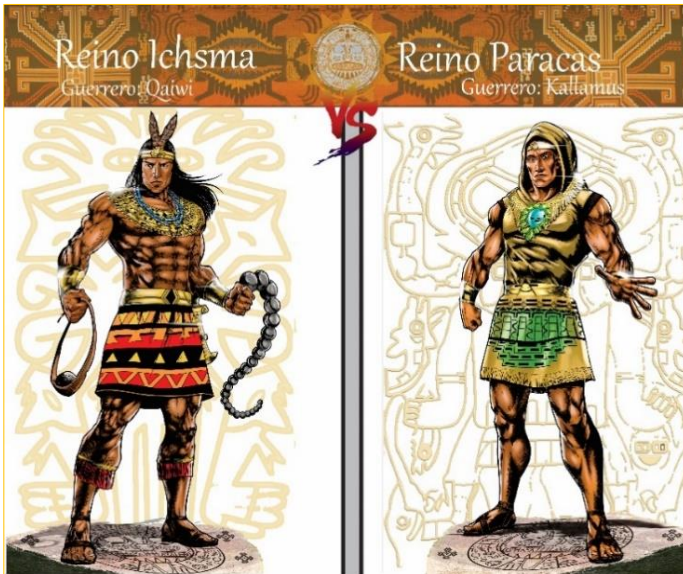
- El reino de Lambayeque contra el reino de los Mochicas.



- El reino Chavín contra el reino de Chachapoyas.



- El reino Paracas contra el reino Ichsma.



- El reino Nazca contra el reino Tallán



IMPERIO DE LOS INCAS

- El reino Inca contra el reino de los Cajamarca



En cuanto al reino Huari, tendrá que esperar el sorteo de la segunda ronda para conocer a su rival.



IMPERIO DE LOS INCAS

Después del sorteo, el Inca con su comitiva y las delegaciones de cada reino, conformaron una vistosa y animada caravana que se trasladó desde la plaza principal del Cusco hacia la fortaleza de Sacsayhuamán, donde se había construido la explanada de luchas. Al llegar, las delegaciones se instalaron en la ubicación que les había sido designada, alistándose para los combates.

Por la puerta principal del recinto hizo su entrada el Inca Pachacútec conducido en su anda de oro por sus fuertes cargadores Tucunis. Al llegar al centro de la explanada, se levantó de su silla y se dirigió a los presentes.

—El ganador —dijo— se llevará este cetro de oro y cuarzo, en señal de la alianza con el imperio inca. El cetro será entregado al señor del reino vencedor, para que desde ese momento se reconozca que es un reino libre y puedan hacer lo que deseen con su pueblo y sus tierras. Además, serán nuestros aliados. ¡Que se inicien los combates!

Los invitados entonaron cánticos en honor de su señor, el Inca Pachacútec, a la vez que arengaban a su respectivo guerrero. Los curacas, sacerdotes y jefes del ejército inca gritaban en coro: “¡Atux!, ¡Atux!, ¡ganarás este torneo!”.

El príncipe Túpac Yupanqui alzó las manos al cielo, con un vaso quero de chicha, y brindó con todos los presentes por las festividades.





CAPITULO 21



EMPIEZA EL TORNEO DE
PODER

EL INCA PACHACÚTEC DESDE SU TRONO, en lo alto de recinto, se hallaba expectante. A sus espaldas relucía el disco dorado del Inti Wawa que representaba la presencia del todopoderoso dios Inti. El curaca Macabí caminó al centro de la explanada y frente al Inca, se postró por unos segundos; y al levantarse, le manifestó:

—¡Gracias Sapac Inca Pachacútec por iluminarnos con tu bendita luz, en esta hermosa mañana! Daremos inicio a las festividades del Inti Raymi y al primer torneo entre los guerreros más bravíos del Tahuantinsuyo.

A continuación, el juez del certamen se dirigió a todo el numeroso público presente.

—¡Comenzaremos los enfrentamientos! Estas son las reglas: cuando dos guerreros estén luchando, nadie podrá ingresar a la explanada de luchas por ningún motivo. Será un lugar exclusivo para los enfrentamientos de guerreros. Una vez iniciado un combate, no se podrá detener; de hacerlo, serán sancionados con la muerte. Solo yo determinaré el inicio y el fin de los combates; y declararé quien es el ganador, después de inspeccionar el resultado final de la pelea.

Todos los guerreros en sus respectivas tiendas cercanas a la explanada comenzaron a realizar rituales según sus costumbres. En la tienda chimú, el señor Michancaman, dispuso sonar la corneta de caracol y encender el altar para el

sacrificio de seis aves marinas. Así invocaría la protección de los dioses.

El señor de los chimú se acercó a su guerrero, le tomó una mano, la levantó por sobre sus cabezas, e invocó:

—¡Madre Luna, tú que determinas el destino de los hombres, bríndale el triunfo a tu hijo Querrotumi!

El joven guerrero permanecía postrado de rodillas. Su padre, Minchancaman, cogió el recipiente con la sangre de las aves, introdujo su mano y marcó el rostro del guerrero con sangre, en señal de ferocidad. Su padre, mirándolo a los ojos lo arengó diciéndole:

—¡Te preparaste mucho para este momento, ahora confiamos que obtendrás la victoria y liberarás a nuestro pueblo!

Querrotumi cerró los puños se puso de pie y abrazó a su padre. Ambos se dirigieron juntos hacia la entrada de la explanada de luchas.

En la tienda chanca, Runamichi se acercó al altar donde estaba la momia de su antepasado Cayuc, el gran guerrero que creó la técnica del Amarujantu y que después enseñó a sus descendientes. Se postró de rodillas, cogió un cuchillo y se hizo un corte en la palma de la mano. Apretó el puño y exprimió su sangre sobre la boca de la momia, pidiendo fuerza y protección a los dioses.

—¡Cayuc, tú que estás en presencia del dios serpiente y que vives en las estrellas, permíteme usar la técnica de Amarujantu para ganar este enfrentamiento y recuperar

+ a mi hijo que está muy enfermo y me necesita... dame tu espíritu y fuerza!
—dijo Runamichi— y al terminar, salió caminando despacio en dirección de la explanada.

Pero el señor de los Chancas se acercó a él y lo amenazó hablándole cerca al oído:

—Runamichi: ¡ya sabes lo que sucederá si pierdes, yo mismo mataré a tu hijo y a toda tu familia!

El recio luchador clavó una mirada ardiente en los ojos de su señor, apretó los puños, y sin hablar, atravesó la amplia puerta.

Macabí, al ver a los guerreros acercarse al centro de la explanada, anunció con voz grave:

—¡Ya están listos para el primer enfrentamiento...! Presento al representante del reino Chimú, el guerrero Querrotumi; y a su oponente, el guerrero Runamichi del reino Chanca —Macabí miró a los dos guerreros, y exclamó:

— ¡Adelante...! ¡Que se inicie el primer enfrentamiento!

Ambos guerreros se miraron como dos felinos hambrientos de gloria. Querrotumi que era ligeramente más alto, tomó su lanza, la giró por los costados de su cuerpo y se detuvo. Luego se acercó a su oponente cautelosamente, con una mirada despectiva.

—¡Maldito Chanca, te mataré! —dijo.

Sin decir nada, el guerrero Chanca invitó a que lo atacara, haciendo señas con las manos. Eso enfureció al chimú, que atacó sosteniendo su lanza con ambas manos. El guerrero Chanca esquivó los ataques con agilidad, y dio un salto hacia atrás, mientras que su pie derecho golpeó a Querrotumi en el rostro, aturdiéndolo y haciendo soltar su lanza. Runamichi se agachó y con el puño cerrado le golpeó nuevamente su rostro logrando derribar a Querrotumi por los suelos. De inmediato, Querrotumi se puso de pie y se abalanzó sobre su oponente para golpearlo, pero no tuvo éxito; más bien, en su espalda sintió la fuerza de los puños del guerrero chanca. El joven buscó reponerse; enfurecido y gritando:

—¡AAAAH, maldito!

Cuando el joven chimú parecía perder el control por los múltiples golpes recibidos, escuchó a su padre exclamar desde las tribunas:

—¡Querrotumi! ¡Confiamos en ti, hijo!

Las palabras de su padre tranquilizaron a Querrotumi; respiró profundamente, clavó su lanza en el suelo y se arrojó sobre el guerrero chanca atacándolo ferozmente. Este, al verse apabullado por los múltiples golpes, trató de reponerse. Movié sus manos y logró invocar la técnica de Amarujantu aumentando su tamaño hasta convertirse en un gigante corpulento. Querrotumi, al verlo crecer se espantó por un momento, pero giró rápidamente y comenzó a mover sus manos y formar una bola de fuego que lanzó contra el chanca, sin provocarle daño alguno. Entonces saltó para golpearlo, pero fue capturado por los poderosos brazos del gigante, quien lo aporreó varias veces contra el suelo; luego lo lanzó al aire. Y cuando descendía, Runamichi giró su cuerpo y con su pierna lanzó a Querrotumi contra el muro.

El guerrero chimú, muy aturdido, se sobó la cabeza. Se levantó, buscó serenarse e incrementar su camaquen hasta que se recuperó. Y girando ágilmente alrededor del guerrero chanca lo atacó por todos lados. El gigante trató de golpearlo, pero sin llegar a alcanzarlo; y enfurecido, acometió con su mazo al guerrero chimú, quien a pesar de no poder ver a su oponente por los movimientos veloces que hacía, logró darle un certero golpe en la nariz y Runamichi comenzó a sangrar. Otro golpe en la cabeza lo hizo caer.

Cuando se ponía de pie, nuevamente lo atacó, pero con más energía. Esta vez Querrotumi logró clavar su lanza en la pierna de Runamichi e inmediatamente le arrojó varias bolas de fuego golpeándolo en el pecho y lanzando al gigante por los aires con mucha fuerza. Runamichi chocó contra la pared de piedra; cayó aturdido, regresando a su tamaño normal. Querrotumi saltó con furia sobre él y lo siguió golpeando en el rostro hasta dejarlo ensangrentado y fuera de combate.

El juez se acercó a verificar el estado del luchador chanca y al ver que estaba inconsciente, dijo:

—¡El ganador de este combate es el guerrero chimú, Querrotumi!

La familia de Runamichi corrió cerca de los muros donde él se encontraba, para ver si aún estaba con vida; pero el juez ordenó:

—¡Retiren a todas las personas de la explanada de luchas! ¡Haremos un receso para arreglar y limpiar el suelo! ¡Luego continuaremos con el siguiente enfrentamiento!

Familiares y amigos de Runamichi lo sacaron de la explanada en una camilla, mientras que el señor del reino Chanca era detenido por el ejército inca por órdenes del príncipe Túpac Yupanqui quien se enteró de las amenazas a la familia de Runamichi.

El sacerdote de los Moche, mandó traer una vicuña para ofrendar al Señor de las Montañas Aiapaec⁴⁹ y pedir el triunfo de Ciamoc, el guerrero moche. Dos esclavos trajeron al animal, atado de las patas. El sacerdote cogió el cuchillo ceremonial e hizo un corte debajo de las costillas, introdujo su mano y extrajo el corazón que entregó al guerrero. Ciamoc sintió en sus manos la tibieza del corazón del animal, cuya sangre caía hacia el suelo. Y tomando valor, lo devoró con fiereza. Al terminar, el sacerdote vertió sangre sobre la lanza del guerrero.

—¡Dios de la Montaña, muestra que eres más poderoso que el dios de los incas y brinda a tu hijo Ciamoc el triunfo! —invocó el sacerdote mochica. Al terminar el ritual, caminaron hacia la explanada de luchas.

Mientras que el guerrero Naicral se encontraba meditando, postrado en cuclillas con ambas manos juntas. El señor de Lambayeque se aproximó al guerrero para realizar el ritual sagrado a los dioses; pero Naicral le espetó:

—¡No necesito de los dioses...! ¡Con el poder de la oscuridad venceré a todos! ¡Necesito aplacar mi sed de venganza contra Atux; y luego mataré al inca Pachacútec para empezar mi reino...!

49 Divinidad Mochica dios castigador

El sacerdote y sus familiares se quedaron sorprendidos al escuchar el rechazo de la ayuda de los dioses. Al cabo de varios minutos, el curaca Macabí ingresó a la explanada y anunció:

—¡El segundo enfrentamiento será entre el guerrero de Lambayeque, Naicral, y el guerrero Moche, Ciamoc!

Los luchadores se ubicaron en el centro de la explanada.

—¡Empiecen...! —ordenó el juez.

Naicral se colocó en ambas muñecas unas puntas metálicas curvas. Parecían cuchillas y las chocó entre sí sacando chispas; luego se rasgó la pechera tirándola al suelo y dejó ver una serpiente tatuada en todo su pecho. En ese instante, Ciamoc recordó lo que dijo la sacerdotisa: que tenía que cuidarse del hombre con sangre de serpiente, porque lo mataría.

No obstante, el guerrero moche, sin sentir miedo, comenzó a rodear a su adversario; y le arrojó su lanza, cuya filuda punta se clavó en el hombro del guerrero Lambayeque. Este, soportando el terrible dolor, arrancó enfurecido la lanza de su hombro. Ciamoc trató de golpear su rostro, pero Naicral logró esquivarlo varias veces. Y con la garra metálica de su brazalete derecho, le hizo un corte profundo en la espalda. El guerrero moche se retorció de dolor, pero se repuso inmediatamente y contrató golpeando las piernas a su oponente.

Naicral saltó y golpeó la cabeza de Ciamoc lanzándolo contra los muros de piedra. El joven moche, adolorido, se puso en pie, cogió su lanza y la impulsó con todas sus fuerzas contra Naicral; pero este giró en el aire, cogió la lanza y la regresó con fuerza a su dueño traspasándole la pierna. Ciamoc lanzó una exclamación de dolor. El guerrero Lambayeque se acercó, cogió la lanza y la clavó en la otra pierna. El luchador mochica, con las piernas destrozadas, intentó arrastrarse, pero el guerrero Lambayeque lo cogió del cuello, lo levantó y con la garra metálica de su muñeca izquierda, le atravesó el vientre matándolo de inmediato.

El público quedó sobrecogido por el salvajismo del poderoso guerrero Lambayeque. El señor de los Moche vio con lágrimas en los ojos a su sobrino Ciamoc descuartizado sobre el lugar de pelea; y con el dolor y la furia reflejados en su rostro, trató de ingresar hasta él, pero sus amigos se lo impidieron sujetándolo de los brazos.

—¡El ganador es Naicral, el guerrero Lambayeque! —Proclamó el juez.

Naicral salió de la explanada; y cuando caminaba cerca de Atux, este sintió una energía maligna en el ambiente. Le pareció que era misma energía que la del demonio Vacu; y además, captó una voz en su mente: «¡Sigues tú, maldito Atux!».

El guerrero inca volteó sorprendido, buscaba con los ojos al dueño de esa voz familiar. Fue entonces que la mirada de Atux se cruzó con la de Naicral.

—¡Pasado Mañana continuaremos con el tercer y cuarto combates! — anunciaba Macabí en ese instante—. ¡Disfruten de las festividades!

Muti se dirigió hacia donde estaba Atux, y de inmediato supo que algo no andaba bien.

—¿Qué sucede, Atux?

El joven inca observaba atentamente a Naicral, quien lo miraba desafiante mientras se alejaba.

—Siento una presencia maligna en el guerrero Lambayeque. Es idéntica al camaquen del supai Vacu que matamos en el pueblo de los collas.

—¡Pero tú lo mataste!

—Tal vez regresó del Ukupacha, nuevamente. Averigua quién es ese guerrero, y por qué tiene esas marcas de serpiente en su cuerpo. ¡Son las mismas que tenía Kocha!

Los festejos continuaron hasta el anochecer. En el palacio real se encontró Atux con su amigo Muti, quien ya tenía información sobre Naicral, el guerrero de Lambayeque.

—Naicral ha nacido en Apurlec, la capital de Lambayeque. Su padre fue un antiguo comandante ese reino. Dicen que a Naicral lo rescataron en Cusco; estaba casi muerto porque una serpiente lo mordió cuando fue al pueblo de los collas con el ejército inca.

—¡Gracias, amigo —dijo Atux, dubitativo—, debemos tener mucho cuidado! No sé por qué mató al guerrero mochica si ya estaba vencido... ¡Parece que Vacu se reencarnó nuevamente en Naicral, amigo...!

—¿Qué haremos ahora, Atux?

—Veremos qué intenciones tiene... tal vez quiera matar a nuestro soberano.

La luna llena iluminaba las montañas; era la hora de ir a descansar. Horas después, se inició un nuevo día en la fiesta del Inti Raymi; el sol irradiaba rayos hermosos de luz. Los guerreros se encontraban preparándose en sus respectivas tiendas para participar en el torneo.

El sacerdote chavín realizaba un ritual sagrado a sus dioses. El sacerdote sostenía un quero con extractos de cactus; lo elevó para pedir su bendición al dios del rayo, y mucho poder a Pumaguaro para obtener el triunfo en el próximo enfrentamiento. Luego entregaron el recipiente al guerrero quien, al beber su contenido, entró en un corto trance. Se incrementó su musculatura y su

camaquen. En pocos segundos sus ojos se enrojecieron; miró fijamente a los sacerdotes y levantó la mano en señal de triunfo.

La matriarca de las Amazonas preparaba a Kintu, la guerrera que los representará. Ella se desnudó e ingresó a una bañera de madera para recibir un rociado de flores aromáticas y hierbas. En su espalda y en el pecho tenía tatuadas diversas serpientes. Al término del baño de florecimiento, la matriarca sacó de su bolso una cría de serpiente pitón y con un cuchillo ceremonial, arrancó la cabeza del reptil. Luego roció la sangre por el cuerpo Kintu, e incineró el cuerpo de la serpiente en el altar sagrado. La joven se puso de pie, las yanaconas la vistieron y después de varios minutos, salió del recinto junto a la matriarca.

El curaca Macabí, ubicado en el centro de la explanada de luchas, se dirigió a la multitud:

—¡A continuación el tercer enfrentamiento, que será entre el guerrero Pumaguaro de Chavín, contra la guerrera Kintu, del reino de los Chachapoyas!

El guerrero chavín y la joven de los Chachapoyas ingresaron a la explanada, observándose fijamente. La diferencia física entre ambos contendientes era evidente. El guerrero Chavín lucía más alto y corpulento. Desde las tribunas, la gente lanzaba arengas a sus guerreros. Pumaguaro se acercó lentamente. De pronto, sacó un hacha de su espalda y la lanzó contra su oponente; pero la guerrera la esquivó saltando hacia atrás acrobáticamente. A pesar de ello, el hacha logró cortar una mecha de su largo cabello.

Luego, el guerrero puso sus manos en el suelo y, convertido en un felino, se lanzó hacia la guerrera. Era tan rápido, que pudo lanzar múltiples golpes por varias partes del cuerpo a Kintu, quien cayó por los muros, sangrando por la nariz y la cabeza. Rápidamente, ella se limpió con las manos la sangre del rostro y sacó de su cintura unas hierbas que introdujo en la boca. Los guerreros de la Amazonía las masticaban para curar las heridas. Y de inmediato lanzó un ataque contra el pecho de su fornido oponente. Sus golpes parecían no surtir efecto. El guerrero intentó varias veces apresarla para golpearla, pero ella lo esquivaba ágilmente; y, más bien, sacó una sogá de su cintura y comenzó a correr muy rápido alrededor de Pumaguaro, quien al ver como la sogá lo envolvía, empezó a burlarse y a reír, muy confiado.

—Ja, ja, ja, ja, ja. ¿Con esta cuerquita quieres amarrarme?

Fue entonces que Kintu jaló la sogá y atrapó el cuerpo del guerrero. Este

intentaba soltarse y romper la soga con sus manos, pero no conseguía liberarse; y comenzó a sangrar por la presión de las cuerdas. La soga era muy resistente, incluso para un guerrero tan fuerte como él. Pumaguaro cayó al suelo y Kintu lo golpeó fuertemente por todo el cuerpo, en especial en la cabeza.

El guerrero chavín parecía derrotado. Sin embargo, alcanzó a coger su collar, en el que había una cabeza de serpiente, con unas puntas muy filudas y logró romper la soga. Muy rápidamente se puso de cuclillas, giró su collar en sus manos y lo lanzó contra su oponente, quien lo pudo esquivar. El luchador, casi sin fuerzas y muy golpeado, lanzó un polvo negro a Kintu, pero ella saltó varios metros sobre su adversario y con sus dos rodillas lo impactó en la frente, dejándolo inconsciente en el suelo.

El juez verificó que el guerrero estaba fuera de combate y dio por concluida la lid, anunciando que la ganadora era Kintu, la guerrera de Chachapoyas.

Atux había observado atentamente a la mujer amazona. Le había gustado su manera de luchar y las técnicas empleadas para vencer a Pumaguaro. Cuando ella pasó cerca de Atux, y al tiempo que ambos cruzaban sus miradas, éste se sintió embriagado con el aroma de flores que emitía de la guerrera.

Kallamus, de Paracas, estaba sentado en la tierra con las piernas cruzadas. Puso sus manos en un cuarzo turquesa y realizó el ritual de agradecimiento al dios Kon. Luego cogió unas hojas de coca y las depositó sobre el cuarzo. Uno de sus vasallos le alcanzó un recipiente con chicha.

—Dios Kon, ser justo y sagrado de mis antepasados: tú que vienes desde las estrellas bendice a tu hijo... ¡bríndame una vez más tu ayuda para obtener el triunfo! —invocó Kallamus el señor de los Paracas.

En el mismo momento, en la tienda del reino de Ichsma, un sacerdote realizaba peticiones al dios Pachacamac. Sacrificó una vicuña y vertió su sangre sobre el ídolo de piedra que representaba a su gran divinidad, manifestando:

—¡Dios Pachacamac bríndanos tu protección...! ¡Aumenta el poder y fuerza del guerrero Qaiwi, para que pueda ganar esta contienda!

El joven luchador, acompañado de los sacerdotes, salió de la tienda. Ya estaba listo para ingresar a la explanada.

El juez del torneo llamó a los guerreros del próximo encuentro.

—¡El siguiente enfrentamiento será entre el guerrero Kallamus del reino Paracas y el guerrero Qaiwi del reino de Ichsma!

Los guerreros ingresaron a la explanada de lucha, se miraron e hicieron una

reverencia de saludo mutuo. Kallamus se despojó de la capa que llevaba puesta, y al arrojarla al suelo, ésta se hundió. El guerrero Ichsma, sorprendido por lo que acababa de ver, se preguntó en silencio cómo había podido moverse con tanto peso sobre su cuerpo. Qaiwi tenía en un costado de su faldellín, envuelta una cuerda con piedras negras redondas de regular tamaño; cogió una, y con su honda, la lanzó con gran fuerza hacia el guerrero Paracas. Pero este sacó su manto girándolo circularmente convirtiéndolo en un escudo brillante. Al impactar la piedra, esta quebró el escudo protector. Kallamus se sorprendió por la fuerza de Qaiwi, quien giró velozmente sobre su oponente y lo atacó por diferentes flancos. Kallamus trató de esquivar algunos golpes, pero la velocidad de Qaiwi era superior a la suya; recibió terribles golpes por todo su cuerpo.

Luego, el guerrero Ichsma colocó sus dedos en forma triangular e invocó la técnica de las runas del viento, logrando que una fuerte corriente de aire golpeará al guerrero paracas, lanzándolo contra los muros. Sin embargo, Kallamus se puso en pie rápidamente para devolver los golpes. Ambos guerreros iniciaron un brutal enfrentamiento cuerpo a cuerpo. Se repartieron golpes mutuamente hasta sentirse exhaustos.

Kallamus reconoció la fortaleza y técnica de pelea de su oponente Qaiwi, así que puso las manos en su collar y lanzó un rayo de luz que impactó en Qaiwi arrojándolo contra los muros. Qaiwi recordó la promesa a su señor de ganar este torneo e invocó la fuerza del dios Pachacamac, para incrementar su camaquen, mientras se ponía de pie. Kallamus lanzó otro rayo con más fuerza, dirigido esta vez a la cabeza de Qaiwi cuya frente empezó a sangrar copiosamente. Kallamus levantó de los brazos a Qaiwi y lo lanzó contra la pared.

—¡No te levantes Qaiwi, ríndete! ¡Ya no por favor! —rogaban sus acompañantes y familiares. “Un guerrero Ichsma jamás se rinde —pensó el valeroso joven—, eso deben saberlo ¡primero daré mi vida!”

Qaiwi enfurecido lanzó un puñetazo contra la tierra, se puso de pie y contraatacó a su oponente, pero fue en vano: el guerrero Paracas, Kallamus, esquivó su ataque y lo golpeó en el cuello dejando a Qaiwi inconsciente. Atux, desde las tribunas, reparó en la velocidad del guerrero Paracas. Se sorprendió al ver los rapidísimos golpes que le propinó a Qaiwi.

El juez ingresó a la explanada de luchas y verificó el estado del guerrero Ichsma y dijo:

—¡El ganador es Kallamus, el guerrero del pueblo Paracas!

En su tienda, el guerrero nazca se dispuso a prepararse para participar en el siguiente encuentro. Mientras que Apud, el reptiliano representante de los tallanes, estaba postrado de rodillas con las manos incrustadas en la tierra y con los ojos cerrados; elevaba una plegaria a sus dioses. Estaba rodeado de unos símbolos hechos con arena blanca, que le permitían conectarse con su pueblo, en las profundidades de la tierra.

En la tienda del reino Nazca, un sacerdote ingresó a la tienda donde se encontraba Aquixe. Pertenecía a la familia real y era invidente. Los elegidos para sacerdotes en Nazca, desde muy niños eran enviados a los montes y dedicaban su vida a adorar al dios Kon. Todos se sorprendieron verle llegar a la capital inca, debido a que vivía en las alturas donde se encuentran las líneas sagradas. Todos los presentes se postraron ante él.

—Sacerdote, guardián de las líneas sagradas, ¿cómo llegó hasta aquí?, —preguntó Aquixe.

—El dios Kon me envía para advertir que un ser del mal puede transformar este mundo en un caos —respondió el sacerdote.

Todos escucharon sorprendidos, pero en ese instante el juez llamó a los guerreros.

—¡A continuación, el quinto combate... Será entre el guerrero Aquixe del reino Nazca y el guerrero Apud del reino Tallán!

Ambos ingresaron a la explanada de luchas y cuando se saludaban con una venia, escucharon al juez:

—¡Adelante, que comience el quinto combate!

El guerrero nazca advirtió que su oponente llevara puesta una máscara de madera y en su cintura, algo abultado como un cinturón colgaba sobresaliendo por su faldellín. Rápidamente sacó sus báculos de metal negro y se lanzó al ataque sorprendiendo a su oponente. Apud trató de moverse ligero, pero fue golpeado en la espalda. Pese al dolor, se reincorporó y pateó en las piernas a Aquixe.

De inmediato, Aquixe respondió utilizando la técnica Wallqas, consistente en levantar objetos de piedra y tierra con sus manos. Los lanzó contra la espalda del guerrero tallán, quien esquivó el ataque sin complicaciones. Pero sólo era para distraerlo. Apud recibió en la cabeza un golpe feroz y doloroso, que lo aturdió por breves segundos.

Los guerreros intercambiaron furiosos ataques. Ambos eran muy veloces; pero Aquixe, que siempre tomaba la iniciativa, parecía cansado. En cambio, el guerrero tallán solo esperaba los ataques; pero de improviso, sorprendió al nazca aturdiéndolo con certeros golpes en el rostro.

Aquixe se repuso, pero sangrando por la boca, y decidió nuevamente utilizar la técnica Wallqas para convocar al elemento tierra. Movi6 sus manos lanzando una gran bola de tierra y piedras sobre su oponente, que este logr6 esquivar saltando alrededor del joven nazca, y lo golpe6 en el ment6n. Aquixe cay6 estrepitosamente contra los muros de piedra quedando tendido en el suelo.

Aquixe sacudi6 su cabeza para despejarse; y antes de ser golpeado nuevamente, emple6 uno de sus b6culos para impactar en la m6scara de su oponente haci6ndola desprenderse de uno de sus lados. El rostro de Apud fue visto con estupefacci6n por todos los presentes, quienes pudieron conocer la verdadera identidad del guerrero tall6n. ¡Apud era un hombre reptil! En las tribunas lo miraban con asombro y con espanto.

—¿Qu6 cosa es ese hombre? ¿Es una serpiente... es un reptil? ¡Qu6 horrible! —comentaban los espectadores.

Al verse descubierto, Apud, se arranc6 la m6scara, increment6 su camaquen, luego hizo unos giros mucho m6s veloces, logrando golpear certeramente la cabeza de Aquixe, lanz6ndolo fuera de la explanada de lucha. Los otros guerreros que miraban desde afuera, estaban sorprendidos por la incre6ble velocidad del hombre reptil Apud.

—¡Qu6 velocidad! —dijo Muti desde su asiento—, casi no logr6 verlo.

El juez ingres6 a la plataforma de lucha y asombrado, mir6 al luchador reptiliano

—¡El ganador es Apud, el guerrero Tall6n! —El hombre reptil recogi6 los restos de su m6scara y camin6 hacia la tienda de los tallanes.

El atardecer se aproximaba y hab6a un numeroso p6blico, pues el guerrero representante de la panaca real del Inca Pachac6tec estaba por participar. Amigos, familiares y simpatizantes de Atux, estaban en las grader6as y alrededor de la explanada de lucha. Las expectativas eran muy favorables para el guerrero inca.

En la tienda del reino Cajamarca trece guerreros se encontraban formando un

círculo. Tenían los brazos entrelazados alrededor de un altar de piedras con el dios Catequil⁵⁰. Invocaban a los Apus por el triunfo de su guerrero que lucharía con todo su corazón y sus fuerzas por su reino; y en especial, por la libertad de su familia cautiva en algún templo en el Cusco.

—¡Dios del trueno, bríndame tu protección e incrementa mi camaquen para ganar este enfrentamiento! — dijo Cuismanco, señor de los Cajamarca.

Mientras, Atux estaba reunido con el príncipe Túpac Yupanqui, quien le exhortó:

—¡Atux, todos confiamos en obtener la victoria!

—Mi señor, es el designio del dios Inti, poder obtener un triunfo —respondió Atux.

Debidamente preparado para el combate, se encaminó hacia la explanada junto al príncipe y su gran amigo Muti. Al verlo, la gente comenzó a gritar eufóricamente desde las tribunas. Los familiares de Atux eran los más entusiastas. El juez del torneo observó que el príncipe Túpac Amaru le indicaba con las manos continuar con la última batalla de la primera ronda.

—¡Que ingresen el guerrero Cuismanco del pueblo de Cajamarca, y el representante inca, nuestro guerrero Atux!

El guerrero Cajamarca al ingresar, dio varios saltos en el aire recibiendo arengas de su pueblo. Y cuando ingresó Atux y levantó las manos, los gritos de júbilo del pueblo cusqueño eran ensordecedores.

—¡Adelante... que comience el sexto combate! —ordenó el juez.

Los valerosos jóvenes se acercaron al centro de la explanada y se saludaron inclinándose cortésmente. Luego Cuismanco trató de golpear a Atux directamente para poder cogerlo con sus fuertes brazos, pero Atux, tranquilamente, saltó y con el talón de un pie golpeó la cabeza de su oponente.

—¡Eso es, campeón! —gritó Muti.

Cuismanco corrió hacia el joven inca, hizo un gran salto sobre Atux y trató de golpearlo con su mazo. Rápidamente Atux saltó hacia atrás esquivando el golpe que impactó en un muro, haciendo un gran agujero. El guerrero de Cajamarca

50 Dios del Rayo y Trueno

nuevamente atacó utilizando la técnica de los guerreros Kúntur: abrió sus brazos y saltó para caer sobre Atux, simulando el aterrizaje de un cóndor, golpeándolo en varias partes del cuerpo.

Atux se sorprendió de la fuerza y velocidad de su rival. Y con sus manos hizo el Bulachay lanzándolo contra Cuismanco; pero este empleó su técnica de vuelo de cóndor nuevamente y saltó para atacar desde arriba a Atux. El guerrero inca, al percatarse de eso, sacó de la cintura sus boleadoras (piedras unidas por cuerdas) y las lanzó hacia las piernas de Cuismanco atrapándolas y haciéndolo caer en tierra. Luego le lanzó otro bulachay que impactó en su pecho, enviándolo contra los muros donde chocó violentamente. Sangraba por la boca; el daño era evidente.

Cuismanco logró liberarse de las boleadoras, se puso en pie, incrementó su camaquen y recuperado del ataque, empezó a rodear a Atux con su gran velocidad; sin embargo, el joven inca no lo perdía de vista, esperaba ser atacado. Cuando Cuismanco lo hizo por la espalda, Atux giró de inmediato y con una pierna golpeó el pecho de Cuismanco lanzándolo por los suelos.

El guerrero Cajamarca intentó ponerse en pie otra vez, pero Atux se acercó velozmente y lo golpeó con sus puños en las piernas y la nuca. Cuismanco quedó inconsciente.

—¡El ganador es nuestro guerrero, Atux! —dijo muy emocionado el juez del torneo.

La primera parte de los combates había culminado. Para conformar las parejas de combatientes para la segunda ronda, el juez del torneo convocó a los participantes:

—¡Que vengan los señores representantes de cada reino, se sorteará el orden de los enfrentamientos para esta segunda fase de este torneo!

Acto seguido, se repitió el procedimiento anterior, determinando las parejas por los colores de las cuerdas. Al terminar, el curaca mediador dijo:

—Las parejas quedan conformadas en el siguiente orden:

- El imperio Inca contra el reino Huari

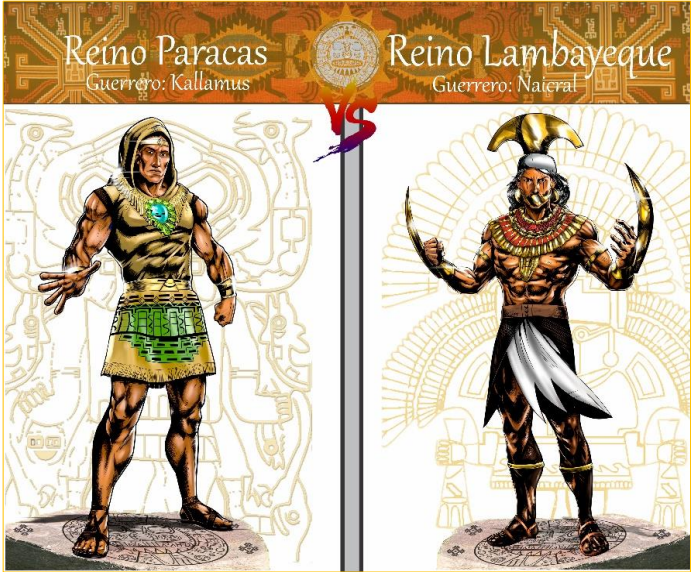


- El reino Tallán contra el reino Chimú



IMPERIO DE LOS INCAS

- El reino Paracas contra el reino Lambayeque



- El reino Chachapoyas descansará.



Dos días después, el escenario del impresionante torneo estaba lleno de público ávido de espectar los próximos encuentros. En el primero de la segunda ronda, les correspondía enfrentarse a Utcam del reino Huari y al inca Atux. En su tienda, el hermano de Utcam se acercó al guerrero, y roció la punta de su cuchillo con un líquido que sacó de un frasco.

—¡Que empiece el primer enfrentamiento! —ordenó el juez del torneo.

El guerrero huari, en la explanada, parecía estar ansioso por luchar; él era muy fuerte y con experiencia; conocido como el sanguinario. Atux agradeció con la mano las arengas y ensordecedores aplausos de los espectadores. Ambos guerreros se saludaron.

—¡Hoy te mataré, maldito inca —dijo el guerrero huari—, no sabes cuánto disfrutaré al matarte!

Utcam empuñó su cuchillo y se lanzó sobre Atux vehementemente, pero el joven inca logró esquivarlo a gran velocidad. En la punta del cuchillo había un veneno de sapo negro que, al entrar en contacto con la sangre de un ser humano, lo podía dejar ciego y paralizar la mitad de su cuerpo. Ambos guerreros intercambiaron poderosos golpes, Atux no lograba acercarse demasiado, solo atacaba las piernas de su enemigo pateándolas. Utcam esquivó varias veces a su rival, hasta que en un descuido de Atux logró clavar el cuchillo envenenado en la pierna descubierta del guerrero inca.

En pocos segundos Atux tenía la vista nublada y la pierna herida. Su cuerpo se paralizó. Utcam comenzó a atacar a su oponente de forma salvaje. ¡Era una masacre! Atux no podía ver, ni mover medio cuerpo. Desesperado, el joven inca, trató de lanzar varios bulachay, pero era inútil, pues no lograba ubicar a su oponente. «¿Y ahora?, ¡está acabado!», pensó el sacerdote Waman.

—Atux está perdido, ¡no puede ser! —dijo Túpac Yupanqui.

Al ver Muti los golpes que le propinaba el guerrero Utcam a su amigo, recordó una técnica de su fenecido maestro y exclamó:

—¡Atux, recuerda la técnica de Ojos Vendados!

Al escuchar la voz de su amigo Muti, Atux recordó las enseñanzas de su maestro: «No confíes en tus ojos, siente el camaquen de tu oponente. Sólo así podrás atacarlo».

Atux se postró de rodillas en medio del lugar de pelea, respiró profundamente y se puso en pie. Utcam corrió hacia el joven inca para liquidarlo, pero sorprendido, veía cómo este lo esquivaba fácilmente. Atux tomó la pierna de

Utcam y le regresó el golpe arrojándolo lejos. Enfadado, Utcam se levantó y lanzó varios ataques con su cuchillo envenenado, pero Atux los detenía empleando ambas manos. Entonces, el guerrero huari giró alrededor del joven inca y lo atacó por la espalda. Pero Atux cogió a Utcam de un brazo, golpeó su cabeza contra el suelo y le lanzó un bulachay, arrojándolo contra los muros. Utcam cayó pesadamente en el suelo, inconsciente, y con la cabeza ensangrentada.

El juez verificó el estado del guerrero y exclamó con alegría:

—¡El ganador es Atux, nuestro guerrero inca!

Muti corrió para apoyar a su amigo, casi ciego y tambaleante, en medio de los gritos de júbilo de la gente.

—¡Traigan pope! —dijo Muti, agitado—, ¡traigan pan sagrado para aliviar a Atux!

Después de comer pope, Atux se recuperó lentamente y al cabo de varias horas, hacia el atardecer, pudo caminar normalmente.

—¡Continuamos con el siguiente combate! —dijo el juez—. ¡Que ingresen los guerreros Querrotumi, del pueblo Chimú y Apud del pueblo Tallán!

Tras saludarse, ambos guerreros se miraron a los ojos sostenidamente, el juez alzó una mano.

—¡Adelante! ¡Comiencen a luchar! —ordenó.

Querrotumi movió sus manos y lanzó una bola de fuego contra el guerrero reptiliano. Apud lo esquivó fácilmente. Seguidamente, buscaron luchar cuerpo a cuerpo, pero no lograban golpear a su oponente. Apud era muy veloz y parecía estar estudiando los movimientos y técnicas del guerrero chimú. Así, logró adelantarse a sus movimientos de fuego; sacó un cuchillo curvo de su cinturón y alcanzó a herir la pierna de Querrotumi, que sangró profusamente y lo obligó a cojear. El joven, rápidamente arrancó un pedazo de tela de su falda y amarró la herida; se concentró para incrementar su camaquen y se lanzó al ataque empleando su hacha.

Tras varios intentos, Querrotumi logró golpear con su arma el brazo de Apud, haciéndolo caer; pero este contrató desde el suelo e impactó las piernas de Querrotumi, lanzándolo contra los muros de piedra. El guerrero chimú realizó una técnica para incrementar su camaquen, luego giró su lanza varias veces y finalmente logró clavarla de nuevo en el brazo de su oponente. Querrotumi jaló y desgarró el brazo del sorprendido reptiliano Apud.

—¿Creías que eres el único que puede leer los movimientos? —le dijo el joven chimú.

El guerrero reptiliano, Apud incrementó su camaquen; y de manera sorprendente se arrancó el brazo herido y segundos después le salió otro brazo. Y reiniciaron la lucha.

Los golpes de ambos guerreros eran cada vez más certeros. El reptiliano golpeaba cada vez con mayor fuerza y era evidente que Querrotumi se estaba cansando. Sin embargo, haciendo un movimiento inesperado, logró romper la máscara de su oponente, dejando su rostro al descubierto. El reptiliano concentró todo su poder, y aprovechando un descuido de Querrotumi, lo cogió del cuello golpeándolo en la nuca. El guerrero chimú cayó en el suelo inconsciente. El juez verificó su estado y proclamó:

—¡El ganador es Apud, el guerrero del reino Tallán!

En el próximo combate les corresponderá enfrentarse a los guerreros del pueblo Lambayeque y del pueblo Paracas.

Naicral y Kallamus ingresaron a la explanada de lucha. Kallamus sintió el camaquen de su oponente y al acercarse a él vio cómo el cuarzo de su pecho cambio de color verde y se volvió rojo. «El guerrero Naicral es un demonio, pero ¿cómo escapó del inframundo?, ¿cómo es eso posible?», pensó.

El guerrero Paracas retrocedió unos pasos y le indicó a su esclavo yanacona:

—¡Alcánzame los cuchillos con el metal de las estrellas!

—«Lo que intentas hacer —dijo telepáticamente Naicral a Kallamus— no lo hagas, porque morirás.»

«Tú no perteneces aquí —respondió telepáticamente Kallamus—; ¿cómo pasaste a este mundo?, ¿por qué tomaste el cuerpo del guerrero Lambayeque?»

—«Sólo quiero vengarme. ¡Apártate o morirás!»

—«Soy el señor de los Paracas, mi pueblo me necesita para ser libre.»

—«¡Entonces, morirás!»

Acto seguido, Naicral lanzó múltiples ataques de fuego contra su oponente, pero el guerrero Paracas, giró su manto circularmente hasta convertirlo en escudo, repeliendo los ataques de fuego de Naicral. Luego frotó a lo largo el manto que cubría su cabeza, convirtiéndolo en una lanza, en cuya punta puso el metal de las estrellas y la arrojó con fuerza a Naicral, perforando su hombro y haciéndolo caer. Cuando Naicral extrajo la lanza de su hombro, esta se convirtió en manto nuevamente, pero la punta se quedó incrustada quemándole por dentro. Naicral se vio obligado a sacar la punta introduciendo sus dedos dentro de la herida, causando general asombro entre los espectadores.

Luego, los guerreros se trabaron en una lucha cuerpo a cuerpo, intercambiando múltiples puñetes y patadas, cada vez más fuertes y precisos. Kallamus, al sentirse agotado, buscó incrementar su camaquen, pidiendo fuerza al dios Kon. Movi6 una mano circularmente, y cubri6 de niebla todo el lugar.

Muti, que estaba en las graderías, exclam6:

—¿Pueden ver algo...? ¡Yo no puedo ver nada!

—¡No veo nada!, ¿d6nde est6n? —se preguntaba el p6blico, extrañado.

«S6 se pueden ver los ataques de Kallamus», pens6 Atux. El guerrero Paracas atac6 por todos lados al demonio supai, caus6ndole mucho daño. Pero 6l parec6 estar m6s exhausto que Naicral quien, con el transcurrir de los segundos, contraatac6 girando velozmente y clav6 una de sus puntas afiladas en el costado del pecho de Kallamus. Y le golpe6 el rostro con la punta del pie, lanz6ndolo violentamente contra una muralla.

El impacto fue tan fuerte que Kallamus empez6 a sangrar por la boca y se desmay6. Al despejarse la niebla se pudo ver al guerrero paracas casi al borde de la muerte. El juez mediador se acerc6 y constat6 que estaba en medio de un charco de sangre.

—¡El ganador es Naicral, el guerrero de Lambayeque! —sentenci6.

Los pobladores del pueblo Paracas que estaban sentados cerca de las graderías, lloraron y corrieron para ayudar a su señor que yac6 agonizante y empapado en sangre. Recogieron a Kalamus y lo llevaron a su tienda para curarle las heridas.

LOS MEJORES GUERREROS

Después de dos semanas de torneo en la explanada de la fortaleza de Sacsayhuamán, se iba a dar inicio a la tercera ronda del torneo del inca. Se escuchó el llamado del juez Macabí.

—¡A continuación, acérquense los señores de cada reino para sortear el orden de los enfrentamientos!

Culminado el proceso, las parejas de guerreros oponentes quedaron definidas de la siguiente manera:

- El imperio Inca contra el reino de Chachapoyas



- El reino de Lambayeque contra el reino Tallán.



—¡Se acerca la gran final! —dijo nuevamente el juez Macabi—. ¡El ganador obtendrá el cetro que le dará la libertad a su pueblo!

Atux se acercó a Apud, el guerrero reptiliano.

—Guerrero Apud —dijo Atux—, quiero preguntarte algo.

—Vamos a mi tienda, Atux —respondió.

Ambos caminaron en dirección hacia la tienda de Apud. El reptiliano se sentó, se sacó la máscara y miró a Atux.

—¿Te atemorizo...? —Inquirió— ¡Me extraña, porque tú eres el guerrero que mató al supai que invadió la provincia de los collas!

—Siento en tu camaquen, una gran paz —dijo Atux.

—Nosotros somos hombres de paz.

—¿Dónde está tu pueblo, guerrero Apud?

—Mi pueblo vive al norte, en la selva agreste en las montañas de la Cueva de los Tayos Dorados. Vivimos en cavernas subterráneas y somos seres de meditación. El señor de los tallanes, cuando era niño, salvó la vida a mi señor y en favor a ello, me mandaron para que representara a su pueblo en este torneo.

¡Tengo que ganar, esa es mi misión!

—¡Debes tener mucho cuidado con el guerrero con quien vas a luchar! — advirtió Atux—, no es de este mundo: es un demonio; ha tomado el cuerpo de Naicral, el guerrero Lambayeque,

—¿Cómo lo sabes, muchacho? —quiso saber Apud.

—Mis amigos y yo luchamos contra él y su ejército de rebeldes. ¡Lo vencimos clavándole este cuchillo en la frente! —Atux sacó el arma de un bolso y se la mostró. —¡Quiero que lo tengas para que puedas matarlo, pues he visto que eres muy veloz! —Apud le reveló:

—Vi como Naicral venció al guerrero Moche; pero tiene una debilidad: la herida que le hizo el guerrero Paracas, lo debilitó tanto, que casi se desplomó en el enfrentamiento que ambos tuvieron. Hay una técnica en mi pueblo que logra separar al espíritu maligno del cuerpo de cualquier ser. Tal vez podría sernos útil para extraer el espíritu maligno del supai, del cuerpo de Naicral.

—¡Es increíble! —reconoció Atux— ¡Aplicala en el combate!

—La utilizaré es necesario.

—¡Ten mucho cuidado, eres muy veloz y tendrás oportunidad de ganar si eres precavido!

El juez del torneo ordenó llamar a los guerreros para iniciar las semifinales del torneo.

—Definiremos al primer finalista —dijo—, que ingrese la guerrera Kintu del reino de Chachapoyas y nuestro representante inca, Atux.

—¿Qué te pasa Atux...? Veo que Kintu te atrae, amigo —dijo Muti—. ¿Cómo vencerás a la guerrera que te gusta...?

—No sé cómo haré para ganarle —dijo sonrojado Atux—, no quiero lastimarla.

—¡Tal vez ella te mate con besitos! —dijo Muti, intentando sonrojar aún más a su amigo—. ¡Tienes que tener mucho cuidado, si no terminarás como el guerrero Chavín!

En la explanada de lucha, los contendores se saludaron y se inició el combate. La guerrera Chachapoyas sacó su sogá y caminaba alrededor de Atux, quien, anticipándose a las intenciones de ella, atinó a seguir con la mirada los pasos de la amazona, para no ser aprisionado con sus sogas. Buscaba ganar la confianza de Kintu hasta que, en un descuido, ella jaló la sogá, hizo nudos y lo tomó del cuello; pero antes de poder ajustarlo, Atux sacó de su cintura su cuchillo y cortó la sogá ágilmente.

—¡Me engañaste, Kintu! —dijo Atux.

—¡No es personal, Atux!, —reconoció Kintu—. Mi pueblo me necesita.

—Quiero pedirte algo —dijo decidido Atux—. Si gano, quisiera invitarte a dar un paseo y conocerte mejor. Hay algo enigmático en ti que me atrae. ¿Aceptas mi propuesta?, ¿qué dices...?

La guerrera Kintu sonrió sorprendida. No pudo evitar sonrojarse.

—¡Estoy de acuerdo! —dijo—, ¡pero primero tendrás que ganarme!

La guerrera atacó las piernas de Atux, él trató de evadirla, pero ella logró golpearlo varias veces; tantas, que lo hizo retroceder, Atux contraatacó y la golpeó suavemente con el revés de una mano y la cogió de su enorme cabellera; pero se confió y recibió un golpe en la cara. Kintu se agachó, tomó la cuchilla que pendía del extremo de su soga, y la lanzó, clavando la punta en la pierna de Atux. Él rápidamente la arrancó, movió sus manos y empezó a generar un bulachay que lanzó a la guerrera. Kintu quiso esquivarlo, pero fue muy tarde, el bulachay le impactó en el pecho, lanzándola contra un muro. Inconsciente, se desplomó sobre la explanada de lucha.

El juez mediador se acercó a ver el estado de la guerrera y verificó que seguía con vida.

—¡El ganador es nuestro guerrero Atux! ¡Es el primer finalista!

Atux corrió para ver cómo se encontraba Kintu.

—Kintu, ¿te encuentras bien? —dijo Atux tomando sobre sus brazos a la guerrera.

Cuando Kintu despertó, lo miró y lo primero que hizo fue darle un golpe con su puño en la cara.

—¡Maldito, me derrotaste! —dijo Kintu— ¡Cumpliré mi palabra, pero antes tienes que ganar el torneo!

Atux sonrió.

—¡Lo haré, Kintu, te lo prometo!

Atux se alejó retirándose hacia su tienda.

El juez anunció a los siguientes guerreros.

—¡El siguiente encuentro será entre el guerrero Naicral del pueblo Lambayeque, y el guerrero Apud del pueblo Tallán!

Los guerreros ingresaron a la explanada de lucha, Naicral se negó a saludar al guerrero tallán. Había reconocido el cuchillo que llevaba en el cinto. Aquella punta que tenía el metal de los dioses, era la misma que utilizaron para matarlo en la provincia de los collas. Se dirigió a una esquina, moviendo los brazos hasta formar

una bola de fuego que lanzó inesperadamente a su oponente reptiliano. Naicral empleó una técnica para incrementar su camaquen, y así atacar con más golpes y patadas a su oponente. Apud usó su velocidad para esquivar los golpes de su rival. A Naicral se le enrojecieron los ojos por la ira, al ver la daga que Apud tenía atada en la cintura. Y lo atacó ferozmente. Ambos guerreros se golpearon muy duro por todo el cuerpo. Apud logró coger por el cuello a Naicral, iniciándose un forcejeo. De pronto, el guerrero Lambayeque sintió que la punta de la daga se hundió en una oreja y se asustó; empezó a emitir fuego de cada mano sobre los brazos de su oponente, que lo aprisionaban. Logró liberarse y saltó lejos de Apud.

—¿Quién te dio ese cuchillo? —le preguntó Naicral, furioso, lanzando más fuego a su oponente.

Apud contrató acertando varios golpes en el pecho al terrible Naicral, derribando a su rival sobre la explanada de lucha. El guerrero Lambayeque se repuso, y el intercambio de golpes continuó. Parecía ser un empate. El tiempo transcurría y los golpes eran más intensos. Naicral sintió un dolor muy fuerte en el pecho. Era la herida que le ocasionó Kallamus con su lanza. Esa lesión debilitaba su cuerpo y él comenzó a jadear. Mostraba cansancio.

Naicral invocó nuevamente a las fuerzas del Ukupacha, el inframundo, para incrementar su poder y así derrotar al reptiliano. Su masa muscular se triplicó y lanzó un veloz puñetazo contra Apud, quien se escudó con ambos brazos, sintiendo el aumento de poder de Naicral y que su camaquen era inferior al de su oponente.

El joven reptiliano recurrió a su última opción y utilizó la técnica del pueblo de los Enkipacha, que liberaba al cuerpo poseído de espíritus malignos. Hizo rápidamente unas marcas en el suelo. Eran las runas del viento, y en ese instante surgieron ráfagas de aire que se convirtieron en un remolino, capturando dentro a Naicral. Y cuando el cuerpo del guerrero giraba, se comenzó a separar del supai. De pronto, alguien lanzó hacia la explanada de lucha un cuchillo que se clavó en la espalda de Apud. De inmediato, se desvaneció el remolino que él dominaba con sus manos y Naicral cayó al suelo. La técnica no se pudo completar. El guerrero Lambayeque asustado y furioso se puso de pie y lanzó una gran bola de fuego a Apud, quien trató de protegerse cogiendo con sus manos la bola de fuego, pero se le calcinaron ambos brazos y el impacto lo arrojó contra el muro, cayendo inconsciente.

El juez verificó el estado del guerrero reptiliano, luego de lo cual emitió su sentencia:

—¡El ganador es Naicral, el guerrero de Lambayeque!

El ejército inca que cuidaba la fortaleza, había capturado a la persona que lanzó el cuchillo a Apud.

—¡Córtenle la cabeza! —ordenó el juez Macabí—, para que la gente sepa lo que le pasa a quien se atreve a empañar el torneo. Y para que no vuelva a ocurrir.

Atux corrió a ver a Apud, quien estaba herido en el pecho y tenía los brazos carbonizados. Intentó reanimarlo, hasta que finalmente el guerrero abrió los ojos y se repuso después de beber un poco de agua. Movi6 la cabeza, sacudi6 lo que le quedaba de los brazos quemados, y r6pidamente le salieron dos brazos nuevos, ante el asombro de Atux y de la multitud que estaba viendo.

El joven inca lo ayud6 a levantarse y a caminar hasta la tienda del pueblo Tall6n. Una vez all6, Apud se recost6 para descansar dentro de la tienda. Tambi6n ten6a quemaduras en parte del rostro.

—Pens6 que ese fuego te hab6a matado —dijo Atux—; ¿y la daga? ¿d6nde est6 la daga?

—Naicral la tiene —dijo Apud apenado—. Sin ella, t6 no podr6s matarlo ¿qu6 har6s ahora, Atux?

—Estuviste a punto de derrotarlo con ese remolino. Expl6came, ¿qu6 fue lo que hiciste?

—La t6cnica que utilic6 es usada por mi pueblo para separar a los cuerpos que son pose6dos o controlados por esp6ritus malignos como los supai o cualquier otro ente.

—Quiero pedirte que me ense6es esa t6cnica. La necesitar6 para la final.

—Est6 bien, Atux, te ayudar6; pero para poder usar esta t6cnica de mi pueblo ser6 necesaria mucha fuerza interna.

—Pondr6 mi mayor esfuerzo.

—Necesito un lugar abierto e iluminado.

—Tengo el lugar exacto para poder preparar y aprender la t6cnica.

Al otro el d6a muy temprano, ambos enrumbaron hacia un campo de entrenamiento del ej6rcito inca. Una vez all6, Apud comenz6 a instruir al guerrero inca.

—Atux, quiero que recuerdes estos s6mbolos —dijo.

El reptiliano escribi6 s6mbolos como runas en el suelo. Atux pon6a toda su atenci6n a lo que su nuevo amigo le ense6aba.

—¡Quiero hacerlos yo tambi6n —dijo el joven inca—, necesito memorizarlos!

Atux dibujó los símbolos varias veces, hasta que finalmente logró aprenderlos bien. —¿Qué más debo hacer? —preguntó.

—Una vez que escribes los símbolos, tendrás que decir estas palabras: «¡Viento, por el poder de las runas, separa este cuerpo de su captor!». Entonces aparecerá un remolino que debes controlar con las manos dirigiéndolo a los símbolos. Al tener el remolino encima de los símbolos para abrir el portal, tienes que usar esta arena sagrada... debes ser veloz.

Atux comenzó a practicar y empezó a formar el remolino y a tratar de controlarlo, pero sin éxito. Estuvo entrenando varias horas; y cuando Apud se levantó de descansar, encontró a Atux muy agotado.

—¡Eres muy tenaz y perseverante, Atux!

—¡No logro controlar el remolino! —comentó desconsolado Atux.

—Para controlar el remolino, sólo necesitas guiarlo. Él buscará a la persona. Después, cuando veas separado el cuerpo de Naicral del supai, deberás echar la arena, haciendo el símbolo de luz en el suelo como te enseñé.

—Voy a seguir practicando. ¡Tengo que estar bien preparado para ganarle al supai!

Ese día fue largo, pues el guerrero tallán le enseñó la técnica, hasta que Atux pudo controlar las runas del viento. Y también armar el remolino y echar la arena especial para abrir el portal que devolverá al supai al inframundo.

FINALISTAS DEL TORNEO DE PODER

El sol irradiaba sobre las montañas. Y la gente se preparaba para presenciar la final entre el pueblo Lambayeque y el anfitrión. Los visitantes de otros reinos, con los guerreros que fueron derrotados, no se marcharon y asistirían a la final del torneo.

Apud buscó a Atux. Le entregó un recipiente con la arena sagrada y le dijo:
—¡Ten presente que sólo tienes dos opciones...!



Llegó el mediodía, las personas se aglomeraban en el recinto donde se iba a llevar a cabo la gran final, las expectativas eran muchas.

—¡Hemos llegado a la gran final! —dijo el juez Macabí—. ¡El guerrero Naicral del pueblo Lambayeque se enfrentará a nuestro guerrero inca, Atux...! ¡Que los guerreros ingresen a la explanada! —indicó.

Atux ingresó a la explanada de lucha y vio al verdadero supai. El demonio se había rapado el costado de la cabeza al igual que Kocha y las marcas de serpientes

en su pecho y espalda eran las mismas. La tensión existente se advertía en las miradas de los guerreros. Ellos podían sentir el camaquen del otro.

—¡Hoy morirás, Atux! —dijo el supai.

—¡Adelante!, ¡que se dé inicio a la gran final! —dijo el juez— ¡Aquí se definirá el ganador!

Naicral rodeó al joven inca y lo atacó por detrás, pero Atux lo esquivó. La velocidad y la técnica de ambos era sorprendente. Luego intercambiaron golpes violentamente. Y cuando el guerrero Lambayeque lanzó fuego, Atux lo repelió con un Bulachay. Los asaltos y contragolpes se sucedían sin cesar, luchando cuerpo a cuerpo y sin que ninguno de los combatientes diera tregua a su oponente. Al cabo de casi treinta minutos, Atux notó que Naicral ya estaba cansado y se dispuso a usar la técnica de runas del viento; pero no pudo hacerlo. Naicral sorprendido, buscó con la mirada al guerrero reptiliano que estaba en las tribunas. Atux aprovechó el instante y lo atacó golpeándolo en la cabeza. Naicral se repuso y contrató con un certero puñetazo en el pecho, dejándolo marcado y destruyendo la pechera. Atux enfurecido, repelió el ataque con múltiples golpes en las piernas y brazos de su rival. Y, además, clavó su cuchillo en la pierna del supai.

«Tengo que hacer la técnica más rápido», pensó Atux.

Ambos guerreros sangraban y estaban cansados. Atux vio a Naicral perder mucha sangre y replegarse un poco. Y aprovechó este instante para escribir, rápidamente, las runas en el suelo. El remolino de aire apareció de inmediato y empezó a girar. Al darse cuenta, Naicral intentó deshacerlo lanzando fuego al remolino, pero su cuerpo fue absorbido y comenzó a girar dentro del torbellino. Naicral y el supai se separaron. Entonces Atux roció en el suelo la arena sagrada, haciendo el símbolo de luz que abrió el portal y regresó al supai al inframundo. Estupefacto, vio cómo el supai Vacu caía en el inframundo, profiriendo amenazas:

—¡Volveré, Atux! ¡Te lo prometo...!

El portal se cerró rápidamente. Atux cayó de rodillas sobre la explanada, mientras que el cuerpo del guerrero de Lambayeque, yacía exhausto más allá. Ambos se veían gravemente heridos.

—¡El gran vencedor del torneo del poder es nuestro guerrero Atux! —dijo con júbilo el juez inca.

Los espectadores festejaron alborotados el triunfo del joven inca. Todos consideraban que sus victorias habían sido inobjetables; y que este guerrero era un ejemplo de valentía, fuerza y técnica. También celebraban la calidad del torneo;

IMPERIO DE LOS INCAS

y nadie discutió el fallo del juez.

El Inca Pachacútec festejó con toda su corte el gran triunfo de Atux y él recibió felicitaciones y abrazos de sus familiares, nobles y amigos.

De pronto, cuando estaban celebrando, un gran disco metálico descendió y posicionó en el centro de la explanada de lucha. Irradiaba una enceguedora luz. Todos lo miraron con asombro y temor.

**SEGUNDA PARTE:
LEYENDA DE LOS INCAS
LOS HIJOS DEL DIOS INTI**



LOS ORÍGENES DE LOS HIJOS DEL SOL

HACE MUCHOS MILENIOS, en el subcontinente austral, entre hileras de inmensurables montañas y cristalinos ríos, deambulaban varios grupos de familias. Erraban de un lugar a otro, acampando cerca de lagunas y ríos o en frías cuevas. Estas tribus nómades cazaban animales con lanzas, cuyas puntas eran de afiladas piedras. Cubrían sus cuerpos con pieles de los animales que cazaban. Y recolectaban semillas, tubérculos y frutas para alimentarse.

Los grupos solían permanecer largos periodos en un lugar, mientras existiera alimento. Cuando decidían partir, muchas veces se encontraban con otros grupos muy hostiles que defendían a muerte sus territorios. Por eso se organizaban para afrontar el ataque de otras tribus, o de animales salvajes y horribles bestias. Los lideraba el guerrero más fiero y fuerte, el protector. Este recibía los consejos de los ancianos, entre quienes el llamado patriarca, era el más experimentado y sabio.

En los inicios de esos tiempos, hubo un hombre fuerte, fiero, generoso, colaborador; un maestro de jóvenes y de gran corazón llamado Aketu. Una mañana, él enseñaba a los jóvenes a construir cabañas, tallar puntas de lanzas, hacer trampas para cazar animales, entre otras cosas. De pronto, una familia cruzó frente a ellos, cargando sus pertenencias sobre los hombros.

Aketu les preguntó:

—¿A dónde van?

—¡Anoche una bestia mató a mi esposo! —dijo la mujer con voz quebrantada.

Aketu, preocupado, decidió consultar al patriarca. «¿Cómo podremos cazar a esa bestia?», se preguntaba, ya que la familia agredida vivía muy cerca de la cueva donde él moraba con su tribu. Desde la entrada de la cueva, pudo divisar anciano.

—Patriarca, tenemos que hacer algo —dijo Aketu, agitado—: ¡Una bestia está atacando a las tribus vecinas!

El patriarca fue a su encuentro, con el rostro compungido por el espanto.

—Envía dos centinelas armados con lanzas para que cuiden los alrededores todas las noches —dispuso, recobrando su serenidad—. ¡Nos alertarán cuando la bestia aparezca!

Al pasar los días, la bestia volvió a causar desdichas. Lo hizo evadiendo a los centinelas hábilmente: tomó una ruta diferente adentrándose por lugares

desconocidos para los pobladores de la zona. Había descuartizado y atacado a otras familias y los animales que ellos domesticaban. Y por largo tiempo, la bestia continuó aterrorizando a la gente. En cada crepúsculo, minutos antes del anochecer, surgía desde los tenebrosos bosques de las montañas.

El patriarca y los jefes de familia acordaron poner una cerca de palos alrededor de la zona que ocupaban, para proteger a las familias. Pensaron que así evitarían los ataques de la bestia. Y después de un tiempo, al ver que la bestia ya no regresó por allí, se olvidaron de ella.

Un día, un grupo de jóvenes se preparaba para salir a cazar animales. Uno de ellos era Aketu. El patriarca se acercó y le dijo:

—Aketu, ¡quiero que guíes la cacería, eres el mejor cazador!

Aketu respondió:

—Patriarca, esta vez no podré. Tengo que asistir a mi esposa, ella acaba de dar a luz a mi primogénito.

El patriarca trató de convencerlo:

—¡Aketu, estos jóvenes te siguen y te admiran, no los abandones!

Las palabras del patriarca eran ley para todos los aldeanos, por lo que Aketu partió junto al grupo de jóvenes cazadores. La cacería se prolongó por varios días, mientras en su cueva, la esposa de Aketu llamada Achira, lo esperaba impaciente con su pequeño llamado Kill.

Una tarde, Achira y Kill se encontraban solos en la cueva. La tarde había cedido paso al crepúsculo vespertino. Unos gruñidos se oyeron fuera de la cueva y la mujer pensó que era un gran felino; tal vez un puma. Achira se levantó y fue a inspeccionar el exterior. Dejó a Kill dormido sobre pieles de las vizcachas que Aketu había cazado.

La noche era silenciosa; los grillos eran los únicos que se animaban a cantar. Al girar Achira sobre sus talones para reunirse con Kill, vio ingresar a la bestia. La joven abrió sus ojos desmesuradamente. Y observó aterrada cómo el horrendo animal se paró en dos patas. Tenía ojos brillantes y un hocico grande plagado de filosos colmillos. Sus patas delanteras, cubiertas por espeso pelo, terminaban en poderosas garras cual navajas filosas.

La bestia se aproximó lentamente... y un solo pensamiento invadió a Achira: ¡Mi pequeño Kill!

Dio la vuelta y corrió desesperada a rescatar a su pequeño hijo. Cuando lo tomó en brazos, buscó un hueco en la tierra donde esconderlo. Al encontrarlo, lo colocó suavemente y luego trató de alejar a la bestia arrojándole piedras y troncos

contra su horrendo cuerpo. Ella intentó salir, pero la bestia de un zarpazo la arrojó hacia la pared, produciéndole cortes profundos en sus brazos y piernas. La pared de piedra se tiñó con la sangre de Achira.

La mujer cogió unas pieles de animales para protegerse. Se envolvió en ellos girando rápidamente; pero la bestia la seguía atacando. Pero bastó un descuido de esta, para que Achira escapara de la cueva. A pesar de ello, otro zarpazo salido de la oscuridad lanzó a Achira a varios metros de distancia. Su cráneo sonó secamente al golpear el suelo. Y la sangre brotó a borbotones, cubriéndole los ojos. La mujer se desvaneció escuchando a la bestia gruñir ferozmente.

El animal se acercó a Achira y alistó las garras. Quería saborear sus sesos. Felizmente, unos hombres que escucharon los gritos de la mujer corrieron hacia la cueva para auxiliarla. Al llegar, empezaron a golpear con palos a la bestia infernal; pero esta giró y se abalanzó sobre uno de ellos, aplastándolo con su peso. Más aun, sus potentes y afiladas garras le destrozaron la piel y el cráneo. El desdichado murió de inmediato sobre un charco de sangre. Al ver la pavorosa escena, el otro hombre escapó de la cueva para pedir ayuda. Y la bestia, al sentir que se aproximaban más personas, escapó hacia el monte, confundiendo entre la maleza del bosque.

Achira, muy mal herida, se desangraba. Tenía profundas y severas heridas en brazos, piernas y cráneo. La muerte le cantaba al oído. Justo en ese momento, Aketu y los jóvenes cazadores regresaban con mucha algarabía, con lo que habían cazado. Al llegar ante el patriarca, este le informó del ataque a su esposa. Aketu corrió desesperado y al llegar a su cueva, ella apenas respiraba y quienes la acompañaban, se lamentaban por no poder ayudarla. Aketu levantó la cabeza de su mujer y la cobijó en su pecho, cubriéndolo con la sangre de Achira. El joven guerrero no sabía qué hacer; y lo único que se le vino a la mente fue clamar por ayuda, al dios de las Estrellas, el dios de sus antepasados.

Se acordó de la historia que le narraba su padre, de cómo su dios brindó ayuda a un patriarca que suplicaba por su esposa moribunda. Aketu invocó al dios de las estrellas para que salvara su vida. Clamó y clamó desconsoladamente, mostrando al cielo negro la sangre de Achira en sus manos. Pero el silencio fue la respuesta. Aketu se sintió traicionado. Deseó maldecir al dios de sus padres; pero de pronto, un haz de luz fulgurante descendió desde el cielo sobre Achira iluminando su cuerpo.

Asombrados, todos los presentes, vieron atónitos cómo poco a poco el cuerpo

de Achira se elevaba, llevada por el haz de luz. Hasta que desapareció entre de las nubes. Aketu, aterrado, comprendió que su mujer era llevada al mundo de los muertos; y se desesperó al pensar que él no podría estar más con ella. Aketu comenzó a llorar inconsolablemente. Era terrible su impotencia. No obstante, en su corazón sentía el presentimiento de que la volvería a ver. A pesar de todo, confiaba en el dios de las Estrellas, el dios de sus antepasados.

Un llanto dentro de la cueva, le advirtió a Aketu que su pequeño hijo Kill estaba vivo y había despertado. Entró corriendo y lo buscó por todas partes. Finalmente lo halló en el hueco donde Achira lo había escondido de la bestia. Retiró las pieles que lo cubrían, lo levantó y abrazó, llorando acongojadamente. Y volviendo a recordar la desaparición de su esposa, Aketu con el niño en sus brazos, anunció:

—¡Hijo, te prometo cazar y matar a la bestia que atacó a tu madre!

Sus ojos decididos reflejaron el fuego de la fogata que alumbraba el lugar. El pequeño lloraba tan fuerte, como reclamándole por no haber estado ahí.

El joven padre salió de la cueva. Fue a ver a su hermana Saru y le pidió que cuide a su pequeño hijo. Él iría a cazar a la bestia con sus amigos Caine y Beni, dos guerreros muy diestros para cazar, quienes se ofrecieron a acompañarlo, diciendo al unísono:

—¡Iremos contigo a cazar a la maldita bestia!

Aketu aún con los ojos rojos del llanto, asintió con la cabeza y exclamó:

—¡Vamos a cazarla!

CAZANDO A LA BESTIA

LOS TRES REGRESARON A LA CUEVA al amanecer, en busca de rastros. Beni, experto rastreador, logró percatarse que la bestia estaba herida, y el rastro de sangre los condujo hasta el bosque.

Al atardecer, tras seguir el rastro de la bestia por varias horas, llegaron a un peñasco cerca de una gran cueva. Su interior desolado y en penumbras infundía temor. No se atrevieron a ingresar de inmediato, sino que decidieron esperar a que amaneciera, acampando cerca de allí, pero con los mayores cuidados.

Beni hacía guardia mientras los otros descansaban, pero el sueño fue inevitable. Aketu se despertó al escuchar rugidos de animales y advirtió a sus compañeros:

—¡Pronto amanecerá! ¡Prepárense! ¡Cojamos lanzas, piedras y palos para entrar a la cueva!

Ingresaron silenciosamente y descubrieron que la bestia había estado allí, pero escapó mientras ellos dormían. Iniciaron una inspección para saber por dónde escapó; y descubrieron una salida al otro extremo de la cueva. Buscaron huellas, pero no encontraron nada.

—Subiré a ver desde la parte alta —dijo uno de ellos.

Al llegar a la cúspide, pudo ver rastros de la bestia entre el lodo y advirtió a sus compañeros:

—¡Por aquí! ¡Por aquí! ¡Encontré unas huellas! —Aketu agradeció a su amigo.

—Gracias Beni, ¡vayamos a buscarla!

Muy cerca del lugar, lograron ver a la bestia por un descampado. Aketu les indicó:

—¡Ustedes traten de llevarla hasta el peñasco, ahí la atacaremos y no podrá escapar!

Beni se acercó a la bestia y con la lanza intentó hacerla retroceder, pero la bestia se enfureció y comenzó a perseguirlos. Era muy veloz y alcanzó a Beni, lanzándolo lejos de un zarpazo. El joven quedó aturdido y con una herida en el hombro que sangraba a borbotones.

Caine, arrojó una piedra a una pata de la bestia; pero, aun así, esta continuó persiguiéndolo. El joven corrió en dirección del peñasco en cuyas alturas lo esperaba Aketu, quien cuando tuvo cerca a la bestia, saltó sobre ella, logrando

clavarle un cuchillo en la nuca. El horrible animal se sacudía enérgicamente para quitarse del lomo a Aketu, quien insistía desesperadamente en clavar el cuchillo; pero este jamás atravesaría la gruesa y peluda piel. Sus esfuerzos eran inútiles. En tanto que la bestia, luego de varios intentos, consiguió morder la mano de Aketu y le arrancó tres dedos. El joven cayó a tierra, lanzando un fuerte alarido de dolor.

—¡AAAAAAHHHHH!

Mientras la bestia trataba de sacar el cuchillo clavado en su lomo, Aketu, desde el suelo, pidió a su compañero:

—¡Arrójame una lanza!

Caine dio unas zancadas, tomó una lanza, y se la arrojó a Aketu. Este, con las últimas fuerzas que le quedaban, cogió la lanza, miró desafiante a la bestia y con furia, la clavó en su pecho. El animal sacudió la cabeza mostrando su fiereza; pero la punta de la lanza había impactado en su corazón quitándole el aliento.

El pesado cuerpo cayó sobre la tierra seca, encima de Aketu. El joven logró zafarse moviendo el gran peso, ayudado por Caine. Luego cogió su cuchillo y comenzó a despellejar a la bestia. Jadeando y empapado en sangre, pateó el cuerpo, lanzando gritos de desahogo y victoria.

—¡Muere, maldita bestia!

Cuando Caine corrió a socorrer a Beni, Aketu cayó extenuado junto al animal. Sabía que el alma de Achira podía descansar en paz.

EL REGRESO DE ACHIRA

AL PASO DE LOS DÍAS, cada noche, Aketu miraba el firmamento pensando en su esposa Achira. El cielo, tupido de pequeñas luces palpitantes, lo observaba postrarse. Él no dejaba de pedir al dios de las Estrellas que le devolviera a su esposa, desde donde ella estuviera.

Tres años después, en una ardiente mañana de verano, Aketu jugaba con el pequeño Kill en un prado. Cerca de allí, una misteriosa mujer caminaba solitaria por los abruptos peñascos. Era Achira y conservaba en su memoria vagos recuerdos de lo que le había sucedido aquella terrible noche. Unos metros más abajo, en las faldas de la verde colina, divisó a su esposo Aketu y su pequeño hijo. Y, emocionada, se acercó a ellos:

—¡Aketu, Kill, los extrañé mucho!

Aketu reconoció de inmediato la voz detrás de él. Giró y miró desconcertado a la mujer. Y cuando la reconoció, una sonrisa se dibujó en su rostro, alzó a su pequeño hijo y corrió al encuentro de ella. ¡No podía creer aquel milagro...! La abrazó y besó. Algunos curiosos, al ver a Achira la rodearon y preguntaron:

—¿Qué pasó? ¡Vimos cómo desaparecías en esa luz!

Ella trató de contarles lo que le sucedió y comenzó a narrar:

—Los seres de traje brillante fueron quienes curaron mis heridas y me cuidaron. Yo escuchaba que todos lo llamaban Viracocha. Hasta que desperté aquí, cerca de aquí. No recuerdo más.

Al decir esto, mostró las cicatrices que le había producido la bestia esa noche. Cuando terminó su relato, Achira y los suyos se dirigieron hacia su cueva. Aketu era el ser más feliz de la tierra por el regreso de su amada.

A partir de entonces, todas las noches Aketu daba gracias mirando las estrellas. Ahora, más que nunca, creía en los seres de luz, que habían ayudado a su esposa; y por ello, decidió ser su más fiel devoto.

Asentada en aquel lugar, la tribu fue levantando una aldea. Y cada vez que se reunían los pobladores, Aketu contaba la historia de cómo el dios de las Estrellas salvó a su esposa de la muerte. Con el pasar del tiempo, Kill aprendería mucho de Aketu y del dios de las Estrellas. Y pronto se convertiría en un creyente del dios de su padre.

EL NUEVO PATRIARCA

TRES DÉCADAS DESPUÉS, tras la muerte del gran patriarca, los jefes de familia eligieron a Aketu, para que le sucediera y sea quien cuide y guíe su aldea. Todos lo seguían y escuchaban. Se había convertido en un hombre sabio, Aketu enseñó todo lo que había aprendido a su hijo Kill.

Una noche antes de dormir, Aketu se encontraba dando las gracias al dios de las Estrellas. La luna irradiaba desde el cielo, iluminando toda la zona. Al terminar de dar las gracias, la tierra comenzó a temblar. La gente de la aldea salió despavorida de sus cuevas y chozas. Las rocas se deslizaban desde lo alto, los árboles se movían y algunos caían. En la tierra comenzaron a abrirse inmensas grietas. ¡Todos sentían pavor...!

El patriarca exhortó a su pueblo subir a la montaña con cuidado. Cuando todo volvió a la calma, los aldeanos regresaron a sus cuevas, cabañas y chozas, aunque con temor. Muchos habían muerto durante este suceso atroz.

Tras esta tragedia, la paz llegó a la aldea nuevamente. Pero fue por un lapso muy breve, pues llegó una gran sequía que extinguió la vida en muchos ríos y pequeñas lagunas. Ahuyentó a los animales en las altas tierras y la desolación invadió los campos.

Aketu recorrió grandes distancias dentro de su territorio y comprobó la real magnitud de tan crítica situación. Por las noches, pedía al dios de las Estrellas que lloviese y que los ríos y lagunas se llenaran. Se reunió con los jefes de familia y propuso poner guerreros para que cuiden la laguna más grande y cristalina que pertenecía a su aldea. Y acordaron que cada uno de ellos enviaría dos hombres para evitar que sea invadida por otras aldeas.

Un día seco y caluroso, con el sol inclemente, se encontraban cuidando la laguna Catavi y Kiam. El primero se puso de pie y dijo:

–Tengo sed, voy a refrescarme.

Descendió por la ladera de la montaña hasta llegar a la laguna. Cuando estaba recogiendo agua en sus manos, sintió un dolor terrible en toda su espalda. Unos invasores desconocidos lo habían impactado con sus mazos. Su cabeza también se partió como un cascarón.

Al ver lo ocurrido, su compañero Kiam se ocultó tras unas rocas, y con cara de espanto, se lamentó: “¡Mataron a Catavi...!”.

Kiam se arrojó al suelo y empezó a reptar como una serpiente entre las rocas. Logró huir lejos de los invasores, hasta llegar ante Aketu.

—Patriarca, ¡mataron a Catavi! Llegaron varios hombres extraños y lo atacaron mientras bebía agua en la laguna, no pude hacer nada, porque eran muchos. Logré escapar sin que me vieran.

El patriarca tranquilizó a su aterrado ayudante y le dijo:

—Ve y diles a los jefes de familia que se preparen, cuéntales sobre los hombres que atacaron y mataron a Catavi.

Kiam obedeció en el acto. El patriarca llamó a dos jóvenes que cuidaban la entrada de la aldea y dispuso:

—¡Vayan a averiguar quiénes son esos invasores...! ¡Quiero saber dónde acampan, cuántos son y qué planean!

Aketu vio alejarse a los dos jóvenes por las montañas, cuesta arriba, hacia la laguna. Sabía muy bien que su pueblo corría un terrible peligro y había que pensar cómo enfrentarlo.

Desde la parte alta de la montaña, los jóvenes guardias lograron ver a varios grupos de personas que habían armado su campamento y se preparaban para entrar en combate. Afilaban sus lanzas y examinaban los garrotes. Sin ser vistos, los jóvenes regresaron e informaron todo lo que vieron al patriarca.

—Patriarca, son varios grupos de personas y tienen muchos guerreros, ¡creo que pelearán para apropiarse la laguna!

Aketu, previendo un posible ataque, convocó a todos los jefes de familia para crear una estrategia defensiva y salvar a su pueblo. Llamó a Kill y le dijo:

—Hijo, diles a los jefes de familia que preparen la gran cueva para proteger allí a los niños, mujeres y ancianos, en caso de ser atacados.

Kill partió de inmediato y se perdió entre la tenue luz del crepúsculo. La luna apareció en el cielo. Las montañas parecían oler el miedo de Aketu y su pueblo. El patriarca pidió encender fogatas, cuya luz resplandecía y tranquilizaba a las madres de la aldea. Varios guerreros estaban reunidos con el patriarca, cuando un grito lejano hizo temblar hasta al más fiero de los guerreros. Uno de los centinelas que resguardaban la entrada de la aldea dio la alarma:

—¡Patriarca! ¡Patriarca!, ¡nos atacan...!

Una lanza silenció al centinela atravesando su estómago. El patriarca exhortó a su gente:

—¡A la cueva niños, mujeres y ancianos! ¡Guerreros: traigan lanzas y prepárense para responder el ataque!

El patriarca también tomó su lanza y su cuchillo y se dispuso a enfrentar a los invasores. El fuego de las fogatas iluminaba la batalla sangrienta que se inició. Muchos caían muertos o heridos. Y Aketu, haciendo un supremo esfuerzo, logró matar al jefe de los invasores, quienes se replegaron en retirada.

La noche fue invadida por un silencio lastimero. Muchos muertos de ambos bandos quedaron tendidos en medio de charcos de sangre, en el suelo. En el centro de la aldea, Aketu, el patriarca, sangraba copiosamente de varias heridas de lanzas. El fin estaba cerca. El joven Kill reconoció el cuerpo de su padre y corrió a su encuentro. Lo abrazó y mientras las lágrimas rodaban en sus mejillas, balbuceó:

—¡Padre no me dejes!

Era inútil. Aketu murió en los brazos de su hijo. Su llanto duró muchos minutos; y cuando no pudo llorar más, cogió un poco de tierra con las manos, las levantó al cielo nocturno y soltó la tierra, dejándola caer sobre el rostro de su padre, y dijo:

—¡Señor dios de las Estrellas ayuda a tu hijo creyente!

Suplicó al dios de su padre incontables veces, hasta perder la noción del tiempo. Un anciano compadecido se acercó a él y puso su mano en su hombro.

—¡Kill, eres el elegido...! ¡Solo tú podrás guiarnos, tu padre te entrenó para este momento!

El joven se puso de pie, intentando asimilar las palabras del anciano. Meditó un largo rato. Pensó que, si los invasores volvían a atacar la aldea, ya no podrían defenderla. Por eso, irguiéndose, ordenó con energía:

—¡Todos los sobrevivientes, iremos instalarnos en las Altas Montañas, junto a la gran laguna!

Al día siguiente, al salir el sol sobre los infértiles campos, el pueblo se preparó para migrar a las alturas. Había muchos heridos.

Kill subió a un peñasco y ordenó a su pueblo:

—¿Están listos? ¡Partiremos a las Altas Montañas donde está la laguna de Arapa!

L A S A L T A S M O N T A Ñ A S

DESPUÉS DE CAMINAR DURANTE VARIOS DÍAS, el pueblo llegó a las Altas Montañas. Pero un grupo de guerreros apareció bloqueándoles el paso. No querían que se aproximen a la gran Laguna de Arapa.

El joven pidió hablar con los ancianos líderes de aquellos guerreros hostiles. Y recién, después de mucha insistencia, los ancianos accedieron a recibir a Kill. Él les refirió lo sucedido en su aldea y solicitó permiso para descansar y abastecerse de agua. Uno de los ancianos reconoció al joven como hijo de Aketu.

El anciano se acercó a él, lo tomó por un hombro e intercedió a su favor ante los otros miembros del consejo. Pidió que lo dejaran acampar a él y a su pueblo. Kill informó a los de su aldea la buena noticia y dispuso armar el campamento cerca de la Gran Laguna. Y al acercarse a la orilla, se percató que ya había varias familias acampando y tratando de subsistir. Todas poseían pocos alimentos. Las provisiones que su tribu traía, también eran escasas.

Los guerreros, formando grupos, partían a cazar animales y recolectar frutos y semillas en las llanuras. Con el correr de los meses, era una auténtica proeza encontrar animales. Los cazadores caminaban días enteros para poder hallarlos. Un día, una anciana de la aldea de Kill trataba de juntar maderos secos para la fogata; pero tres guerreros de otra aldea le cerraron el paso y le increparon:

—Anciana, ¡ve a recoger palos a otro lugar!

La anciana arrojó al suelo los maderos que había recogido y se encaminó hacia la Gran Laguna. Uno de los guerreros se le acercó y le increpó:

—¡Te dije que te largaras!

Kill, que se encontraba muy cerca, escuchó y acudió presto; intercediendo por la anciana:

—¡Tranquilo, nos iremos... vamos anciana!

Pero otro de los guerreros trató de golpear a Kill, quien giró su cuerpo esquivándolo. Luego respondió con un fuerte puñetazo en el pecho, lanzando lejos al guerrero, que cayó al suelo estrepitosamente.

Al ver esto, los otros dos guerreros huyeron del lugar a buscar al patriarca de su aldea para informarle. Enterado, el patriarca Huapay hizo llamar al joven Kill

y le increpó:

—Tú eres el patriarca de tu tribu, ¿no eres muy joven para guiarlos?

Kill respondió:

—¡Solo queremos vivir en paz...! Y debe ser así, en caso contrario todos pereceremos.

Huapay dijo:

—¡Pero tú atacaste a mis guerreros!

—Mientras esperamos las lluvias, nadie podrá pelear —intercedió el patriarca más anciano de todos— si no, toda su tribu será expulsada de la Gran Laguna. ¿Quedó claro...?

—¡Sí, gran patriarca! —respondieron al unísono ambos patriarcas.

Kill se dirigió hacia su campamento e instruyó a su gente:

—Evitemos pelear o discutir con personas de otras aldeas.

Pocos meses después, algunos grupos de familias se quedaban sin provisiones. Cada vez era más difícil conseguir alimentos. Además, poco a poco la Gran Laguna comenzó a secarse por la falta de lluvias. La gente se desesperaba. Varios ancianos y niños enfermaron y murieron. ¡No sabían qué hacer!

Una noche, tras culminar sus oraciones al dios de las Estrellas, para que las lluvias llegaran pronto a la Gran Laguna, Kill se preparaba para dormir. Pero no sabía que el dios de las Estrellas había escuchado sus súplicas. Así que, mientras dormía, el dios decidió hablarle entre sueños:

—*“Prepara a tu gente y diles que pronto enviaré a dos de mis hijos, para que los guíen y enseñen muchas cosas. Con ellos se terminará esta gran sequía”*.

En el sueño, Kill levantó la mirada y logró ver al dios resplandeciente: tenía la silueta de un guerrero, pero su cuerpo brillaba más dorado que el sol. Su armadura tenía el mismo brillo que cientos de estrellas. Un casco, también dorado, cubría su cabeza.

—¿Cómo debo llamarte, dios mío? —dijo Kill.

—*“Yo soy Inti, el dios sol, soy el creador del mundo y el dios de tus antepasados”*.

Luego, Kill vio que el dios Inti levantó las manos entre las nubes que le rodeaban y lanzó dos semillas. Cayeron con tal fuerza que se introdujeron en la tierra. El joven también vio cómo esta atrapó las semillas, las encapsuló en una burbuja transparente y las llevó hasta sus entrañas. Allí las semillas se transformaron en personas, un par de gemelos, que comenzaron a desarrollarse en el interior de la tierra.

Kill logró distinguir cómo crecieron hasta convertirse en un guerrero y una guerrera, vestidos con trajes y piedras brillantes. Y volvió a escuchar la voz del dios Inti:

—*¡Así llegarán mis hijos, en una burbuja lanzados desde los cielos! ¡Prepara a mi pueblo!*

Kill despertó sobresaltado. Se incorporó, con sudor en el frente, y aún estupefacto por lo revelado. Trató de comprender el sueño y decidió convocar a su tribu para revelar la llegada de los hijos del dios Inti. Después emprendió viaje por todas las aldeas cercanas a la Gran Laguna, pregonando la llegada de los hijos del poderoso dios.

El tiempo transcurrió y la laguna continuó disminuyendo su nivel. Muchas personas ya habían perecido por el hambre. La miseria y la muerte eran comunes. Los ancianos murmuraban:

—El agua de la laguna no durará mucho.

De pronto, la Tierra comenzó a temblar. Una gran explosión en las montañas produjo erupciones haciendo que broten piedras, fuego y una gran burbuja. Esta fue lanzada por los cielos hasta caer en medio de las aguas de la Gran Laguna, produciendo un fuerte impacto. Hombres, mujeres y niños, cercanos al lugar, se asustaron y huyeron despavoridos.

—¿Qué pasó...? ¡Algo cayó del cielo! ¡Es muy brillante! ¡Ohhh...!

Se hizo el silencio. Algunos curiosos se acercaron a la orilla de la laguna, para ver mejor el objeto resplandeciente. De improviso, la burbuja se estremeció y flotando sobre las aguas, se dirigió hacia la orilla. Y al llegar a tierra firme, la parte frontal de la burbuja se abrió como una compuerta. La gente, atónita, vio salir a dos jóvenes vestidos con radiantes joyas luminosas y piedras preciosas, y caminaron sobre la orilla.

El hombre vestido con capa, túnica, sandalias, cinturón, pendientes y muñequeras, llevaba en su mano una lanza en cuya punta destacaba el diseño de un sol. La mujer vestía igual que su compañero. Él se adelantó unos pasos, se postró de rodillas, hundió la lanza en la arena, alzó sus manos al cielo, y en ese instante varios rayos cayeron desde el cielo sobre la punta de la lanza en forma de sol. Esto desató un milagro: grandes gotas de lluvia comenzaron a caer y las semillas que estaban bajo tierra, comenzaron a germinar. ¡La gente que se encontraba en el lugar estaba maravillada!

Quienes habían escuchado a Kill pregonar sobre la llegada de los hijos del dios Inti, vieron que se había cumplido su profecía. Buscaban a Kill entre la multitud, para pedirle que hablara con aquellos dioses. El joven acudió al llamado y caminó

hacia la pareja de dioses. Todos lo siguieron; se aproximaron y postraron ante los jóvenes dioses, mientras exclamaban:

—¡Tienen el poder de hacer llover...! ¡Son hijos del Dios Inti!

El joven patriarca Kill se levantó y expresó con reverencia, sin mirarlos a los ojos:

—¡Oh, maravillosos hijos del dios Inti! Su padre me reveló en un sueño cómo llegarían ustedes y acabarían con esta sequía. Ustedes nos guiarán e iremos adonde nos indiquen.

El hijo del dios Inti levantó su mano y respondió:

—¡Padre Inti bendito seas! ¡Mi nombre es Malcu Cápac, y el de mi esposa es Mama Ocllo!

LA CREACIÓN DE UN IMPERIO

MALCU CÁPAC LEVANTÓ LA MANO DERECHA e indicó el camino a seguir. Guiando al pueblo, dispuso descender de las Altas Montañas. Después de una larga caminata, llegaron a una enorme llanura con dos grandes ríos y mucha vegetación. Pidió detenerse allí, y clavó su lanza en la tierra, señalando:

—¡Aquí se erigirá un templo dedicado a mi padre Inti, donde crearemos un gran pueblo!

Malcu Cápac llamó al patriarca Kill. Ambos se saludaron con una reverencia y le manifestó:

—¡Tú serás mi sumo sacerdote; y estarás encargado del cuidado y atención de los hijos del dios Inti!

Luego, ambos seleccionaron y designaron curacas y jefes de familia para organizar el pueblo. Y, juntos, formularon y crearon reglas de convivencia firmes y estrictas para todo el pueblo.

Durante los meses siguientes, trabajaron afanosamente en la construcción de sus viviendas. Para ello, Malcu Cápac buscó canteras de piedra y enseñó a la población a moldearlas y pulirlas. Y con esas técnicas, años después, edificaron templos, palacios y fortalezas,

Simultáneamente, Malcu Cápac instruyó a los hombres para labores y técnicas agrícolas; así como fabricación de herramientas a fin de crear terrazas de cultivo en las laderas de las montañas, denominadas andenes. También enseñó a diseñar y construir con piedras, canales de regadío para llevar el agua desde las Altas Montañas hasta la llanura. Sus técnicas agrícolas fueron muy innovadoras.

Cuando las tierras de cultivo estuvieron aptas, Malcu Cápac dispuso formar grupos de familias para apoyarse mutuamente en las faenas agrícolas. Así lograron sembrar muchos terrenos. De igual forma, los mismos grupos de familias realizarían el recojo de los frutos, cuando llegara el tiempo de la cosecha.

Mientras tanto, Mama Ocllo agrupó a las mujeres para enseñarles a hilar lana de animales y a tejer, para confeccionar los vestidos de la gente. A otras les enseñó a fabricar pequeños molinos de piedras circulares, para triturar semillas y granos de maíz, cebada y trigo; los batanes eran molinos de mano. A las más jóvenes, las adiestró en la utilización de la arcilla para confeccionar vasijas, queros y otros

recipientes. También les enseñó a elaborar trampas para cazar animales y domesticarlos en criaderos; a domar camélidos para que les ayudaran en el transporte de frutas y semillas. Y fueron capacitadas para hacer bebidas fermentadas.

Malcu Cápac enseñó a armar quipus. Eran cuerdas en las que se hacían nudos de distintos colores. Cada nudo era contabilizado y registrado como información de las cosechas y números de familias, etc. Para esta labor designó e instruyó a los quipucamayoc, encargados de registrar en los quipus dichas cantidades.

Igualmente, el hijo del dios Inti envió exploradores para traer frutas y otras plantas de lejanos lugares; así como especies marinas. Todo ello con el fin de adaptarlas y cultivarlas en su territorio. Hizo construir lagunas artificiales y empleó los canales de riego para que sus sembríos bebieran agua todo el tiempo. Creó colcas, que eran almacenes ubicados en lugares escogidos por su altura y ventilación. Así garantizaba la perfecta conservación de los alimentos.

Posteriormente, construyó el primer templo en honor al dios Inti; y dispuso levantar un muro alrededor de todo el pueblo, para protegerlo de posibles invasores.

Decretó la reciprocidad y la redistribución de los alimentos cosechados entre todos los integrantes del pueblo. Además, creó una fuerza de trabajo solidario y de ayuda mutua, mediante la cooperación entre grupos familiares denominados ayllu. De este modo, constituyó una gran fuerza de trabajo, logrando sembrar grandes extensiones de terrenos agrícolas, que eran cultivados por todos los miembros de cada grupo familiar.

También formó guerreros que cuidaban y protegían al pueblo y a los templos. Y concibió un sistema de comunicaciones mediante mensajeros llamados chasquis. Mandó construir múltiples caminos llamados Cápac Ñan, que interconectaban los pueblos. En su recorrido, se instalaron posadas o casas de hospedaje denominados tambos, para los mensajeros y viajeros que trabajaban para Malcu Cápac. Nombró administradores, muchos de ellos sacerdotes, llamados curacas, que visitaban a los grupos familiares y emitían normas de estricto cumplimiento para los grupos de familias.

Los sacerdotes seleccionaban jóvenes atléticos y hábiles en el aprendizaje. A ellos los entrenaban para formar guías. Los que destacaban en administración eran nombrados amautas de su pueblo. Eran maestros de diferentes actividades.

Los comandantes guiaban y dirigían a jóvenes, formando guerreros a quienes entrenaban brindándoles instrucción militar. Malcu Cápac observaba la férrea

IMPERIO DE LOS INCAS

disciplina de estos guerreros, que llegarían a ser célebres por su fuerza y resistencia.

Así fue que llegó el momento para comenzar la expansión, que daría inicio al Tahuantinsuyo. ¡El gran imperio inca!

G L O S A R I O

Aguaymanto: Fruta oriunda de los andes

Ai-Apaec: Deidad de la cultura Muchik

Andén: Conjunto de terrazas escalonadas construidas en las laderas de las montañas

Apocuna: Máximo jefe de los cuatro suyos

Apunchic: Gobernador de una provincia o ciudad

Apu: Montaña de gran importancia. Espíritu protector

Auqui: Príncipe heredero Inca

Ayllu: Forma de comunidad social que trabaja en forma colectiva

Boleadora: Instrumento usado para cazar animales.

Bulachay: Energía interna producida por algunos guerreros

Camaken: Poder o energía que emanan del Interior de una persona

Cápac Ñan: Sistema de caminos del Tahuantinsuyo

Ciequic: Gobernante de primera jerarquía

Coca: Arbusto oriundo de los andes utilizado como alimento y medicina

Collasuyo: Subdivisión territorial del estado Inca

Coya: Esposa principal del Inca

Curaca: Jefe administrativo del Ayllu o grupo familiar de un territorio

Chaquitacla: Arado de pie utilizad por los Incas

Chasqui: Mensajeros encargados de llevar noticias de forma verbal o escrita

Chamán: Persona que ejerce y prácticas rituales a los dioses

Chicha: bebida a base de Maíz. Se toma como refresco o también

fermentada como sustancia embriagadora.

Chuki: Arma de asta con punta afilada como Lanza o flechas.

Estandarte: Insignia que representaba a un pueblo o grupo.

Hampicamayoc: Personas encargadas de Curar y sanar

Huaringa: Conjunto de lagunas de agua dulce ubicadas en Perú

Huaraca: Conocida como Honda Instrumento de guerra o caza

Huanaco: Camelido silvestre. Parecido a una llama, es más esbelto

Huamanchampi: Hacha de piedra o metal

Huactana: Garrote de metal o madera con un extremo más ancho

Inti: Dios Sol

Inti Raymi: Fiesta del Sol, se celebra en el solsticio de invierno

Intihuatana: Reloj solar que marca las estaciones del año

Illapa: Rayo o señor del rayo

Kaypacha: Mundo terrenal en donde habitaban los seres humanos

Kuntur: Cóndor de los Andes

Mascaipacha: Símbolo de poder que otorgaba al Sapa Inca

Mamaconas: Mujer inca consagrada al Dios Inti vivía consagrada al servicio de los templos del sol

Macana: Arma ofensiva, a manera de machete o porra, hecha con madera y filos de piedra o metal

Mitimae: Grupos de familias enviadas a sitios estratégicos para cumplir funciones específicas

Muchik: Pueblo de la costa Norte

Ñusta: Doncella de sangre real, hija del Inca o de sus parientes

Pachamama: La Madre Tierra ·

Pachacámac: Dios creador adorado en la ciudad de Pachacámac en la costa central

Pakatnamú: Provincia Chimú al norte de Perú

Panaca: Grupo familiar conformado por la descendencia de un monarca de la casta Inca

Payar: Leguminosa oriunda de la costa de Sudamérica

Puquio: Fuente o manantial de agua.

Pope: Pan nutritivo hecho por las mamaconas a base de cimientes andinas

Quena: Flauta hecha de caña o hueso de animal, que consta de agujeros usado como instrumento musical

Quipu: Instrumento de almacenamiento de información consistente en cuerdas de lana o de algodón con nudos de diversos colores

Runas: Tablillas de piedra para invocar un elemento de la naturaleza

Sacsayhuamán: Fortaleza ceremonial inca

Sinchi: Guerrero magnífico líder del ejército

Supai: Ente maligno que vive en el Ukjupacha

Supais: Demonios de la mitología Inca. Personificación de toda la maldad

Sápac Inca: Único Poderoso inca

Tanpu: Campamento militar. Casa de alojamiento conocido como tambo

Tamputocco: Montaña Sagrada

Tótem: Objeto de la naturaleza que otorga valor protector

Tumi: Instrumento cortante hecha de aleación de cobre, plata u oro con la forma de un cuchillo en forma de media luna

Ukupacha: Mundo inferior inca habitado por los supai

Unancha: Bandera o insignia que representa a un pueblo

Usuta: Sandalia hecha de cuero de animales

Wallpa: Insignia inca

Warachikuy: Ritual inca mediante el cual se oficiaba el paso de la niñez a la adultez para que jóvenes incas de 16 años pasen a formar parte del ejército inca

Yachaywasi: Lugar donde jóvenes de la nobleza inca era preparado con los conocimientos necesarios para la administración y el gobierno

Yanacona: Esclavo de la nobleza

Yupana: Ábaco utilizado para realizar operaciones aritméticas

C O N T A C T O S

Website:

www.luisfox.net

Facebook:

<https://www.facebook.com/luisfox2018>

Instagram:

<https://www.instagram.com/luisfox2019>

Email:

zamherluis@gmail.com

WhatsApp:

[+51 999-595-469](tel:+51999595469)